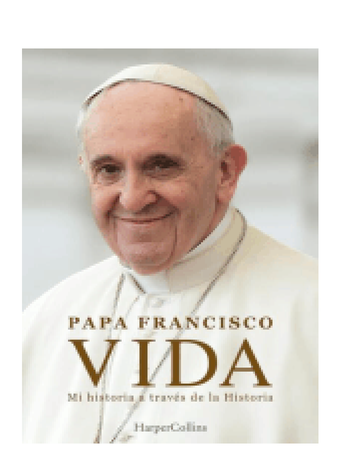
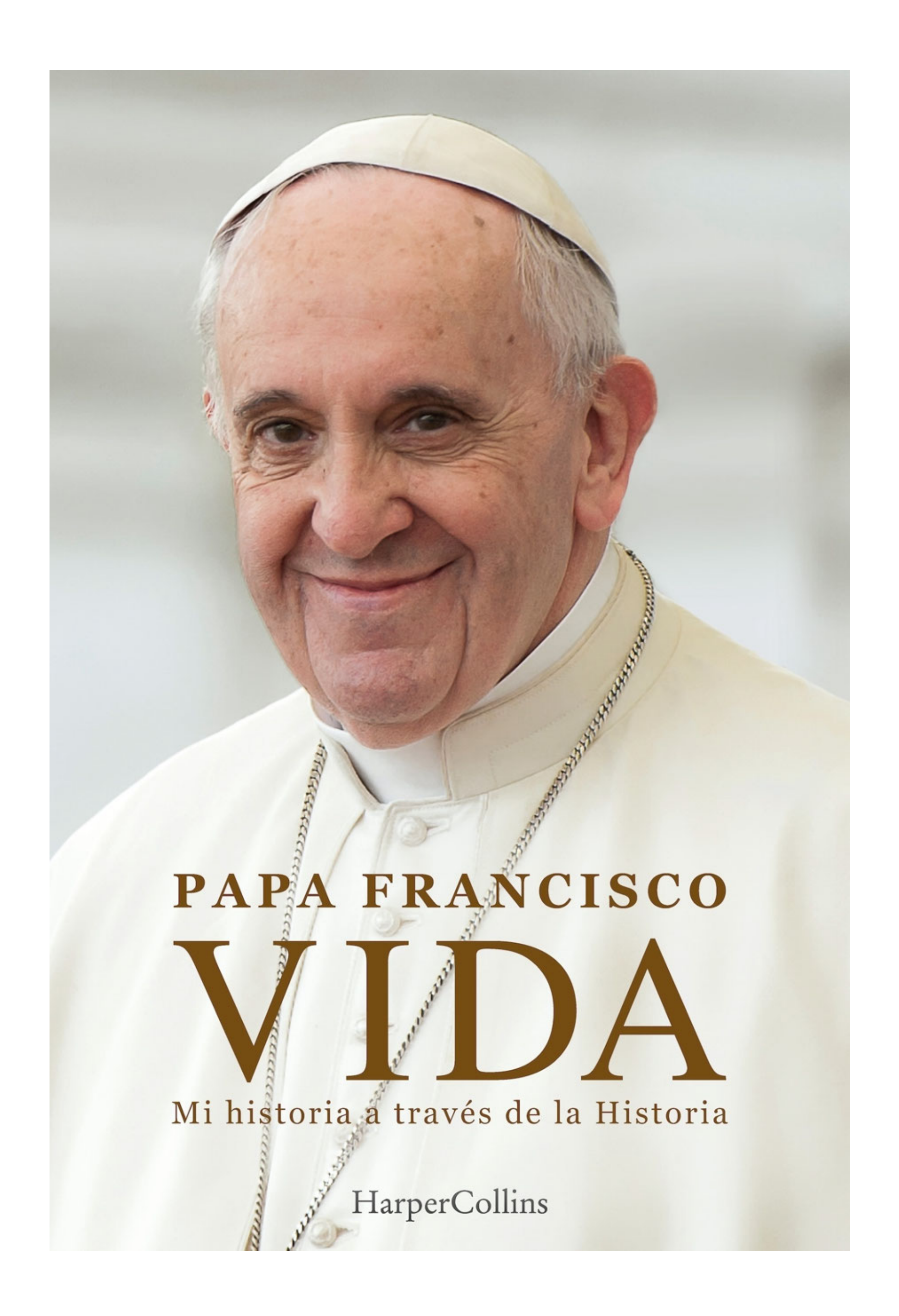

PAPA FRANCISCO
VIDA
Mi historia a través de la Historia
HarperCollins


PAPA FRANCISCO
VIDA
Mi historia a través de la Historia
HarperCollins

PAPA FRANCISCO
con Fabio Marchese Ragona



HarperCollins

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

www.harpercollinsiberica.com

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

Vida. Mi historia a través de la Historia

Título original: Life. La mia storia nella Storia

Publicado originalmente en italiano en 2024 con el título:

Life. La mia storia nella Storia.

Papa Francesco con Fabio Marchese Ragona

Publicado en colaboración con Delia Agenzia Letteraria

Diseño de cubierta: Marcello Dolcini

Diseño de la maqueta: Netphilo Publishing, Milano

Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.

Foto de portada: © Vatican Media

ISBN: 9788410021891

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Introducción

Aprendamos de la Historia, sobre todo, de las páginas negras de la Historia, para no volver a cometer los errores del pasado. El papa Francisco ha repetido esta llamada numerosas veces en los últimos tiempos, destacando el gran papel que desempeña la memoria en la vida de cualquier hombre, hasta el punto de ser su marco más preciado. Debemos aprender historia estudiándola en los libros, por supuesto, pero también escuchándola de la voz de aquellas personas que vivieron momentos inolvidables, para bien o para mal, de quien vivió una larga vida, de quien encontró al Señor en innumerables sucesos de su existencia y puede dar testimonio de lo que vivió en primera persona.

En el libro del Éxodo, capítulo 10, versículo 2, Dios invita a Moisés a realizar señales y prodigios delante del faraón: «Para que puedas contar y grabar en la memoria». El objetivo, naturalmente, es sorprender y convencer al rey de Egipto, pero también cultivar la memoria de su pueblo, transmitiéndole su conocimiento de Dios, que el creyente revela al narrar su propia vida.

Al hacerlo, aquellos que cuentan una historia prestarán un servicio a quienes tienen sed de conocimiento y advertirán —sobre todo, a las personas más jóvenes— de lo que podría esperarles a lo largo del camino: contar lo que fue para entender mejor lo que será.

No es casualidad que, en su mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de 2020, el papa destacara que el hombre es un ser narrador, que «desde la infancia tenemos hambre de historias como tenemos hambre de alimentos. Ya sean en forma de cuentos, de novelas, de películas, de canciones, de noticias…, las historias influyen en nuestra vida, aunque no seamos conscientes de ello».

El libro que tenéis en vuestras manos nace precisamente con la intención de contar la historia a través de una historia, los acontecimientos más importantes del siglo XX y de los primeros años del XXI, en la voz de un

testigo especial, el papa Francisco, que con gran amabilidad ha aceptado hacer un recorrido por su vida a través de acontecimientos que han marcado a la humanidad.

Vida ha visto la luz tras una serie de conversaciones entre el pontífice, al que dedico mi mayor y más sentido agradecimiento por la confianza que, una vez más, ha depositado en mi persona, y quien escribe, diálogos en los que Francisco abrió su corazón y sus recuerdos para lanzar un contundente mensaje sobre temas fundamentales como la fe, la familia, la pobreza, el diálogo interreligioso, el deporte, el progreso científico, la paz y muchos otros más. Desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial —en 1939, cuando el futuro pontífice tenía casi tres años— hasta nuestros días, Jorge Mario Bergoglio lleva de la mano a las lectoras y los lectores y los acompaña con sus recuerdos en un viaje extraordinario a través de décadas, para repasar las etapas más significativas de nuestra época. ¿Dónde estaba el joven Jorge en 1969 cuando el mundo seguía la crónica de la llegada a la Luna? ¿Qué estaba haciendo el cardenal Bergoglio cuando en 2001 los Estados Unidos sufrían el atentado terrorista del World Trade Center?

Son las memorias de un sacerdote que recuerda los años del abominable exterminio judío por parte de los nazis, la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, el golpe de Videla en Argentina, la caída del Muro de Berlín, la gran recesión económica, la renuncia al papado de Benedicto XVI… Acontecimientos que se entrecruzan con la vida del «papa popular», que, de manera excepcional, abre el baúl de los recuerdos y cuenta, con la sinceridad que lo caracteriza, aquellos momentos que cambiaron el mundo y también su vida.

La voz del pontífice, con sus recuerdos, alterna con la de un narrador que en cada capítulo va reconstruyendo, a través de ciertos detalles de aquellos años, algunos momentos del día a día del futuro papa Francisco para contextualizar las palabras del pontífice y describir el escenario histórico en el cual las mismas se integran.

«Nuestra vida es el "libro" más valioso que se nos ha entregado —dijo el pontífice durante un ciclo de catequesis que tuvo lugar en 2022, dedicado al tema del discernimiento—, un libro que muchos lamentablemente no leen, o lo hacen demasiado tarde, antes de morir. Y, sin embargo, precisamente en ese libro se encuentra lo que se busca inútilmente por otras vías. […] Podemos preguntarnos: ¿yo he contado

mi vida a alguien alguna vez? […] Se trata de una de las formas de comunicación más hermosas e íntimas, contar la propia vida. Esto permite descubrir cosas desconocidas hasta ese momento, pequeñas y sencillas, pero, como dice el Evangelio, es precisamente de las cosas pequeñas que nacen las cosas grandes».

Y así, hojeando de nuevo las páginas de aquel preciado libro que es la vida, el papa Francisco nos conducirá por un sendero de emociones, alegrías y penas, una ventana al pasado que nos permitirá conocer mejor nuestro presente. Hasta llegar al último capítulo, con una historia que está aún por escribir.

FABIO MARCHESE RAGONA

I

El inicio de la Segunda Guerra Mundial

La radio está emitiendo, como todas las mañanas, el boletín con las últimas noticias. Mario Bergoglio tiene la costumbre de encenderla antes de irse a trabajar mientras prepara el café en la pequeña cocina. El suelo sigue un poco húmedo; su mujer, Regina, ha limpiado el suelo, aprovechando un pequeño momento de tranquilidad. El aroma y el sabor de aquella bebida oscura y humeante hacen que Mario se acuerde de Italia y de su infancia en Portacomaro, cerca de Asti, un poco como le pasaba a Marcel Proust en Por el camino de Swann, cuando, al mojar la magdalena en el té, recordaba su infancia con la tía Léonie. Aquel nostálgico, a la par que íntimo, recuerdo de Mario se ve perturbado por el llanto del pequeño Oscar, su segundo hijo, que no da tregua al vecindario entero.

En el noticiario de las siete, como ruido de fondo, se escuchan, sobre todo, noticias de política; hay una nueva declaración del presidente Roberto Ortiz relacionada con la Comisión Especial Investigadora de Actividades Antiargentinas, que será creada en aquellos años con el objetivo de «desnazificar» el país, mientras que durante el día se esperan nuevos altercados con el movimiento obrero, organizados por la Confederación General del Trabajo. En aquel septiembre de 1939, en las principales ciudades de Argentina se viven sentimientos enfrentados, el Tercer Reich ha logrado infiltrarse en algunos grupúsculos de la sociedad, incluso en algunas radios, y, a veces, difunden mensajes que celebran la grandeza de la Alemania de Adolf Hitler.

Después de beberse rápidamente el café y antes de salir de aquella casita colorada, el nido familiar construido en el número 531 de la calle Membrillar, en el barrio de Flores, Mario se despide con un beso de su Regina, que, entretanto, ha cogido en brazos al pequeño, de un año y ocho meses, para tranquilizarlo. El otro niño de la joven pareja, Jorge, de casi tres años, está listo para salir; en unos minutos llegará la abuela Rosa, la madre de Mario, que vive a pocos metros de allí, para llevárselo a su casa, donde el pequeño pasará el día. Se trata de una costumbre que se repite casi a diario, una forma de echar una mano a su nuera, presa de las mil tareas del hogar y, sobre todo, ocupada en cuidar a Oscar.

Tras darles un beso también a los niños y ya cerca de la puerta, junto a su mujer, en un raro momento de silencio, de repente Mario se

sobresalta por una noticia que dan en la radio, comunicada en mitad de las actualizaciones de las noticias internacionales: el primer ministro británico, Chamberlain, anuncia que su nación está en guerra con la Alemania nazi; su ultimátum, presentado pocas horas antes y que siguió a la invasión y a los bombardeos de Polonia por parte de la Wehrmacht, no ha sido atendido.

Es el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Pero esto, sobre todo en Sudamérica, todavía no se ha notado. Para Argentina es una noticia más, como tantas otras, difundida casi al final de la transmisión antes de la pausa musical; pero que en contra de lo que cabría esperar ha conmocionado a esta pareja de italoargentinos. Su primer pensamiento se dirige a los primos y demás parientes que viven en Europa, al tiempo que les asalta el recuerdo de las terribles historias que han oído mil veces sobre la Primera Guerra Mundial, en la que el padre de Mario, Giovanni, luchó en el frente. Esos instantes de tristeza y preocupación se desvanecen a los pocos segundos. Se oyen dos golpes en la puerta, asestados con vigor: ha llegado la abuela Rosa y ese ruido repentino ha hecho que por fin Oscar se calle, para alegría de todos. Jorge, al ver entrar a la abuela, corre hacia ella para que lo coja en brazos.

¡Qué gran mujer, la quería tanto! Mi abuela paterna fue una figura fundamental en mi desarrollo y en mi formación. Vivía a menos de cincuenta metros de nuestra casa, me pasaba días enteros con ella. Me dejaba jugar, me cantaba canciones de cuando era joven y a menudo la oía discutir con el abuelo en piamontés, por lo que tuve el privilegio de conocer y aprender la lengua de sus recuerdos. Otras veces, si tenía que salir, iba con ella a casa de las vecinas. Hablaban largo y tendido, y bebían mate. O me llevaba con ella a hacer recados por el barrio. Y por la noche me llevaba de vuelta a casa de mamá y de papá, pero no antes de haberme hecho rezar mis oraciones. De hecho, fue ella quien me dio el primer anuncio cristiano, quien me enseñó a rezar y quien me habló de esta gran figura que todavía no conocía: Jesús.

No es casual que fuera la misma abuela Rosa la madrina de mi bautizo junto con el abuelo Francesco, el abuelo materno. Asimismo, quien celebró y administró el primer sacramento fue don Enrico Pozzoli, un buen misionero salesiano, originario de la

provincia de Lodi, en Lombardía, al que el abuelo Giovanni había conocido en Turín. Había sido también él quien había casado a mis padres. Papá y mamá se habían conocido en el Oratorio Salesiano de Argentina, y desde entonces don Enrico fue siempre una figura fundamental para nuestra familia y para mi vocación sacerdotal.

Volviendo a mis ratos con la abuela, en aquel momento yo tenía casi tres años. Era realmente pequeño y por ello no me resulta fácil revivir aquellos días de 1939 en los que la maldad humana hizo estallar la Segunda Guerra Mundial. Tengo una especie de flashes de momentos de nuestro día a día: en casa, la radio era un constante ruido de fondo; la encendía papá desde por la mañana y junto con mamá escuchaban la radio estatal, que en aquella época se llamaba Estación de Radiodifusión del Estado (LRA 1). También estaban Radio Belgrano y Radio Rivadavia, y todas daban diariamente boletines de noticias sobre el conflicto. Mamá la sintonizaba incluso el sábado por la tarde, a partir de las dos, para que los niños escuchásemos la ópera. Recuerdo que antes de que empezara nos contaba un poco el argumento. Cuando había un aria especialmente hermosa o un momento clave de la historia, intentaba que prestásemos atención. Tengo que reconocer que a menudo nos distraíamos, ¡al fin y al cabo, éramos pequeños! Por ejemplo, durante el Otelo de Verdi, mamá nos decía: «Escuchad con atención. ¡Ahora va a matar a Desdémona en la cama!». Y nosotros nos quedábamos callados, con curiosidad por oír lo que estaba sucediendo.

Volviendo al tema de la guerra, en nuestra tierra aquel ambiente siniestro no se percibía tanto porque estábamos muy alejados del resto del mundo, donde se estaba decidiendo el destino de la humanidad. Pero puedo decir que, a diferencia de muchos otros argentinos, yo me enteré de la Segunda Guerra Mundial porque en casa se hablaba de ella; desde Italia llegaban, aunque fuera con un retraso de casi un mes, las cartas «abiertas» de nuestros familiares donde nos contaban lo que estaba ocurriendo. Eran ellos los que nos proporcionaban noticias de la guerra en Europa. Utilizo la palabra «abiertas» porque las autoridades militares comprobaban el correo: leían las misivas y luego las volvían a cerrar, y en el sobre estampaban un sello con la palabra CENSURA. Recuerdo que mamá, papá y la abuela leían en voz alta estas historias que, por supuesto, se me quedaron grabadas. En una de estas cartas nos relataban, por ejemplo, que por las mañanas algunas mujeres del pueblo a quienes

ellos conocían iban a Bricco Marmorito, no muy lejos de la estación de Portacomaro, para comprobar si llegaban tropas; sus maridos no habían ido a la guerra, sino que se habían quedado en Bricco trabajando, y esto, obviamente, no estaba permitido. Si las mujeres se ponían algo rojo, entonces los hombres tenían que salir corriendo a esconderse. En cambio, la ropa blanca indicaba que no había patrullas en los alrededores y que, por tanto, los hombres podían seguir trabajando.

¡Este es solo un ejemplo para que os hagáis una idea de cómo era la vida en aquellos años! ¡Cuánta muerte! ¡Cuánta destrucción! ¡Cuántos jóvenes enviados al frente a morir! Y, aunque hayan pasado más de ochenta años, nunca debemos olvidar aquellos momentos que destrozaron la vida de tantas familias inocentes. La guerra te come por dentro, lo ves en los ojos de los más pequeños, que ya no tienen alegría en el corazón, sino solo miedo y lágrimas. ¡Pensemos en los niños y las niñas! Pensemos en aquellos que no han sentido nunca el olor de la paz, que han nacido en tiempos de guerra y que vivirán con este trauma, portándolo consigo el resto de sus vidas. Y nosotros ¿qué podemos hacer por ellos? Deberíamos preguntárnoslo y preguntarnos cuál es el camino hacia la paz, la vía para garantizar un futuro a estos pequeños.

Yo, que en tiempos de la Segunda Guerra Mundial ya existía y era un niño como ellos, tuve suerte porque esta tragedia a Argentina no llegó como a otras partes. Sí que hubo alguna batalla naval. Este es uno de los pocos detalles que recuerdo, entre otras cosas porque, cuando fui más mayor, mis padres me hablaron de ello; es un episodio que ocurrió precisamente el día de mi tercer cumpleaños. Era el 17 de diciembre de 1939 y en la radio hablaban de un buque de guerra alemán, el Admiral Graf Spee, al que los barcos ingleses habían rodeado y dañado gravemente, cerca de la desembocadura del Río de la Plata. A pesar de la orden de Hitler de seguir combatiendo, el comandante Langsdorff decidió, junto con sus oficiales, hundir su propia nave, y se trasladaron con la tripulación en barco a Buenos Aires. Básicamente, se entregó. Unos días más tarde el comandante se suicidó, envuelto en la bandera de la Marina alemana que se usaba en la Primera Guerra Mundial. Por su parte, el resto de los hombres ingresaron en el país y se los envió a las provincias de Córdoba o de Santa Fe. Conocí al hijo de uno de estos

soldados, una buena persona que más tarde se casó y formó una familia en Argentina.

En definitiva, fue así como conocí la tragedia de la Segunda Guerra Mundial y luego, unos años después, tendría ya unos diez, también supe más de ella gracias al cine; nuestros padres nos llevaban al cine del barrio para ver las películas de la posguerra. Las vi todas. Recuerdo especialmente Roma, ciudad abierta de Roberto Rossellini, con Anna Magnani y Aldo Fabrizi, una obra maestra; pero también Paisà o Alemania, año cero, o, si no, Los niños nos miran de Vittorio De Sica. Son películas que han forjado nuestra conciencia y que nos han ayudado a comprender los efectos devastadores de aquel conflicto.

Otra cosa diferente es La strada de Federico Fellini, quizá la película que más me ha gustado y que vi ya de más mayor; no tiene nada que ver con la guerra, pero me gusta citarla porque en ella su director supo poner en el centro de atención a los más desfavorecidos, como Gelsomina, invitando al espectador a conservar la preciosa forma que tiene este personaje de ver la realidad.

Volviendo a la locura de la guerra, cuyo único objetivo es la destrucción, me hace pensar en la ambición, en el ansia de poder, en la codicia de quien hace estallar los conflictos. Lo que hay detrás no es solo una ideología, la cual es una falsa justificación; detrás hay un impulso perverso, porque en esos momentos ya no se mira a la cara a nadie, ni a ancianos ni a niños, madres o padres. En particular, la Segunda Guerra Mundial fue incluso más cruel que la Primera, en la que combatió mi abuelo Giovanni Bergoglio en el Piave. Y justo él, cuando yo estaba en casa de los abuelos, contaba un montón de historias realmente dolorosas. Un montón de muertos, un montón de casas destruidas, incluso iglesias. ¡Qué tragedia! Y me contaba que los compañeros en el frente cantaban:

Il general Cardona ha scritto alla regina:

«Se vuoi veder Trieste te la mando in cartolina».

Bom bom bom

al rombo del cannon…

El general Cardona escribió a la reina:

«Si quieres ver Trieste, te la mando en una postal».

Bum, bum, bum

al retumbar del cañón…

Pero también me hablaron de la Segunda Guerra Mundial un montón de inmigrantes que vinieron a Buenos Aires después de huir de sus tierras invadidas por los nazis. A esto estamos a punto de llegar.

Con tan solo tres años, Jorge aún no comprende el drama de aquel conflicto mundial. En su inocencia no comprende el sufrimiento de todas esas familias, obligadas a huir para salvar su vida. Pero, al pasar los días en casa de los abuelos, escuchando sus conversaciones en piamontés, poco a poco se va dando cuenta de que también ellos, aunque sea por otros motivos, han venido de muy lejos, de Italia, donde aún queda una parte de la familia que envía a los primos noticias del curso de la guerra.

En efecto, Giovanni, junto con su esposa Rosa y su hijo Mario —ella había trabajado como modista y había colaborado como voluntaria en Azione Cattolica, y el hijo tenía unos veinte años, un título de Contabilidad y trabajaba en la filial de Asti del Banco de Italia—, a finales de los años veinte, después de una difícil racha de apuros económicos, decidió reunirse con tres de sus seis hermanos en Argentina, en la provincia de Entre Ríos. Aquí los Bergoglio hicieron fortuna gracias a su empresa de pavimentación en Paraná. Sin embargo, el sueño de una vida en el Nuevo Mundo no tardó en desvanecerse. En 1932, a causa de la recesión económica provocada por la gran crisis del 29, la empresa se vio obligada a cerrar; Giovanni y Rosa, con su hijo pequeño Mario, que entretanto había trabajado de contable en la empresa familiar, tuvieron

que trasladarse a Buenos Aires para empezar de cero. Gracias a un pequeño préstamo de dos mil pesos, compraron una tienda en el barrio popular de Flores, donde finalmente consiguieron echar raíces.

El pequeño Jorge le pide continuamente a la abuela Rosa que le cuente su larga travesía en el transatlántico Giulio Cesare, que zarpó de Génova y llegó al puerto de Buenos Aires el 15 de febrero de 1929, después de dos semanas de viaje. Y ella, armada de paciencia, sentada frente a la puerta de casa, describe su llegada a la capital argentina, vestida de manera un poco rara para el calor del verano austral, con una capa con cuello de piel de zorro, en cuyo interior llevaba cosidos los ahorros de la familia.

En cambio, en aquel septiembre de 1939, al enterarse de la noticia del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Rosa no puede dejar de pensar en todos sus familiares, los Vassallo, que siguen viviendo en Italia, en Liguria. Lo mismo que Giovanni, que desde su tienda trata de todas las formas posibles de ponerse en contacto con sus seres queridos que se han quedado en Portacomaro, mientras de fondo el locutor anuncia que también Francia ha declarado la guerra a Alemania, confirmando su alianza con el Reino Unido. A pesar de que Italia sigue siendo neutral —hasta junio de 1940 Benito Mussolini no anunciará la entrada en la guerra en el bando de Hitler—, la ansiedad y la preocupación los atenazan. Rosa se pasa el día cuidando de Jorge, pero charla largo y tendido con sus mejores amigas acerca de su «vida anterior» en Italia, recordando a sus familiares y los momentos de despreocupación de su juventud. La nostalgia, entre aquellas paredes argentinas, parece haber tomado el control. Y su nietecito permanece quieto, hechizado, escuchando a la abuela, por quien siente gran devoción.

¡La abuela Rosa y el abuelo Giovanni, al igual que mi padre, tuvieron muchísima suerte! Yo no estaría aquí, contando esta historia, si sus planes no se hubieran ido al traste por una fallida venta inmobiliaria. El viaje a Argentina estaba previsto para octubre de 1927, el abuelo vendería los terrenos de la familia en Bricco y con ese dinero los tres embarcarían en el puerto de Génova en el barco Principessa Mafalda. Era un gran barco de vapor que había realizado numerosas travesías transoceánicas, pero que, durante aquel viaje a Buenos Aires, debido a la rotura de una hélice, se

hundió frente a las costas de Brasil. Más de trescientos muertos, una gran tragedia. Afortunadamente, los abuelos y papá no se encontraban a bordo. A pesar de que los terrenos habían sido puestos en venta hacía tiempo, no había llegado ninguna oferta de compra y, por eso, al no contar con el dinero necesario, pocos días antes de partir habían tenido que renunciar, muy a su pesar, al viaje. La espera duró hasta febrero de 1929, cuando embarcaron en otro barco, el Giulio Cesare. Tras dos semanas de travesía, llegaron a Argentina y fueron recibidos por el Hotel de Inmigrantes, un centro de acogida para emigrantes no muy distinto de los que oímos hablar hoy día.

Mientras que mi padre no hablaba nunca en piamontés, quizá porque sentía gran nostalgia por su casa e inconscientemente no quería admitirlo, los abuelos lo hacían de manera habitual; por eso puedo decir que el piamontés ha sido mi primera lengua materna. Creo que todo emigrante, en su interior, se enfrenta a lo mismo a lo que se enfrentó mi padre. ¡Y no es fácil! Nos lo cuenta Homero en la Odisea, y también el poeta piamontés Nino Costa, al que admiro mucho y que en una de sus obras expresa el deseo de volver que sienten aquellos que no pueden hacerlo. Los emigrantes llevan consigo una enorme maleta con experiencias y con historias que pueden enriquecernos y ayudarnos a crecer. Justo hablando de la Segunda Guerra Mundial, escuché las historias de aquel conflicto también en voz de los emigrantes polacos en Argentina. Papá trabajaba a menos de cien metros de casa; era contable en una gran tintorería industrial donde clientes importantes enviaban telas y tejidos para teñirlos. Poco a poco fueron llegando a la empresa empleados polacos que habían visto con sus propios ojos la guerra, la invasión de las tropas nazis y la muerte de sus seres queridos. Habían conocido aquel drama y habían huido a Sudamérica para hacer realidad el sueño de una nueva vida. Cuando yo iba a buscar a papá al trabajo —tenía ya ocho o nueve años—, alguna vez me quedaba a escuchar sus historias. Eran buenos, estos polacos. Serían unos diez y tenían un gran corazón. Sus historias eran muy dolorosas, pues hablaban de familias rotas, de amigos enviados al frente que nunca más regresaron, de madres que esperaban volver a abrazar a sus «pequeños de la casa» y que, en cambio, lo único que recibían eran flores por la muerte de sus hijos.

He de añadir, sin embargo, que, a pesar de los dramas que vivieron, esas personas no habían perdido la capacidad de sonreír; de vez en cuando nos llamaban a solas y nos gastaban bromas, y nos enseñaban alguna palabrota en polaco. Recuerdo que una vez uno me dijo: «Ve donde está esa mujer y dile esta palabra…». Obviamente, para mí era una palabra carente de significado, pero ¡no se puede decir que en polaco fuera precisamente un cumplido para aquella mujer! Así pues, había momentos más relajados, aparte de las historias de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, se veía perfectamente que también ellos llevaban en la mirada la nostalgia típica de quien se ha visto obligado a dejar su hogar. ¡Una espinita clavada en el corazón! Y cuánta gente, incluso hoy día, se ve obligada a huir con la esperanza de encontrar una nueva vida —justo como hicieron mis abuelos o aquellos emigrantes polacos—; y, en cambio, no encuentra más que la muerte en el mar o la expulsión en las fronteras. Es, una vez más, la maldad humana la causante de estos dramas; son los corazones endurecidos de quienes no abrazan el Evangelio, que, por el contrario, nos pide que abramos la puerta a quien llama, que abramos de par en par nuestros corazones a quien busca un lugar acogedor, a quien busca una mano tendida para levantar cabeza.

Pensemos en cuántos italianos tuvieron que marcharse antes o después de la guerra a Sudamérica o a los Estados Unidos. ¡Pensemos que también muchos de nuestros familiares han sido emigrantes! Quizá también ellos, en los países donde arribaban, eran considerados como «los malos, los peligrosos». Y, sin embargo, solo habían ido ahí en busca de un futuro para sus hijos. «¿Dónde está tu hermano?», le pregunta el Señor a Caín, en el libro del Génesis. Es una pregunta que aún hoy resuena y que nos deja desorientados. No prestamos atención a lo que Dios ha creado y ya no somos capaces de cuidar los unos de los otros. Y, cuando esta desorientación contagia el mundo, se llega a tragedias como las que leemos a menudo en los periódicos. Quiero repetirlo, quiero gritar que, por favor, acojamos a nuestros hermanos y hermanas que llaman a la puerta. Porque, si se los integra correctamente, si se los acompaña y se los protege, podrán hacer una gran contribución a nuestras vidas. Como aquellos emigrantes polacos que huyeron de la Segunda Guerra Mundial y que yo conocí de niño, también los emigrantes de hoy son personas que solo buscan un lugar mejor y

que, en cambio, a menudo encuentran la muerte. Demasiadas veces, por desgracia, estos hermanos y hermanas que ansían un poco de paz no encuentran ni acogida ni solidaridad, sino solo un dedo acusador. Es el prejuicio el que corrompe el alma; es la maldad la que mata. Y esta es una vía sin salida; es una perversión. No olvidemos, por ejemplo, lo que sucedió con nuestras hermanas y hermanos judíos. También, en este caso, son muchos los recuerdos.

II

El exterminio de los judíos

«Es un monstruo. No se le puede llamar de otra forma…». Con gesto de enfado, mamá Regina se levanta de repente, abandonando en la mesa su plato de sopa. La cena, al menos para ella, parece haber terminado. Mientras piensa en lo que poco antes le ha contado su suegra, tira al fregadero la olla con la sopa que ha sobrado, salpicándolo todo. Entretanto, sigue gritando: «¡Un monstruo!».

Marta, la pequeña de la familia, asustada por el tono de voz de su madre, se echa a llorar; los dos hermanos mayores, Jorge y Oscar, que en lugar de comer se están batiendo en duelo a cucharazos, se detienen, mudos. Jorge, en concreto, mira a su madre con curiosidad mientras papá Mario se levanta para coger en brazos a la pequeña. Nunca había visto a su mujer tan indignada. Puede que alguna vez en el pasado, por algún desaire, pero nunca por una noticia como esta, que no le afecta directamente. El ambiente en casa de los Bergoglio no es de los mejores en esa cálida tarde de diciembre de 1941. Tras desfogarse durante unos minutos, de pronto se hace el silencio. Ya solo se oye el ruido del agua que corre por el fregadero, que se mezcla con las lágrimas de Regina y con el griterío de algún chiquillo que sigue jugando en la calle, junto con el estruendo, que lentamente se va alejando, de un viejo camión medio oxidado que lleva al trabajo, a las afueras del barrio de Flores, a un grupo de trabajadores del turno de noche.

Ha sido la abuela Rosa quien ha provocado aquella reacción en su nuera, después de haber recibido esa misma tarde la visita de una vieja amiga que emigró a Argentina desde Turín. La señora Margherita Muso Nero, que así se llamaba —muso nero significa 'hocico negro' en castellano—, le ha contado las últimas noticias que ha recibido de Italia: muchos de sus familiares han huido al extranjero tras la promulgación de las leyes raciales de 1938, mientras que otros se han quedado con la esperanza de que, antes o después, esa racha se convierta tan solo en un recuerdo. En su última carta relatan que se han enterado de que en el extranjero se están llevando a cabo persecuciones y de que, además de la construcción de guetos en las grandes ciudades ocupadas por los nazis, están muriendo miles de personas. Montones de personas son arrastradas a la fuerza para llevarlas lejos, a campos de trabajo. En realidad, está a punto de producirse lo que posteriormente se conocerá como la «solución final», fusilamientos de comunidades enteras, cámaras

de gas móviles y, sobre todo, la deportación a grandes campos de concentración; Auschwitz está activo desde 1940, mientras que Auschwitz II-Birkenau lo estará en octubre de 1941.

Con los ojos vidriosos, la abuela Rosa ha escuchado atentamente cómo su amiga le hablaba de esos judíos enviados en tren a un destino incierto, subidos a la fuerza en vagones aptos para el transporte de animales, pero no para el de seres humanos (cientos de personas hacinadas, unas encima de otras, que llevan consigo sus maletas y los recuerdos de una vida; niños arrebatados de sus madres o escondidos en casa de algún vecino; maridos separados de su media naranja y golpeados con porras en las piernas para que caminen más deprisa).

Tras la visita de su amiga, poco antes de aquella cena a base de sopa, la abuela ha llevado a Jorge a casa y se ha quedado unos minutos para contar en voz baja a su hijo y a su nuera lo que le ha dicho la señora Muso Nero. Rosa tiene un carácter sincero, decidido. No quiere que los niños oigan aquellas historias tan tristes, así que enciende la radio y sube el volumen más de lo habitual. De repente, las notas de un tango invaden el comedor; Radio El Mundo está retransmitiendo Recuerdo, de Osvaldo Pugliese, conocido en Buenos Aires como el Santo Patrono de los músicos. Al pequeño Jorge, de casi cinco años, ya parece gustarle. Con aquella música de fondo, la historia dramática de la abuela es acompañada por una banda sonora que carga aún más de emoción sus palabras; el pensamiento de Mario vuela hacia sus amigos judíos y pronuncia aquella palabra, «monstruo», que será repetida, minutos después, durante la cena, también por su mujer.

En aquella época solía oírlo en casa: «¡Hitler es un monstruo!». Ocurría durante la cena, en la comida o cuando venía a vernos algún tío o primo nuestro. Como es obvio, mamá y papá no se mostraban indiferentes ante lo que estaba sucediendo en Europa y, cuando hablaban entre ellos o con la abuela, nombraban también a este personaje. Yo era demasiado pequeño para entenderlo. Después, cuando crecí un poco, comprendí quién era ese hombre al que llamaban de esa forma.

Por aquel entonces, papá trabajaba con un montón de judíos con quienes más tarde entabló amistad; en su tintorería había muchos

clientes de esta comunidad que fabricaban hilo y calcetines y que mandaban allí las telas para que las tintaran. También, de vez en cuando, pasaban por casa a verlo con toda la familia a cuestas. Por supuesto, salía el tema de la persecución de los judíos, ya que estos señores tenían parientes repartidos por Europa, a algunos de los cuales, por desgracia, se los llevaron, y no volvieron a tener noticias suyas.

Mientras los adultos charlaban de estas cosas, nosotros, los pequeños, nos íbamos a jugar fuera a la pelota, o a otra habitación. Lo mismo pasaba cuando yo estaba en casa de la abuela: su vieja amiga, la señora Margherita Muso Nero, una mujer sencilla y buena persona, a pesar de tener por lo menos diez años menos que mi abuela, iba a menudo a verla y le hablaba de sus familiares y de lo que estaban sufriendo.

También en estos casos se nos invitaba a los niños a que nos fuéramos a otra parte para que aquellas conversaciones no nos impresionaran. Pero de vez en cuando yo conseguía oír alguna palabra. ¡Cuántas le dedicó la abuela a Hitler! Y también a quien, en nuestro país, lo apoyaba. De hecho, en Argentina, en aquel entonces, había una pequeña parte de la sociedad que era antisemita. Obviamente, no hablo de que lo fuera en general; digo que ciertos grupos habían abrazado los ideales del Tercer Reich, sobre todo, algunos hombres cercanos al nacionalismo. Así pues, también en nuestro país se albergaban sentimientos hostiles hacia el pueblo judío, y esto siempre me ha dolido.

A menudo le he pedido al Señor que perdone a esta gente y la crueldad de los regímenes totalitarios. Incluso lo escribí en el libro de firmas cuando, en 2016, visité en Polonia los campos de concentración de Auschwitz y Birkenau, en una peregrinación silenciosa en la que no pronuncié ningún discurso. Cualquier palabra habría sido superflua frente a aquella terrible tragedia. Delante del muro de los fusilamientos, donde mataban a los prisioneros de un tiro en la cabeza, quise rezar por las almas de las víctimas, por nuestros hermanos y hermanas mayores en la fe y por todas las comunidades que sufrieron las atrocidades de esta sinrazón humana. También vi la «celda del hambre», donde estuvo recluido san Maximiliano Kolbe, el hermano franciscano que ofreció

su vida a cambio de la de un padre de familia. Una cosa que siempre me ha entristecido es que a estas personas, sin tener culpa de nada, se las llevó allí engañadas. Creían que se las había destinado a un campo de trabajo. No sabían que en breve serían asesinadas. Durante aquella visita a los campos de concentración y de exterminio, me quedé sin palabras, pero puedo decir que, después de tantos años, allí dentro se sigue respirando un aire de muerte y crueldad. Fue impresionante.

Volviendo a aquel periodo de los años cuarenta del siglo XX, en el que los nazis decidieron exterminar a todos los judíos, las historias de la señora Muso Nero le servían a la abuela para comprender en profundidad todo aquello y para que, años más tarde, pudiera explicármelo también a mí. Efectivamente, con cinco o seis años no me habría sido posible comprender que el hombre pudiera llegar tan lejos, ni imaginar lo que sucedería después. Tomé plena conciencia de este drama gracias a mis profesores del colegio, a mi familia, al estudio de la historia y, sobre todo, gracias a los relatos de los supervivientes que, a lo largo de los años, me fueron contando sus experiencias como prisioneros en aquellos campos de muerte donde la dignidad humana era totalmente pisoteada.

Podría citar muchas de las historias que conocí a través del rabino Abraham Skorka, pero citaré tan solo dos.

La primera es la de Lidia Maksymowicz, hija de dos partisanos de Bielorrusia, a quien conocí en el Vaticano. Tenía solo tres años cuando fue deportada y marcada por los nazis. Su familia fue arrestada por motivos políticos, ya que desde el principio sus padres se habían declarado abiertamente partidarios de los judíos, a pesar de que ellos no lo eran. A Lidia la llevaron al campo de Auschwitz II-Birkenau en 1943, separada de su madre, y la sometieron, junto con otros muchos niños, a los experimentos del doctor Mengele. Aquel hombre hacía cosas terribles: probaba en ellos fármacos y venenos, convirtiéndolos en conejillos de Indias. ¡Pobrecitos niños! Nos quedamos juntos unos minutos al finalizar la audiencia general y tampoco en este caso tuve palabras. Solo un gracias por su testimonio. Y espontáneamente le besé el número tatuado en el brazo que sigue llevando desde que tenía tres años.

La segunda es la historia de otra superviviente, Edith Bruck, una

judía húngara cuyos relatos y fortaleza me impresionaron mucho. Ella, en la oscuridad del campo de concentración, consiguió encontrar la luz; en Dachau, un cocinero nazi le preguntó su nombre y, después, al verla inerme y pequeña, le dijo: «Yo también tengo una niña como tú». Y le regaló un peine, aunque tuviera la cabeza rapada al cero, un símbolo de esperanza en medio de aquel mar de muerte. Cuando fui a verla a su casa, en Roma, me contó esta historia, y yo le dije: «¡Cómo me hubiera gustado ser ese cocinero!». Pero también le pedí perdón por todo lo que les sucedió a los judíos. Con Edith me he vuelto a encontrar otras veces en público en Roma, y en otra ocasión en privado en el Vaticano, siempre el 27 de enero, el Día de la Memoria. La memoria: estas personas son memorias vivientes, un inestimable tesoro para todos nosotros. El exterminio de millones de judíos no puede ser olvidado y no debe volver a repetirse. ¡Basta de genocidios! ¡Basta de crueldad! La Shoah nos demuestra que hay que estar siempre alerta para actuar a tiempo cuando se ven atacadas la paz y la dignidad de las personas.

Aquel tango que transmitía la radio, que distrajo por un momento al pequeño Jorge mientras sus padres hablaban con la abuela Rosa, se ve interrumpido por el noticiario de las siete. El locutor da cuenta del ataque japonés a la base estadounidense de Pearl Harbor, en el archipiélago de Hawái, ocurrido a las primeras luces del alba de aquel domingo 7 de diciembre de 1941. Hubo miles de muertos, sobre todo soldados. Si hasta aquel entonces la mayoría de los estadounidenses era contraria a intervenir en la Segunda Guerra Mundial, tras el ataque del Imperio japonés la situación cambia radicalmente, y el presidente Franklin Delano Roosevelt anuncia la entrada de los Estados Unidos en la guerra, junto con Gran Bretaña y la Unión Soviética. De repente, todo el mundo calla para escuchar aquella noticia radiofónica que llega desde Norteamérica. Rosa hace un gesto de resignación, junta las manos y niega con la cabeza, como diciendo «Lo que nos faltaba…». Luego se despide deprisa y corriendo (se ha hecho tarde y aún tiene que prepararle la cena a su marido Giovanni).

«¡Nos vemos mañana por la mañana, eh!», dice dirigiéndose a Jorge tras darle un beso. De hecho, será ella quien lo acompañe a la escuela

infantil Nuestra Señora de la Misericordia, en la avenida Directorio, a cuatrocientos metros de casa, una institución de monjas a la que el niño acude desde hace más de un año. Mientras tanto, Regina sigue en la cocina, terminando de preparar la sopa. Mario ya ha quitado de la mesa los libros de contabilidad; también ese domingo se ha llevado trabajo a casa y ahora llama a los niños para que se laven las manos y se sienten tranquilitos a la mesa mientras continúa comentando con su mujer las historias sobre judíos que le ha contado mamá Rosa.

—¿Cómo se puede llegar a eso? —se preguntan, sin entrar en detalles para no perturbar a sus hijos.

—Es evidente que se cree Dios. No hay otra explicación… —añade Regina claramente angustiada, al tiempo que lleva la olla a la mesa.

—Pobrecillos —continúa Mario—. A saber el miedo que han pasado, sobre todo los niños, durante el viaje en tren. Y luego, cuando hayan llegado a su destino, quién sabe lo que habrá ocurrido…

—Papá, ¿qué viaje en tren? —preguntan los niños al unísono, pero no obtienen respuesta.

Después de tomar varias cucharadas de sopa, Regina no puede más y explota, pensando en aquellos niños judíos separados de sus madres sin motivo alguno:

—¡Hitler es un monstruo, eso es lo que es!

Al tener niños en casa, nuestros padres eran muy sensibles cuando les ocurría algo malo a otros niños de nuestra edad. En el caso de las deportaciones de los judíos, grandes o pequeños, obviamente aquello se veía amplificado aún más. Como creyentes practicantes no podían aceptar semejante situación y por eso etiquetaban a Hitler de aquel modo. ¡Y cuánta razón tenían!

A veces, cuando leo en los periódicos algunos casos de antisemitismo o de racismo que siguen ocurriendo aún hoy, siento como si volvieran a aflorar en mí esos sentimientos; pensemos, por ejemplo, en los actos de violencia de algunos fanáticos, en las

tumbas judías profanadas o en las casas señaladas con la estrella de David en varios países europeos tras el estallido del nuevo conflicto en Oriente Medio en octubre de 2023. Es una vergüenza, ¡sobre todo porque a menudo las personas involucradas son jóvenes! ¡Como si no hubieran entendido lo que fue la Shoah!

Pensemos también en la gente de piel negra. En los Estados Unidos, por ejemplo, están llevándose a cabo protestas callejeras por la muerte de algunos ciudadanos negros, asesinados por prejuicio puro y duro. Ha tenido mucha repercusión la muerte de George Floyd o de otros norteamericanos como él. Pero este problema no atañe solo a Norteamérica, sino que incumbe también a los países europeos.

Afortunadamente, siempre hay una reacción colectiva ante las injusticias sociales o raciales, contra el abuso de poder cuando la dignidad humana se ve herida. Por eso me gusta definir a las personas que participan en las manifestaciones no violentas como «samaritanos colectivos» que intervienen para defender la dignidad de los seres humanos, de cualquier ser humano. Recordemos que el racismo es una enfermedad, un virus, y el caso de Hitler fue una enfermedad llevada a la enésima potencia porque aniquilaba a los judíos, pero también a los gitanos, a las personas con discapacidad, a los homosexuales, a los ancianos o incluso a los niños con síndrome de Down. Los enviaba a todos a la muerte, sin piedad. Esto siempre me ha causado un gran dolor; nunca lo he aceptado. Por eso digo que no podemos mirar hacia otro lado cuando nos encontramos frente a un caso de antisemitismo, de racismo o de discriminación, y debemos defender siempre la sacralidad de la vida humana. El nombre de Dios es deshonrado y profanado en la locura del odio. Eso ocurre hoy y ocurrió con las perversas acciones de los regímenes durante la Segunda Guerra Mundial. La historia se repite y lo vemos en nuestro día a día con lo que está ocurriendo en Ucrania o en Oriente Medio, por ejemplo.

Volviendo a mi infancia, el pueblo judío que vivía lejos de Europa sufría realmente en aquellos años. Lo veía en los ojos de aquellos amigos de papá que venían a casa y en los ojos de sus hijos. Algunos de ellos cargaban siempre con un peso en el corazón, incluso cuando jugaban conmigo; quizá supieran algo de lo que les estaba pasando a su pueblo y a sus familiares, porque no sonreían

casi nunca y su mirada era triste. Y esto lo sigo viendo hoy día, cuando recibo a niños que llegan de zonas en guerra: sus ojos nunca sonríen, y su sonrisa siempre es forzada.

Los niños pueden enseñarnos mucho con su inocencia, especialmente en estos tiempos de guerra. También por este motivo quise instaurar una jornada mundial dedicada a ellos. Para que puedan ser nuestros principales «aliados» en nuestra búsqueda de la paz. Con su corazón puro y sencillo nos cuentan un montón de cosas, ¡sobre todo porque ya desde el colegio los educan en la paz! Cada vez que estoy con ellos mi corazón se vuelve un poco niño y me olvido de todas las dificultades y las polémicas que se presentan en mi servicio. Cuando los miro, tan felices y llenos de vida, vuelvo a ver el entusiasmo con el que jugaba con mis amigos en la calle. Por supuesto, había peleas y de vez en cuando se escapaba alguna palabrota, pero al final siempre hacíamos las paces… y disfrutábamos de una rica merienda en casa de la abuela Rosa, que nos preparaba pan con azúcar.

Pensando en todos los judíos que sufrieron y pagaron con su vida por el simple hecho de pertenecer a ese pueblo, en 2014 quise realizar una visita al Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoah, en Jerusalén. En mi discurso planteé unas sencillas preguntas: «¿Quién eres, hombre? ¿En qué te has convertido? ¿Cómo has sido capaz de este horror? ¿Qué te ha hecho caer tan bajo? […] ¿Quién te ha convencido de que eres dios? No solo has torturado y asesinado a tus hermanos, sino que te los has ofrecido en sacrificio a ti mismo, porque te has erigido en dios. […] [Señor,] acuérdate de nosotros en tu misericordia. Danos la gracia de avergonzarnos de lo que, como hombres, hemos sido capaces de hacer, de avergonzarnos de esta máxima idolatría, de haber despreciado y destruido nuestra carne, esa carne que tú modelaste del barro, que tú vivificaste con tu aliento de vida. ¡Nunca más, Señor, nunca más!».

Por tanto, no debemos olvidar que el siglo pasado vio la gran cantidad de barbaridades que se llevaron a cabo contra el pueblo judío. Pensábamos que aquello habría terminado con el final de la guerra y con la caída de los regímenes; sin embargo, incluso hoy los judíos siguen siendo perseguidos y etiquetados. ¡Esto no es

cristiano, ni tampoco humano! ¿Cuándo entenderemos que son nuestros hermanos?

No puedo negar que a menudo mi pensamiento se dirige a aquella gente que, en los años cuarenta del pasado siglo, sufrió y murió en campos de concentración mientras nosotros vivíamos tranquilamente en nuestras casas en Argentina sin preocupaciones. Teníamos de todo, a pesar de vivir de manera sencilla. No hacía falta tener coche o un vestido hecho a medida o irse de vacaciones; lo principal era ser felices. Y eso en mi familia, gracias a Dios, nunca faltaba. Sobre todo, no temíamos que alguien de las SS llamara a nuestra puerta para registrar la vivienda, no había patrullas nazis por las calles, no había madres con la cabeza rapada al cero, separadas de sus hijos, enviadas a los campos vestidas con un mono sucio y privadas de todo derecho. Al igual que no había hombres obligados a realizar trabajos forzados y a los que después, cuando ya no servían, se los mataba y se los echaba a los hornos.

¿Por qué ellos sufrieron todo esto y yo no? ¿Por qué tantos niños como yo, en aquellos años, fueron separados de sus padres mientras mis hermanos y yo recibimos el don del cielo de una infancia feliz? Me lo pregunto con el corazón hecho pedazos y sigo sin obtener respuesta.

III

Las bombas atómicas y el final de la guerra

El estadio enloquece. Tras el pitido final del árbitro Eduardo Forte, los aficionados del San Lorenzo de Almagro lo celebran a voz en grito, entre bailes, cantos y coros que aclaman al Terceto de Oro, el trío formado por Armando Farro, René Pontoni y Rinaldo Fioramonte Martino. A pesar de la ausencia de Farro, el partido ha terminado con un seis a uno a favor de la formación azulgrana, que ha ganado contra el Ferro Carril Oeste, el club del barrio de Caballito, un resultado increíble en aquel histórico domingo 2 de septiembre de 1945. Nadie esperaba semejante resultado del San Lorenzo, ni siquiera su entrenador, Diego García; sin embargo, se ha producido el milagro. Entre los más fervientes aficionados del Almagro se encuentran también los Bergoglio, presentes en las gradas. La familia está al completo. Mario ha llevado a Regina y a los cuatro niños: Jorge, que está sentado al lado de su padre, Oscar, Marta y el pequeño Alberto, de tres años de edad.

Pontoni y sus compañeros dan la vuelta al campo para saludar al público, pero hay también otro motivo especial que celebrar: antes del partido la radio ha anunciado que, en Japón, en la bahía de Yokohama, la delegación nipona, guiada por el ministro de Asuntos Exteriores Mamoru Shigemitsu a bordo del acorazado estadounidense Missouri, ha firmado su rendición a manos del general MacArthur, estableciendo de facto el final de la Segunda Guerra Mundial. En Europa, el conflicto ha terminado hace unos meses; frente al avance hacia Berlín de las tropas angloamericanas y del Ejército Rojo, Adolf Hitler se ha suicidado el 30 de abril, y el 7 de mayo Alemania ha firmado en Reims, Francia, el acta de rendición incondicional ante las fuerzas aliadas.

Sin embargo, aquel 2 de septiembre de 1945 significa el final de la guerra en todo el mundo, que aún sigue llorando por las víctimas de las explosiones de las dos bombas atómicas lanzadas por los Estados Unidos de América sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Más de doscientos mil muertos y ciento cincuenta mil heridos. También en Argentina se celebra el final de la guerra y por todas partes se habla de estos nuevos artefactos: en el bar, en los periódicos, en la radio, en la parroquia, con los vecinos. Jorge, que ya tiene casi nueve años, oye hablar de ello a su padre y a su madre, pero también a la maestra de la escuela de primaria n.º 8 Coronel Pedro Antonio Cerviño, a la que asiste todos los días. Como buen estudiante, al igual que sus compañeros, lleva

un babi blanco con un lazo negro. Su maestra, Estela Quiroga, está impresionada por los originales métodos del niño: cuando, por ejemplo, tiene que aprender a sumar, restar o multiplicar, en lugar de escribir o contar con los dedos, se entrena subiendo y bajando las escaleras del centro. Además de las matemáticas, le encantan también la lectura, la filatelia y el deporte. Juega al baloncesto con su padre, Mario, da patadas al balón con sus amiguitos del barrio y luego, cada domingo, acude al estadio con su familia al completo.

Aquel domingo, 2 de septiembre de 1945, antes de ir al campo de fútbol para el extraordinario partido del San Lorenzo, Jorge vuelve a casa. Por la mañana ha estado en misa con la abuela Rosa, en la basílica de San José de Flores, a diez minutos de casa, y ha jugado a la brisca con sus padres y con Oscar. De fondo, la obertura «Leonora n.º 3»: Mario ha puesto en el tocadiscos un vinilo del Fidelio de Beethoven, después de guardar los libros de contabilidad que acostumbra a llevarse a casa para terminar el trabajo de la semana. Aunque su sueldo es bajo en comparación con el de otros compañeros —en Argentina no se le reconoce su titulación italiana—, a su rostro nunca le falta la sonrisa, sobre todo cuando tiene que corregir a sus hijos, que todavía no han aprendido las reglas de ese juego de cartas.

Sin embargo, ese momento de ocio no dura eternamente. Cuando las agujas del reloj marcan las once y media, a mamá y a papá les toca ponerse a cocinar. Pero fuera alguien se ha puesto a gritar el nombre de Regina, interrumpiendo aquella tranquila y divertida mañana en familia.

Era nuestra vecina, María, quien llamaba insistentemente a mamá. Recuerdo como si fuera ayer aquel día de septiembre de 1945. Nuestra casa estaba separada de la de los vecinos por un muro de unos metros de altura, igual que lo estaban todas las viviendas del barrio. En determinado momento, la señora que vivía a nuestro lado se asomó por el muro y empezó a llamar a mamá a voces para que saliera de casa: «¡Señora Regina, señora Regina!». Mamá salió de inmediato temiendo que hubiera ocurrido algo grave. Y la señora volvió a gritar, esta vez con una hermosa sonrisa: «Señora Regina…, ¡ha terminado la guerra! ¡¡¡Ha terminado la guerra!!!». Por un segundo, mamá se quedó desconcertada; luego, las dos rompieron a llorar de alegría, un llanto liberador.

Mientras tanto, había saltado también la sirena del diario La Prensa. Era una señal muy fuerte que se activaba para avisar a la población de que había ocurrido algo importante. Aquel sonido era tan intenso que, a pesar de que la sede del periódico se encontraba a unos diez kilómetros de nuestra casa, se oía casi como si estuviera a la vuelta de la esquina. La gente comenzó a asomarse a los balcones y a la calle para entender lo que estaba sucediendo. Lo mismo hicieron papá y mis hermanos. Fue un momento muy emocionante. Puedo decir que aquel día, al asistir a aquella escena, que sigue muy presente en mi memoria, comprendí cuánto anhelaba la paz aquella gente tan sencilla, a pesar de vivir en Sudamérica y, por tanto, lejos de los escenarios de la guerra. Todos sentimos una sensación maravillosa, como si por fin hubiera terminado una horrible pesadilla, sobre todo pensando en todas aquellas pobres gentes que habían muerto o que habían tenido que huir de sus países.

Está claro que, en aquel momento, en todo el mundo esperábamos ansiosamente el anuncio del final de la contienda. La historia se repite, y lo mismo que sucedía entonces sucede también ahora. Todos sufrimos por los conflictos y por la violencia que golpean diferentes áreas del planeta y nos preguntamos qué podemos hacer para aliviar el sufrimiento de la gente. Por supuesto, podemos ayudar a la reconstrucción con obras de caridad, o a distribuir bienes de primera necesidad, pero nuestra contribución más importante puede ser la de extirpar de nuestros corazones el odio y el resentimiento hacia aquellos que viven a nuestro lado. Todos somos hermanos y hermanas, y entre nosotros no puede prevalecer el resentimiento. Para que cualquier guerra pueda terminar de verdad, es necesario el perdón; si no, lo que le seguirá no será la justicia, ¡sino la venganza!

Tenemos que aprender a construir en el mundo una cultura de paz, que no sea vista solo desde la óptica del rechazo a la violencia de las armas. Pensemos en cómo destruye la violencia de nuestros chismorreos; pensemos en la violencia psicológica con las personas frágiles e indefensas; pensemos en la violencia del abuso de poder, también en la Iglesia. ¿Queremos realmente la paz? ¡Pues comencemos a trabajar con nosotros mismos! El camino a seguir nos lo indica san Pablo cuando dice que la misericordia, la benevolencia y el perdón son las mejores medicinas que podemos usar para construir una cultura de paz.

Me vienen a la mente las palabras que dijo el papa Pío XII y que difundió la radio en agosto de 1939, en vísperas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Las escuchamos también nosotros en casa, en el noticiario: «Nada se pierde con la paz. Todo puede perderse con la guerra. Vuelvan los hombres a entenderse, vuelvan a tratar. Al tratar con buena voluntad y con respeto de los derechos recíprocos de los demás, se darán cuenta de que con negociaciones sinceras y concretas nunca se puede descartar un éxito respetable».

Pero la maldad humana, como sucede también hoy, no tenía oídos para escuchar aquellas santas y sabias palabras. De hecho, apenas seis años después, en agosto de 1945, llegaron las dos bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki. Recuerdo que por la calle se hablaba de aquel acontecimiento catastrófico, y la gente en el bar o en el oratorio de los salesianos decía que los estadounidenses —a quienes llamaba «gringos»— habían lanzado estos artefactos mortales, aunque nadie lo entendía demasiado bien. Nosotros, los niños, por supuesto no lo comprendíamos, pero tampoco los adultos. «¿Qué es una bomba atómica? ¿Cómo funciona?», nos preguntábamos todos. Había artículos científicos en los periódicos o en la radio que explicaban cómo tenía lugar esta explosión, qué les sucedía a los átomos, la amplitud del radio de destrucción del artefacto. Había quien se preguntaba incluso si los efectos y la radiación de dichas bombas podrían alcanzar de algún modo también Sudamérica o Argentina… No se tenía el conocimiento que se tiene hoy, y la gente tenía mucho miedo, miedo y desesperación. He escuchado historias dramáticas de lo que ocurrió en Hiroshima de gente que estuvo allí durante la explosión atómica y después de la misma. Hablaré de ello más adelante.

También en las calles de Buenos Aires se celebra el final de la guerra. Mario enciende la radio para escuchar posibles actualizaciones, mientras Regina ha vuelto a la cocina para preparar la comida. Deben darse prisa porque hay partido del San Lorenzo a primera hora de la tarde, y llegar al estadio, sobre todo sin coche, llevará su tiempo. Por suerte ha llegado la abuela Rosa para echar una mano: ella y Giovanni comerán en casa de su hijo. Mientras tanto, los niños juegan en el salón. Oscar le enseña orgulloso a Jorge su botín, el premio de dos monedas que le ha dado

papá después de una partida de brisca; Marta trata de robarle una de las manos, siente curiosidad, quiere tocar aquella monedita. Y comienza una pelea, entre gritos, lágrimas y tirones de pelo.

—Venga, Oscar, dale una. Solo quiere verla. Luego te la devuelve —interviene la abuela.

—No. Se la quiere quedar. Seguro que la esconde por ahí —responde el niño, enfurruñado.

—Y no pasará nada. Eso querrá decir que se la has regalado. Recuerda: ¡el sudario no tiene bolsillos! De nada sirve estar apegados al dinero —dice la abuela.

De repente, los niños se quedan en silencio. Jorge está impresionado por lo que ha dicho la abuela. Entiende perfectamente lo que significa y le hace un gesto a Oscar para que le dé una de las dos monedas a su hermanita. Marta se sale con la suya y, tras darle un beso a su hermano, vuelve a la habitación a jugar.

El programa deportivo, difundido por radio a la espera de los partidos de la tarde, ha terminado ya y, mientras la familia prepara los raviolis, se emite un nuevo análisis pormenorizado de los sucesos del día. Se habla de las celebraciones en las calles de Washington, Londres y París, se informa de las reacciones de las embajadas internacionales y de la llegada de los militares estadounidenses a Tokio, donde han recibido flores de los niños japoneses. Por todas partes se respira un aire de paz. Pero se sigue hablando del drama de las dos bombas atómicas y de los efectos de la radiación nuclear sobre la población, acogida principalmente en los hospitales de campaña del ejército del Imperio nipón. En una parte del mundo hay fiesta, y en la otra se siguen contando los muertos y heridos. Un corresponsal habla de una mujer que, en el momento de la explosión, llevaba puesto un kimono, y la violencia de la radiación nuclear quemó el estampado de la tela, que pasó a quedar impreso como una marca en su espalda.

Mario apaga de golpe la radio. Los detalles de aquella historia se están volviendo poco aptos para los niños que la escuchan. Y, afortunadamente, ha llegado el momento de sentarse a la mesa.

En efecto, desde Japón llegaban noticias terribles. En la radio se hablaba de toda aquella gente que había sobrevivido a la explosión, gente a la que ya no le quedaba nada y que probablemente moriría al cabo de poco tiempo, debido a la radiación. También hablaba mucho de ello la gente de nuestro barrio. Había un miedo real a que pudiera volver a ocurrir, a que aquel repentino resplandor pudiera tragárselo de nuevo todo, sin que hubiera escapatoria para nadie.

En cierto sentido, aunque estuviera físicamente lejos, viví aquella tragedia de cerca, gracias a las historias del padre Pedro Arrupe, que pasó por Argentina unos años después, cuando yo era un joven estudiante jesuita. Él fue misionero en Hiroshima, rector del noviciado de la Compañía de Jesús, y de forma milagrosa había conseguido escapar de la explosión junto con treinta y cinco jóvenes que vivían en el edificio y los otros jesuitas. Sin embargo, él nunca dijo que fuera un milagro, ¡a pesar de que la bomba hubiese sido lanzada muy cerca del edificio de la Compañía de Jesús!

Me contó, eso sí, que el día del ataque, aquel 6 de agosto de 1945, notó una fortísima explosión y que todo empezó a derrumbarse; también que las puertas, ventanas, paredes y muebles salían volando, desintegrados. Todos consiguieron escapar cruzando campos de arroz y una colina; una vez a salvo, vieron que la ciudad entera había quedado arrasada. La descripción que hizo fue impactante: vio un lago de fuego enorme e innumerables cadáveres carbonizados.

El padre Pedro había estudiado Medicina, así que, a falta de médicos, pues habían muerto casi todos, pudo echar una mano a quien lo necesitaba y transformó el noviciado en un hospital de campaña. Fue buena idea, aunque faltaban medicamentos. Por suerte, un campesino le dio un saco con más de veinte kilos de ácido bórico en polvo y, con ello, mezclado con agua, el padre Pedro curó las heridas de muchas personas que tenían el cuerpo lleno de quemaduras. Hasta el día siguiente no comenzó a llegar la ayuda de las ciudades vecinas, pero la fortaleza de los japoneses era increíble: se pusieron a trabajar y comenzaron inmediatamente a reconstruir. También a mí, ya de adulto, cuando me hice jesuita, me habría gustado ser misionero en Japón, aunque no me concedieron el permiso para ir allí debido a que en aquella época yo estaba un

poco delicado de salud. ¡Quién sabe! Si me hubieran enviado a aquella tierra de misión, mi vida habría tomado un rumbo diferente, y quizá en el Vaticano estaría alguien mejor que el que está ahora.

Volviendo a aquellos días terribles, el padre Arrupe, además de ayudar a las víctimas, buscaba donativos para reconstruir las instalaciones de los jesuitas, pedía limosna puerta por puerta y también encontraba grandes muestras de generosidad en el sufrimiento; sin embargo, mientras él se movía en medio de tanta gente desesperada, otros levantaban las copas para celebrar la victoria. El uso de la energía atómica con fines bélicos es un crimen contra el hombre, contra su dignidad y contra toda posibilidad de futuro en nuestro hogar común. ¡Es inmoral! ¿Cómo podemos erigirnos en paladines de la paz y de la justicia si, al mismo tiempo, construimos nuevas armas militares? La posesión de estas armas de destrucción masiva da solo una ilusión de seguridad, pues lo que se genera es un clima de sospecha y de miedo. Por otra parte, el uso de estas bombas tendría un impacto ambiental y humanitario catastrófico. ¡Recordemos lo que ocurrió precisamente en Japón! Fui allí en 2019 y visité el Monumento de la Paz, en Hiroshima. Fue un momento en verdad conmovedor, en el que pensé en todas aquellas víctimas inocentes. Quise realizar esta peregrinación para reiterar principalmente tres imperativos morales que pueden abrir camino hacia la paz: rememorar, caminar juntos y proteger. No podemos permitir que las nuevas generaciones, incluidas las actuales, pierdan la memoria de todo lo que ha ocurrido, una memoria viva que pueda ayudar a decir, de generación en generación, ¡nunca más!

Por eso debemos caminar juntos con la mirada puesta en el perdón, llevando un rayo de luz en medio de todas las nubes que hoy día ensombrecen el cielo. Y de verdad que son muchas, si echamos un vistazo a los puntos «calientes» del planeta y a cómo viven nuestros hermanos y hermanas en la martirizada Ucrania, en Siria, Yemen, Birmania, Oriente Medio, Sudán del Sur…, y en muchos otros países donde aún sigue viviéndose la tragedia de la guerra. A pesar de ello, debemos abrirnos a la esperanza y convertirnos en instrumentos de paz y reconciliación. Esto podremos hacerlo si somos capaces de protegernos y de reconocernos como hermanos y hermanas en un

destino común. Por eso, tanto ahora como entonces, elevemos un grito desde nuestro corazón: no más guerra, no más fragor de las armas, no más sufrimiento. Que la paz sea para todos, una paz duradera y sin armas.

También en el colegio, en aquellos días de 1945, se habló mucho del final de la guerra mundial y de cómo las grandes potencias se habían repartido el mundo. Recuerdo que los estudiantes hacíamos trabajos sobre el tema de la paz y nos gustaba mucho. El tema siguió siendo tratado con detenimiento también en los años sucesivos, cuando me cambié de colegio. En 1948 nació mi última hermana, María Elena. Mi madre tuvo problemas de salud y no podía ocuparse de todos nosotros. Por eso, al curso siguiente, en 1949, Oscar, Marta y yo, gracias a la ayuda de don Enrico Pozzoli, entramos en el internado de los salesianos. Marta, que tenía ocho años, asistió al de chicas, el de María Auxiliadora; mientras que mi hermano y yo fuimos al colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles, en Ramos Mejía, a unos doce kilómetros de nuestra casa.

Allí hice sexto de primaria y he de decir que no me dio tiempo a aburrirme. Era en verdad una vida en la que el ocio no tenía lugar. Desde por la mañana temprano comenzábamos las actividades con la misa, el estudio, las clases, el juego durante el recreo y luego, al final del día, las «buenas noches» del director. En el internado aprendí realmente a estudiar bien, porque gracias a la ayuda de los profesores conocí técnicas mnemotécnicas que incluso hoy me son útiles. Y luego el silencio; era precioso pasarse horas y horas estudiando inmersos en el más absoluto silencio, pues favorecía la concentración. También hacíamos mucho deporte, porque, como decían, era un aspecto fundamental de nuestra vida. Después de tantas preocupaciones debidas al conflicto mundial y a la explosión de las bombas atómicas, necesitábamos actividades que favorecieran el entretenimiento, a condición de que se realizaran dentro de los límites de una sana competición. Nos enseñaban a competir como cristianos, así que nada de juego peligroso y, sobre todo, ¡mucha honestidad en el campo!

Pero creo que lo más importante es el hecho de que, en general, el internado creaba, a través del despertar de la conciencia de las cosas, una cultura católica que no era ni santurrona ni confusa.

También se vivía la piedad hacia los demás, ¡y era real! Esto formaba hábitos que, en conjunto, plasmaban un modo de ser, siguiendo precisamente las enseñanzas católicas. Allí, por ejemplo, aprendí a abrirme a los demás, a privarme de ciertas cosas para dárselas a personas más pobres que yo. Después de todo, el sudario no tiene bolsillos, ¿recordáis?

No es casualidad que fuera aquí, en los salesianos, con doce años, donde sentí por primera vez la vocación del sacerdocio. Me armé de valor y lo hablé con el padre Martínez, a quien todos conocíamos porque lo llamaban el Pescador, debido al gran número de vocaciones que había suscitado entre los chavales paseando por los internados salesianos. Lo vi varias veces, me hizo algunas preguntas, me dio algunos consejos, pero no entramos en materia. Este deseo siguió latente en mi interior, hasta que estalló definitivamente durante los años cincuenta.

IV

La Guerra Fría y el macartismo

«Buenos días, Jorge, ¡qué agradable sorpresa! ¿Qué haces tú por aquí? Si todavía no es verano…». La inconfundible voz de Esther resuena en las salas aún desiertas del laboratorio Hickethier-Bachmann, donde el adolescente Jorge Bergoglio se ha presentado de repente a las siete de la mañana de un frío y lluvioso día de junio de 1953. Argentina, al estar en el hemisferio austral, tiene las estaciones al revés que los países del hemisferio boreal.

El chico ya es como de la familia. Lo conocen bien porque en los meses de verano, entre diciembre y marzo, hace las prácticas de campo previstas en su programa de estudios en ese laboratorio de análisis químicos del barrio de Recoleta, en Buenos Aires. Su trabajo consiste en realizar controles de calidad de los alimentos.

Papá Mario ha insistido mucho, quiere que su hijo durante la temporada de calor pueda ganar experiencia, así que Jorge se lo ha tomado muy en serio; compaginar la dedicación en la empresa con los estudios le supone un gran esfuerzo, pero no es el único que sale todas las tardes cansado. Las prácticas en una fábrica o en un laboratorio están previstas en el instituto al que acude, la Escuela Industrial n.º 12. El programa estival para todos los estudiantes de los cursos de tercero, cuarto y quinto de secundaria se divide en clases teóricas por la tarde, desde las dos hasta las seis, y prácticas, de las siete de la mañana a la una de la tarde; con solo una hora de descanso, el tiempo para llegar del laboratorio a la escuela con el bocadillo en la boca. Al final de los seis años llegará el diploma de perito químico.

Sin embargo, el motivo de la repentina visita de Jorge aquella mañana de comienzos de invierno no está relacionada con el programa escolar; simplemente, antes de entrar a clase, el joven de dieciséis años quiere saludar a la responsable del laboratorio y charlar con ella.

Se llama Esther Ballestrino y es una bioquímica paraguaya de treinta y cinco años que huyó de su país a causa de las persecuciones sufridas durante la dictadura del general Higinio Morínigo Martínez. De hecho, Esther es una activista marxista, miembro del Partido Revolucionario Febrerista, y está comprometida con el frente de la defensa de las mujeres y de los trabajadores del campo. Sus discursos y sus actuaciones no son toleradas por las autoridades de Paraguay; por eso Esther se vio

obligada a huir y a refugiarse en la Argentina de Juan Domingo y Evita Perón.

La joven, siempre elegantísima y con una abundante melena castaña, alternando cariño y rigor, ha enseñado a Jorge a utilizar el microscopio y lo ha puesto a prueba con alambiques y probetas, pero también le encanta hablar con él, incluso fuera del horario de prácticas, sobre la actualidad, sobre lo que ocurre en el mundo, sobre el pensamiento marxista y sobre los derechos de los trabajadores.

La puerta de su despacho siempre se halla abierta. Ella está rodeada de voluminosos archivadores y utensilios para los análisis de laboratorio. En su escritorio, además de la pila de papeles y de los resultados de los análisis que hay que enviar a las empresas que los piden, siempre hay un periódico. Esther coge el periódico en el quiosco todas las mañanas y lee las noticias en los descansos del trabajo. Esa mañana, en la sección internacional, se habla de la ejecución en la silla eléctrica de Julius y Ethel Rosenberg, en la cárcel de Sing Sing. Habían sido condenados dos años antes, acusados de ser espías de la Unión Soviética. Según el juez, el matrimonio habría entregado a los soviéticos información top secret sobre armas nucleares.

—Jorge, escucha esto… —dice Esther para llamar la atención del chico. Y comienza a leer en voz alta el artículo—: A la pobrecilla le han tenido que dar más descargas de lo previsto porque no se moría… Estos son los efectos de la Guerra Fría o, mejor dicho, los efectos más crueles del macartismo.

Aquella palabra, «macartismo», no es nueva para Jorge; se la ha oído a algunos profesores que comentaban una vieja viñeta de 1950 del caricaturista Herbert Block. En esa viñeta, publicada por el Washington Post y que se hizo famosa en todo el mundo, se empleaba por primera vez aquel término.

Los Estados Unidos viven en aquellos años en un clima de creciente tensión social a causa de una comisión dirigida por el senador Joseph McCarthy y creada para destapar actividades antiamericanas a manos de supuestos comunistas, hombres y mujeres que con su ideología podrían debilitar los cimientos de la sociedad estadounidense. En el punto de mira están artistas, periodistas, escritores, hombres y mujeres del sector de la cultura, miembros del Ejército y funcionarios del

Gobierno. Se comienza a hablar de «caza de brujas». El Temor Rojo parece haber tomado el control, mientras los dos bloques, el estadounidense y el soviético, se distancian cada vez más. En este escenario, la Argentina peronista de los descamisados vive un periodo de alejamiento de su histórica influencia estadounidense; decide no tomar partido en la Guerra Fría y anuncia una tercera postura: ni con los capitalistas ni con los comunistas.

Era un periodo muy «caliente» desde el punto de vista de la política internacional, porque la Guerra Fría afectaba al bolsillo de mucha gente y ello provocaba declaraciones públicas muy provocativas, protestas, sospechas y, a menudo, represalias. Recuerdo que en la prensa argentina se publicó un montón de viñetas satíricas sobre la Unión Soviética y los Estados Unidos, dos gigantes que se enfrentaban en una guerra soterrada, aparentemente sin armas, pero con amenazas y espionaje.

También se hablaba de la lucha por el poder en la Unión Soviética tras la muerte de Stalin, episodio este que todavía recuerdo con claridad: había quien hablaba de liberación y quien vivía aquel momento con enorme pesar (¡los nostálgicos estalinistas!). Recuerdo también la triste historia del matrimonio Rosenberg, historia que ocurrió en este clima de sospecha, el macartismo, cuando se buscaban posibles espías comunistas en territorio estadounidense.

Recuerdo que incluso el papa, que por aquel entonces era Pío XII, pidió en un mensaje que se le perdonara la pena de muerte a la que se había condenado a la pareja. De hecho, ¡tanto lo ocurrido como lo que sigue ocurriendo hoy día en muchos países del mundo es inadmisible para la Iglesia! Para aquel al que se le aplica una condena tiene que haber siempre una ventana de esperanza; por el contrario, la pena capital es la derrota de la justicia. Hasta el último momento, una persona puede redimirse, puede cambiar; en cambio, esta práctica de la pena capital no permite tal posibilidad y destruye lo más importante que hemos recibido del Señor: la vida. Y yo me pregunto: ¿Quiénes son estas personas para decidir quitarles la vida a los demás? ¡Quizá piensan que pueden ocupar el lugar de Dios! Quiero reiterar que hoy más que nunca necesitamos una movilización espiritual colectiva de todos los cristianos para

respaldar, en concreto, a las asociaciones que luchan a diario por la abolición de la pena de muerte. ¡Debemos estar unidos en esto!

En los años cincuenta del pasado siglo, en la sociedad argentina se discutía de forma superficial sobre el macartismo estadounidense. Solo se oía hablar de ello en las noticias de actualidad de los periódicos o en algunos debates televisivos, porque ya teníamos nuestros asuntos de política interna por resolver. En aquellos años, aunque le dedicara tiempo también a la lectura de tipo político, como el resto de chavales de mi edad, tenía otras cosas en la cabeza, como quedar con amigos, ir en busca de libros a precio de saldo, o hacer deporte. Aun así, puedo decir que la historia de los Rosenberg, así como este fenómeno social de los Estados Unidos, me los explicó bien Esther, que era precisamente mi jefa del laboratorio, una mujer formidable a quien le debo mucho. Ella sí que era una comunista de las de verdad, atea, pero respetuosa. Incluso teniendo sus ideas, nunca atacaba la fe, ni siquiera cuando hablaba en privado con algunas amigas. Y me enseñó mucho de política. En aquel periodo me daba para leer publicaciones, entre ellas las del Partido Comunista, como Nuestra Palabra y Propósitos, y me volví un aficionado de los artículos de Leónidas Barletta, un escritor y director argentino, figura de referencia de la izquierda independiente. Pese a ello, nunca abracé la ideología comunista. Aquellas lecturas se limitaban solo a un plano intelectual, además de ser una manera de conocer el mundo del que provenía Esther.

En este sentido, hay quien, tras mi elección como papa, dijo que hablo mucho de los pobres porque soy comunista o marxista. Asimismo, un cardenal amigo mío me contó una vez que una señora, buena católica, le dijo que estaba convencida de que el papa Francisco era el antipapa. ¿Cuál era la razón de ello? ¡Porque no llevo los zapatos rojos! Pero el que yo hable de los pobres no quiere decir necesariamente que sea comunista. ¡Los pobres son la bandera del Evangelio y están en el corazón de Jesús! La pobreza no tiene ideología. La Iglesia no tiene ni puede tener ideología; ¡no es un Parlamento, como suelo decir! No se puede reducir todo a facciones de derecha o de izquierda. Pongamos como ejemplo los Hechos de los Apóstoles, capítulo 4, versículo 32, donde se lee: «Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía que era suyo nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común». Y así es: en las primeras comunidades cristianas se

compartían las propiedades. ¡Eso no es comunismo, sino cristianismo en estado puro!

Volviendo a Esther, en relación con el macartismo me decía que era necesario tener la lucidez y la sabiduría suficientes para discernir y entender por qué se hablaba de un «peligro comunista» en la democracia estadounidense. ¿Se agitaba el espectro comunista de manera instrumental? ¿O existía realmente el peligro de que se difundieran los secretos de Estado? Eran preguntas que mucha gente se hacía por aquel entonces.

Muchos años después de nuestras conversaciones, Esther empezó una batalla dolorosa al fundar, con otras dos mujeres, la Asociación de Madres de Plaza de Mayo, que reunía a las desesperadas madres de los «desaparecidos». Estableció la sede de este grupo en el barrio de San Cristóbal, en la parroquia de Santa Cruz, donde ahora se halla enterrada esta querida amiga. Pero hablaré de esto más adelante.

Era mi querida amiga, sí, pero ¡me las hizo pasar canutas! En el trabajo era extremadamente puntillosa. Si le entregaba demasiado pronto los resultados de unos análisis, sospechaba y me pedía que los repitiera. O cuando yo no hacía ciertos test porque los consideraba innecesarios, ella insistía en que los realizara y me regañaba: «Jorge, las cosas hay que hacerlas con atención ¡y bien!». Ella quería que todos fuéramos serios y meticulosos de verdad.

En realidad, estaba acostumbrado. Antes de empezar las prácticas en ese laboratorio, había trabajado todo el verano de 1950 como encargado de limpieza en la tintorería donde papá era contable, cerca de casa. Además, de vez en cuando hacía algún trabajo de secretaría. En aquel periodo solía pasar mucho tiempo en casa de mis abuelos maternos, Maria y Francesco, en la calle Quintino Bocayuva, y muchas veces se pasaba a comer don Enrico Pozzoli. ¡Qué tiempos aquellos, tan maravillosos!

Por lo demás, aquellos años, los años cincuenta fueron los más importantes de mi vida. Fue en esa década cuando tuve la experiencia del trabajo, del amor, de escapar por los pelos a la muerte, y de la vocación sacerdotal. Esta última llegó, de repente, en un extraño día a principios de primavera.

Entre estudiar y las clases presenciales, el invierno ha pasado volando. Y ya es primavera en el hemisferio austral. Lunes, 21 de septiembre de 1953, Buenos Aires ha amanecido inmersa en una atmósfera de alegría por la llegada de la hermosa estación, y los alumnos de la escuela han quedado para la Fiesta del Estudiante, que cada año coincide justo con la llegada del buen tiempo. A pesar de que aún no son las ocho, Jorge tiene prisa y ya está listo para salir. Quiere ponerse el traje que le ha planchado su madre porque es un día especial: ha quedado con algunos amigos en la estación de Flores, donde se juntarán con otros compañeros para ir a celebrarlo con un pícnic fuera de la ciudad. Papá Mario se ha marchado pronto. Ha acompañado a María Elena, la pequeña de la casa, a la guardería y, antes de despedirse de los demás, como todas las mañanas, ha encendido la radio. Desde hace un tiempo, con la llegada de la televisión, la calidad de los programas ha bajado un poco. Los locutores históricos se han pasado a la tele, aunque en casa de los Bergoglio la tradición ha permanecido intacta, sobre todo porque Mario, además de amar la música clásica, que se emite por las mañanas, no puede permitirse todavía aquel nuevo electrodoméstico que desde hace dos años retransmite por todo el país.

Unas semanas antes de aquel lunes festivo, los telediarios, y también los periódicos y las radios, han contado el final de la guerra de Corea, que tuvo lugar en julio, y luego, el 7 de septiembre de 1953, la elección de Nikita Kruschev como primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética. Para muchos, una vez superados los dramáticos años del estalinismo, aquella elección puede significar solo una cosa: el final de la Guerra Fría. Otros, en cambio, la ven simplemente como un paréntesis y están convencidos de que llevará su tiempo salir de esa lógica que ve el mundo dividido en dos bloques. Jorge, que gracias a Esther se ha aficionado a los libros de política, cuando está en casa sigue con mucha atención estas noticias para después debatir con ella y escuchar su punto de vista. En definitiva, trata de mantenerse lo más informado posible para comprender lo que pasa en el mundo. También suele hablar de ello con su grupo de amigos, algunos de los cuales trabajan con él en el laboratorio de química. Cuando quedan por la noche para bailar tango o rock, entre partida y partida de billar, hablan del comunismo, del peronismo y del capitalismo americano. En aquellos años, la Guerra Fría y sus efectos sobre la economía mundial son uno de

los temas de los que más se habla en aquel grupo de adolescentes.

No obstante, Jorge también tiene otros intereses, como es natural. Su colección de sellos ha adquirido ya cierta importancia, asiste a Acción Católica en la parroquia y cada vez le gusta más escuchar en la radio ópera y las noticias deportivas para estar al tanto de lo último del San Lorenzo. ¡Tanto él como papá Mario son auténticos aficionados! Pero ese día de principios de primavera no puede desperdiciarse escuchando las noticias en la radio. Sus amigos le esperan en la estación.

Leyendo los periódicos y escuchando las noticias en la radio se apreciaba muy bien cómo con la elección del nuevo secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética daría comienzo una fase de deshielo entre los EE. UU. y la URSS, aunque al mismo tiempo aquellos serían años de competición en el plano de la tecnología, la industria y, sobre todo, en la carrera espacial. Mientras en los Estados Unidos había llegado un nuevo presidente republicano, Dwight Eisenhower, en la Unión Soviética se vivía el final del periodo del puño de hierro de Stalin, y con Kruschev había comenzado una época más pacífica. Los dos grandes bloques habían entendido cómo convivir evitando la guerra. A efectos prácticos, se aceptaban tácitamente, permaneciendo fieles a sus posturas, convencidos de que las cosas marcharían de manera natural a su favor. Lo importante es que, en ese periodo histórico, hasta la crisis de los misiles de Cuba, en 1962, se comprendió que el uso de armas atómicas no resolvería discrepancia alguna. En cambio, hoy día, paradójicamente, la miopía humana parece haber vuelto a abrir ese clima de Guerra Fría. Quizá alguien haya olvidado que durante décadas el mundo vivió con el corazón en un puño, al borde de una crisis devastadora. ¡Nos salvamos por muy poco! Aun así, incluso hoy, oímos mencionar la amenaza de una guerra nuclear, amenaza que arroja sobre el mundo malestar y angustia.

En este sentido, no está de más releer lo que decía el papa Juan XXIII: «Y si bien parece difícilmente creíble que haya hombres con suficiente osadía para tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y de la asoladora destrucción que acarrearía una guerra, resulta innegable, en cambio, que un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio

bélico». No olvidemos que bajo la amenaza de las armas nucleares todos somos perdedores, ¡no hay vía de escape!

Vuelvo con la mente a aquel 21 de septiembre de 1953. Había salido a toda prisa de casa, tenía que alcanzar a mis amigos en la estación para ir a la Fiesta del Estudiante. Pasé por delante de la basílica de San José de Flores, a la que iba desde que era pequeño, y de repente sentí la necesidad de entrar y de saludar al Señor. Después de una oración, de rodillas, comenzó a crecer en mi interior el deseo de confesarme. Generalmente, solía hacerlo en Almagro, en la basílica de María Auxiliadora, con «gigantes» del confesionario. Los defino así porque tenían una habilidad única para escuchar y eran auténticos ejemplos de misericordia: el padre Scandroglio, que siempre me daba un poco de miedo, el padre Montaldo o el padre Punto. Aquel día, en San José de Flores, había un cura que yo no había visto antes, un tal padre Carlos Duarte Ibarra, natural de Corrientes. Me dijo que se encontraba de casualidad en Buenos Aires porque se estaba tratando una horrible leucemia. Por desgracia, moriría al año siguiente.

Durante aquella confesión, ocurrió algo extraño que cambió realmente mi vida: sentí el estupor de haberme encontrado de pronto con Dios. Estaba allí, esperándome; se me había adelantado. Al confesarme con aquel cura, me sentí acogido por la misericordia del Señor. Miserando atque eligendo («lo miró con misericordia y lo eligió»), se lee en la homilía 21 del monje inglés san Beda el Venerable, cuando describe el episodio del Evangelio que cuenta la vocación de Mateo, el publicano al que Jesús eligió e invitó a seguirlo. La meditación se propone en el oficio de lectura precisamente en la fiesta litúrgica de san Mateo Evangelista, que se celebra el 21 de septiembre. No es casualidad que esta frase se haya convertido en mi lema episcopal y que aún hoy siga resaltando sobre el escudo del papa. Dios es aquel que va siempre por delante de ti. Cuando cometemos un pecado, Él está esperando para perdonarnos, para acogernos, para darnos su amor. Y, de este modo, la fe crece cada vez más. Puedo decir que ese día «caí al suelo», como se cuenta de san Pablo de Tarso, en los Hechos de los Apóstoles, cuando recibe la llamada del Señor.

¡Me río yo del pícnic con los amigos! ¡Estaba viviendo un momento precioso de mi vida! ¡Me estaba abandonando totalmente a las

manos de Dios! Estaba abrumado, sentí la necesidad de ir corriendo a casa y quedarme a solas, en silencio. Y así permanecí un buen rato.

No es de extrañar que a mi familia no le dijera palabra de mi llamada al sacerdocio durante dos años, hasta la graduación, cuando llegó el momento de elegir universidad. Estábamos ya en 1955, y el único que sabía algo era el padre Duarte, que me acompañó en el camino de la fe hasta su muerte. Al principio no se lo conté ni siquiera a mis compañeros de colegio. En el grupo más cercano éramos diez y nos hacíamos llamar, en broma, los diez muchachos. Con ellos solía celebrar veladas en un club del barrio de Chacarita. Jugábamos al billar, charlábamos de temas políticos y bailábamos tango. Me gustaban mucho la orquesta de Juan D'Arienzo, así como los cantantes Julio Sosa y Ada Falcón. Esta última, tras varios enredos amorosos, se hizo monja y se fue a vivir a un pueblo de Córdoba.

Entonces llegó el momento de hablar con papá. Me armé de valor y se lo conté. Le pareció bien. En cambio, me daba miedo decírselo a mamá; yo sabía que ella no aceptaría mi decisión, así que me inventé que iba a estudiar Medicina. Pero un día ella, mientras hacía limpieza en casa, descubrió que en el escritorio yo tenía libros de teología y filosofía. Frente al reproche por aquella mentira le respondí sonriendo: «Mamá, de verdad que estoy estudiando Medicina, ¡pero la del alma!». No se lo tomó muy bien, por lo que para tranquilizarla habló papá con ella. Entonces se me acercó y me dijo: «No sé, Jorge, no te veo; ya eres mayor, prueba a terminar la universidad y luego decide…». ¡Estaba claro que soñaba que su primogénito acabara siendo médico!

En cambio, la abuela Rosa se alegró mucho, y en mi mente siguen grabadas sus tiernas palabras cargadas de misericordia: «Recuerda, Jorge, que la puerta de casa siempre estará abierta, que nadie te lo reprochará si un día decides volver; pero, si Dios te llama, ve, ¡bendito seas!».

Y así, gracias también a la guía espiritual de don Enrico Pozzoli, que habló largo y tendido con mis padres durante la fiesta que estos organizaron por sus veinte años de casados, me decidí y, con diecinueve años, acompañado por aquel buen salesiano, entré en el

seminario arquidiocesano de Villa Devoto. Allí se me encomendó la tarea de ocuparme de los seminaristas más jóvenes, entre los cuales había un niño de doce años, un tal Leonardo Sandri, hijo de inmigrantes tridentinos, con el que después me volví a encontrar en el Vaticano cuando era cardenal.

Durante aquel año en el seminario tuve también un pequeño flechazo, normal; si no, no seríamos seres humanos. En el pasado, yo ya había tenido novia, una chica muy dulce que trabajaba en el mundo del cine y después se casó y tuvo hijos. En cambio, en esta ocasión me encontraba en la boda de uno de mis tíos y me quedé prendado de una chica. La cabeza me daba vueltas, de lo guapa e inteligente que era. ¡Durante una semana no pude quitarme su imagen de la cabeza y me era difícil ponerme a rezar! Pero luego, afortunadamente, aquello pasó y pude dedicarme en cuerpo y alma a mi vocación.

Hasta la enésima prueba. Era agosto de 1957, los abuelos estaban a punto de celebrar su quincuagésimo aniversario, pero unos días antes, en el seminario, todo el mundo pilló la gripe. Yo también me contagié, y, mientras los demás chicos se iban curando y saliendo, yo seguía encerrado en la habitación porque la fiebre no quería bajar, hasta que un día empeoré. Tenía una fiebre altísima, y el rector, asustado, me llevó corriendo al Hospital Sirio Libanés. Me diagnosticaron una infección grave y ese mismo día me extrajeron un litro de líquido de los pulmones. Me cuidaba una enfermera a la que le debo la vida, sor Cornelia Caraglio, de la orden de las dominicas. Ella se dio cuenta de que la dosis de penicilina que me habían prescrito los médicos era demasiado baja, así que me suministró la cantidad adecuada para ese tipo de problema y me salvó. Además, todos los días venían mis compañeros de seminario que tenían mi mismo grupo sanguíneo, para donarme sangre. ¡Tenía ángeles de la guarda alrededor!

La recuperación fue larga. El ingreso fue largo, me pasaba mucho tiempo en silencio. Pensaba en lo que podría haberme ocurrido, rezaba a la Virgen y, en cierto sentido, me preparaba también para la muerte, que, no podía descartarse, podría llegar en cualquier momento. De hecho, cada vez que mamá venía a verme se echaba a llorar y otros trataban de consolarme. Al final, en octubre de ese

mismo año, me quitaron el lóbulo superior del pulmón derecho, donde se habían formado tres quistes. Fue una intervención quirúrgica con las técnicas de entonces; os podéis imaginar los cortes que me hicieron y cuánto sufrí.

Al salir del hospital tomé la decisión de dejar el seminario arquidiocesano para entrar en una orden religiosa, la de los jesuitas. Me atraía mucho su vocación misionera y me gustaba la disciplina que seguían. Me habrían admitido en el seminario en marzo, pero estábamos todavía en noviembre y estaba a punto de empezar el verano. Gracias a don Enrico Pozzoli, pasé un mes en una residencia de montaña, Villa Don Bosco, en Tandil, rodeado de verde, con los jóvenes clérigos. Don Enrico Pozzoli nunca trató de convencerme para que entrara en su congregación. No hacía proselitismo, sino que respetó mi elección.

Y así, el 11 de marzo de 1958 entré en la Compañía de Jesús. Fueron largos años de estudio en Argentina y de misión en Chile, y luego de enseñanza en dos colegios, uno en Santa Fe, en el Inmaculada Concepción, y otro en Buenos Aires, en el del Salvador. Estábamos ya a mediados de los años sesenta y estaba allí en calidad de maestrillo, es decir, de aprendiz, y debido a mi corta edad, ni treinta años, los estudiantes me habían apodado Carucha, cara de niño. ¡Eran unos chicos muy creativos!

En estos colegios daba clase de Literatura y Psicología a alumnos realmente curiosos y a menudo un poco rebeldes. Una vez, uno de mis alumnos, llamado Roberto, se lio a tortas con un chico más pequeño durante un partido de fútbol. Era algo grave, pero en lugar de castigarlo inmediatamente, pensé en una lección diferente: lo llamé a clase determinado día a una determinada hora y, cuando se presentó, se encontró esperando a sus otros diez compañeros sentados en círculo conmigo. Les pedí que explicaran cada uno de ellos lo que había pasado y el porqué de aquella acción. Algunos amigos lo consolaron, otros le dieron consejos, alguno se lo tomó a cachondeo e hice como que no lo veía. Después aquella «comisión estudiantil» especial decidió el castigo: disculparse inmediatamente con el chico abofeteado y suspensión de la actividad deportiva durante dos semanas. El sentido de mi decisión era doble: por un lado, fueron los mismos alumnos y no los profesores los que

sancionaron un comportamiento incorrecto; por otro, con esa estratagema los chicos experimentaron el significado de la palabra «comunidad».

Recuerdo después, siempre en el colegio de Santa Fe, a otro alumno, a Jorge Milia, que de mayor se convirtió en abogado y que hoy día es también escritor y periodista. No me presentó a tiempo un trabajo de Literatura y por eso se le suspendió. Hizo un excelente examen de recuperación delante de un tribunal formado por mí y otros dos hermanos. Se habría merecido un diez redondo, pero, a petición mía, decidimos ponerle un nueve. Le dije: «El examen es de diez, pero va a sacar un nueve, así no se olvidará de sus años en este colegio». ¡Y creo que el pobre Jorge se sigue acordando aún hoy! Seguimos en contacto. Se trasladó a Mallorca y de vez en cuando viene a verme al Vaticano.

Había tanto entusiasmo en aquellos chicos que se preparaban para la universidad. Eran los años en los que a nuestro país llegaba de Europa el fenómeno de los Beatles, una banda de rock que en aquella época no conocía. Era 1965 y un día llamó a mi puerta un grupito de estudiantes que querían formar un grupo para imitar a esos artistas británicos, pero no tenían ni espacio ni medios para componer el cuarteto. Me enseñaron un disco con una foto del grupo de Liverpool y, al verlos con el pelo largo, les gasté una broma: «Pero no querréis volveros unos melenudos como ellos, ¿no?». Luego hicimos un pacto: ellos deberían esforzarse a fondo y yo los apoyaría. Conseguí, no sin esfuerzo, que tuvieran una sala para los ensayos semanales, el equipo de sonido (micrófonos y altavoces) que generalmente utilizaba el rector del colegio y un traductor, un estudiante nuestro que escucharía los discos de los Beatles y que traduciría a español las letras de las canciones. Animé a aquellos jóvenes a que se presentaran públicamente delante de sus compañeros, ¡aunque fueron eventos no precisamente afortunados, debido a algún que otro problemilla con los amplificadores, que no funcionaban! Por desgracia, después de los exámenes de quinto cada cual siguió su camino a la universidad y el grupo se disolvió, pero fue un bonito experimento y, sobre todo, ¡la enésima ocasión para hacer comunidad!

Tengo que decir que todos ellos eran chicos muy atentos, sobre todo los de los últimos dos años. Durante los cursos de Historia de la Literatura Española y Argentina, trataba de acercarlos a la escritura creativa y les

explicaba que había que diferenciar lo que decían los libros del colegio de lo que decían los autores. Y por eso organicé diversos encuentros en clase con algunos escritores: vino a vernos María Esther Vázquez, que tenía un programa de literatura en la radio y colaboraba con Jorge Luis Borges, con el cual había escrito algunos libros. Y tiempo después vino el mismo Borges, que dio una serie de charlas memorables. Invité también a María Esther de Miguel, en aquella época joven autora del best seller argentino Los que comimos a Solís, ¡que impactó mucho a los chicos por sus palabras, pero también por su belleza!

Para los alumnos, estas fueron experiencias formativas muy importantes, pero también lo fueron para mí, que, mientras tanto, paso a paso, me preparaba para ser nombrado sacerdote, en 1969.

V

La llegada a la Luna

A pesar de la hora, las luces del Colegio Máximo de San José siguen encendidas. El enorme edificio de ladrillo que data de los años treinta del siglo XX, rodeado de treinta y seis hectáreas de vegetación en San Miguel, cincuenta kilómetros al noroeste del centro de Buenos Aires, alberga a los seminaristas de la Compañía de Jesús, estudiantes de Filosofía y Teología, que se han reunido para seguir por televisión un acontecimiento especial.

Son casi las diez de la noche del domingo, 20 de julio de 1969. Fuera hace mucho frío, y a esa hora hay poca gente en la calle. Algunos se encuentran en casa disfrutando del espectáculo, sentados en el sillón junto a una estufa, y a otros los ha invitado algún amigo a su casa o están en algún bar que aún sigue abierto. La sala de televisión del instituto de los jesuitas es muy sencilla: lo único que hay en ella son cuarenta sillas, un crucifijo colgado de la pared blanca y unas cortinas verdes enormes que llegan hasta el suelo. Y en el centro, en una posición destacada, una televisión de tamaño mediano. Todos los asientos están ocupados. El rector ha dado permiso a los estudiantes para que se queden despiertos con el fin de seguir en directo la histórica llegada a la Luna. Pero la calefacción, como todos los días a esa hora, ya está apagada.

También el joven Jorge está sentado en esa sala. El televisor, uno de los casi dos millones de aparatos en funcionamiento en Argentina, está sintonizado en el Canal 13. El telediario Telenoche ha enviado a la famosa presentadora Mónica Cahen D'Anvers a los Estados Unidos, al Kennedy Space Center de la NASA, en Cabo Cañaveral, Florida, desde donde ha despegado el cohete Saturno V de la misión Apolo 11, con los astronautas Neil Armstrong, Buzz Aldrin y Michael Collins a bordo. Es un acontecimiento histórico para el mundo entero, y para Argentina lo es todavía más porque por primera vez el país recibe una retransmisión en directo a través de la flamante estación terrestre de satélite instalada en la ciudad de Balcarce, un pequeño centro aislado en medio de la vegetación, al sudeste de la capital.

Las agujas del reloj marcan ya las diez cincuenta, la emoción de asistir a ese momento histórico y de poder decir «yo estuve ahí» mantiene a todo el mundo despierto, a grandes y pequeños, aunque el Jorge Mario Bergoglio de treinta y dos años, a esa hora, habría preferido quedarse

encerrado en su habitación y meterse pronto en la cama. En menos de cinco meses será por fin ordenado sacerdote, y por la noche le apetece guardar silencio y rezar, con el fin de prepararse para ese gran acontecimiento de su vida. De hecho, precisamente los días antes de que le ordenen, durante un momento de gran intensidad espiritual, ha escrito de su puño y letra una profesión de fe. Además, tiene que responder cartas; entre ellas, las de algunos de sus exalumnos del colegio de Santa Fe; hay un libro de poesía de Friedrich Hölderlin encima de la mesilla de noche y apuntes por repasar. Y por la mañana le encanta despertarse muy temprano.

Pero ver cómo el hombre pone un pie en la Luna es una ocasión que no se volverá a repetir. No es casualidad que los principales periódicos del país que llegaron al quiosco aquella misma mañana llevaran en portada grandes titulares dedicados precisamente al alunizaje. No se oye ni una mosca entre los seminaristas, ni siquiera entre los más parlanchines. Todos guardan silencio para seguir lo que dice la enviada a los Estados Unidos y los comentarios del locutor en el estudio de Buenos Aires.

¡Fue una noche realmente inolvidable! Estábamos todos allí, delante de la pantalla, en la sala de televisión, siguiendo aquellas imágenes que llegaban de tan lejos. En efecto, no podíamos perdernos esa cita, con más razón porque teníamos la suerte de contar con un televisor en el colegio, algo que en aquella época era casi un lujo. Incluso siendo una retransmisión en blanco y negro, la calidad de la imagen era bastante buena. Fue impresionante ver los pasos de Neil Armstrong sobre el polvo, con el locutor de la televisión argentina traduciendo, simultáneamente, los comentarios en inglés de la CBS, la televisión norteamericana que ofrecía el directo. De hecho, en determinado momento, se citó en español aquella frase del astronauta que habría de quedar para la posteridad: «Este es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad». ¡Qué emoción!

Algunos chicos habían encendido ya la televisión a las tres de la tarde, cuando comenzó el directo. La retransmisión, un maratón ininterrumpido desde primera hora de la tarde, continuó hasta bien entrada la noche. Basta pensar que Armstrong pisó el suelo lunar solo seis horas después del alunizaje, cuando en Argentina eran ya

casi las once, y estaba todo el mundo en vilo. En cambio, yo aquel día tenía muchas cosas que hacer y por eso me presenté en la sala alrededor de las diez de la noche, cuando ya quedaba poco para la llegada. En el instante en que el astronauta pisó la Luna y poco después, cuando con su compañero Aldrin puso en el suelo lunar la bandera estadounidense, todos nos quedamos con la boca abierta y miramos el reloj para recordar siempre aquel momento. ¡Era todo tan increíble!

Por lo demás, en Argentina los días previos habían estado marcados por duras polémicas debido a que una avería del satélite había impedido seguir, el 16 de julio, el lanzamiento del cohete al espacio, que fue el comienzo de la misión Apolo 11. Por tanto, aquella noche había gran expectación, aunque también temor de que el directo se interrumpiera en el mejor momento.

En el colegio, como en otras partes, no faltaba el típico aguafiestas que, con algo de polémica, había empezado a decir: «Hacedme caso, es todo mentira; ¡son escenas grabadas en un plató!». Se había abierto un debate sobre lo que el progreso tecnológico era capaz de hacer o no. Por fortuna, intervino a tiempo uno de los superiores mandando callar a quien estaba hablando. El momento era demasiado importante para que lo estropearan así. Pero aquella noche creo que todos, indistintamente, comprendimos que, de algún modo, el mundo había cambiado.

El progreso es fundamental, siempre hay que seguir avanzando, pero debe guardar armonía con la capacidad del ser humano de gestionarlo. Si no es armónico, avanza solo y se transforma en algo inhumano, que no puede gestionarse. Eso sucedía entonces y sucede ahora, por ejemplo, con la inteligencia artificial, que está cada vez más presente en la vida de todos nosotros y que, si se utiliza de forma equivocada o criminal, puede ser un gran peligro. Pensemos en las fake news que son respaldadas por pruebas falsas creadas expresamente con estas nuevas herramientas tecnológicas. Esto nos lleva a plantearnos nuevas reflexiones y a formularnos cuestiones inéditas. Es necesario un enfoque ético para estas nuevas realidades. No es casualidad que en el pasado yo haya hablado de «algor-ética», un nuevo campo de estudio que sirve para investigar los procesos de interacción entre los seres humanos y las máquinas, con el fin de asegurarse de que dichos procesos tengan lugar

siempre dentro del marco del respeto a la persona.

Frente a aquellas imágenes del hombre en la Luna sentimos estupor. Reunidos en comunidad, nos sentimos pequeños ante la grandeza de todo lo que estaba sucediendo. Y lo mismo ocurre cuando pensamos en el espacio. Apenas somos una gotita en la infinitud del universo. ¡Si mañana se descubre que hay otras formas de vida ahí fuera, será solo porque Dios así lo ha querido! La existencia y la inteligibilidad del universo no son fruto del caos o del azar, sino de la Sabiduría divina, presente, como se lee en el libro de los Proverbios, capítulo 8, versículo 22, «en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras».

Siempre hay que perseverar en la búsqueda de la verdad, aceptar con humildad todas las novedades de los descubrimientos científicos y no cometer los errores del pasado. Caminando hacia los confines del conocimiento humano se puede tener una experiencia auténtica del Señor, capaz de colmar nuestro corazón. Nuestro faro lo constituyen los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, que nos ofrecen una aportación decisiva: justicia social, dignidad de la persona, subsidiariedad y solidaridad. En cambio, duele cuando los nuevos descubrimientos tecnológicos o científicos se emplean para otros fines. Pensemos en el uso de las nuevas tecnologías en la guerra, o en la utilización de estos nuevos conocimientos para crear embriones in vitro y después destruirlos, recurrir a la práctica del vientre de alquiler, una práctica inhumana y cada vez más difundida, que amenaza la dignidad del hombre y de la mujer, y que trata a los niños como mercancía.

En este sentido, debemos defender siempre la vida humana, desde la concepción hasta la muerte. Nunca me cansaré de decir que el aborto es un asesinato, un crimen; no se le puede llamar de otra forma; implica destruir y deshacerse de una vida humana inocente. Es un fracaso para quienes lo practican y para quienes se convierten en cómplices, ¡asesinos a sueldo, sicarios! ¡No más abortos, por favor! Es fundamental defender y promover siempre la objeción de conciencia. ¿Cómo podemos ayudar a estas mujeres? Con cercanía y acogida, para que no lleguen a la drástica decisión del aborto, que sin duda no es la solución a sus problemas. Hay que dejar claro que la vida es sagrada, es un regalo que hemos recibido de Dios y que no puede echarse a perder de este modo. Mientras siga teniendo voz lo seguiré gritando. Lo hago en mis discursos y en mis homilías

desde aquel lejano 1969, el año en que me ordenaron sacerdote y de la llegada del hombre a la Luna.

Después de aquella histórica noche, el mundo no habla de otra cosa. El alunizaje es el tema del momento, América lo celebra, Armstrong y Aldrin, junto con su colega Michael Collins —el piloto del módulo de mando Columbia del Apolo 11—, son los nuevos héroes. Los niños empiezan a soñar con ser como ellos, y las radios y televisiones retransmiten ediciones especiales y explicaciones en las que se desgranan las diferentes teorías, incluidas también las conspirativas.

Tras la llegada a la Luna, el mundo tiene ahora la mirada dirigida hacia el regreso a la Tierra de los tres «hombres del espacio», que se quedaron unas dos horas y media en suelo lunar, fuera de la nave. Jorge siente curiosidad por oír los comentarios de su familia. Por eso, a la mañana siguiente habla por teléfono con su madre y con su abuela para saber si han seguido el directo. Efectivamente, también ellas estaban delante de la tele. Emocionadas y aún incrédulas.

Esos mismos sentimientos afectan también a muchos compañeros del joven Bergoglio. En el colegio se discute con detenimiento sobre esta hazaña, el rector ha colgado en un tablón de anuncios el texto del mensaje que el papa, Pablo VI, ha pronunciado la noche anterior desde el observatorio de Castel Gandolfo. El papa Montini, después de observar la Luna con el telescopio, ha seguido el directo televisivo al lado del padre Daniel O'Connell, director del Observatorio Astronómico Vaticano. «Aquí, desde su Observatorio de Castel Gandolfo, cerca de Roma, les habla a ustedes, astronautas, el papa Pablo VI. ¡Honor, saludos y bendiciones a ustedes, conquistadores de la Luna, pálida luz de nuestras noches y de nuestros sueños! Llévenle, con vuestra viva presencia, la voz del espíritu, el himno de Dios, nuestro Creador y nuestro Padre».

En el refectorio, durante la comida, se comentan las palabras del pontífice y las imágenes que se han visto por la tele. No se habla de fútbol, ni siquiera hay disputas filosóficas o teológicas. El tema del momento es la carrera espacial, la hazaña norteamericana y las reacciones de la Iglesia y del mundo, incluida la de la Unión Soviética.

—Jorge, ¿tú irías a la Luna? —le pregunta en broma Andrés, el compañero que está sentado a su lado, y le pasa el plato con los tortellini con caldo de carne.

—¡Qué va! ¡Yo estoy bien aquí! Tengo un compromiso importante en unos meses, ¿sabes? —responde Bergoglio con una sonrisa en los labios.

—¡Por fin nuestro Jorge se hace cura! ¡A saber dónde te mandan para la tercera aprobación antes de la profesión perpetua! —añade otro estudiante, Francisco, sentado enfrente.

—¡El Señor lo sabrá! Ahora pensemos en la Luna, que es un tema mucho más interesante… —corta Jorge, sirviéndole agua a su interlocutor.

De verdad que no se hablaba de otra cosa. Y aquello duró meses. Mi preparación para ordenarme sacerdote iba acompañada, por supuesto, de la oración ante el sagrario, que yo vivía como una experiencia de rendición incondicional ante el Señor; pero también de los continuos discursos y de las noticias sobre la nueva frontera espacial inaugurada por los estadounidenses.

Después de volver a la Tierra, los tres astronautas tuvieron que guardar cuarentena, y recuerdo que, al finalizar ese periodo, a mediados de agosto, recibieron una condecoración del presidente Nixon y que hubo celebraciones en Nueva York, Chicago y Los Ángeles, con desfiles por las calles de esas ciudades. A mediados de octubre de 1969, fueron también al Vaticano y los recibió el papa. Las palabras que pronunció Pablo VI aquel día me emocionaron mucho, ya que dijo, dirigiéndose a los astronautas, que el hombre tiene una tendencia natural a explorar lo desconocido, a conocer el misterio; pero que también le tiene miedo. Y añadió que, con su valor, ellos habían sido capaces de superar aquel temor, y ello permitió que el ser humano diera otro paso hacia un mayor conocimiento del universo.

Tengo que admitir que yo también, inconscientemente, quizá sintiera un poco de temor en aquellos días, porque me esperaba algo importante, el sacerdocio. No sabía qué pasaría después, así

que estaba asustado. ¡Es humano! Así, con esas palabras de Pablo VI grabadas en mi mente, reflexioné mucho sobre el tema del miedo y pensé en Jesús, que decía siempre a sus discípulos que no tuvieran miedo. Si estamos con Dios y amamos a nuestros hermanos y hermanas, entonces lo que triunfará será el amor, el sentimiento que, como se dice en el Evangelio de san Juan, expulsa el miedo.

Pensemos en las grandes religiones. No enseñan miedo ni división. Enseñan armonía, unión y tolerancia. En cambio, el miedo paraliza las relaciones humanas, amenaza la confianza, alimenta la sospecha hacia los demás, hacia lo desconocido, hacia lo diferente. Alguien podrá rebatir: «Pero ¿y qué puedo hacer? ¡Tengo miedo, y es más fuerte que yo!». Entonces hay que pedir el don del Espíritu Santo, que nos libra del miedo y abre el corazón. Nos da fuerzas para afrontar las situaciones más difíciles, incluso las desconocidas. Se necesita muy poco y sienta bien, porque si sigues siendo esclavo de los miedos, te quedas bloqueado a la espera de que suceda algo malo.

Y así, rezando con fervor y dándole gracias al Señor por aquel regalo que yo acababa de recibir, llegó al fin el día de la ordenación, el 13 de diciembre de 1969, cuatro días antes de mi trigésimo tercer cumpleaños. En el colegio, para la misa, estaban todos mis hermanos; mi madre, que al finalizar la ceremonia se arrodilló y me pidió la bendición, y la abuela Rosa, que me miraba con ojos de amor y alegría. Desafortunadamente, papá ya había muerto. Se nos marchó en 1961, después de sufrir tres infartos, el primero, estando en el estadio con mi hermano Alberto, y los otros dos, en los días sucesivos. Por desgracia, tampoco estuvo presente don Enrico Pozzoli. También él nos había dejado el mismo año que papá —dos pérdidas enormes para mí aquel año—.

En lo que respecta a la abuela, estaba convencida de que no llegaría con vida a aquel día, así que dos años antes, en 1967, me había escrito una carta muy bonita, en parte en italiano y en parte en español, y había dejado dicho que se me entregara el día de mi ordenación, junto con su regalo, una caja con todo lo necesario para la unción de los enfermos. Pero sí que estuvo presente el día de mi ordenación, ¡y tanto! Sigo conservando con cariño aquella cartita, junto con su testamento y una poesía de Nino Costa, Rassa nostrana, entre las páginas de mi breviario,

que abro todas las mañanas.

Escribía la abuela Rosa: «En este precioso día en que puedes tener en tus manos consagradas al Cristo Salvador y en el que se te abre un largo camino para el apostolado más profundo, te entrego este pequeño regalo de escaso valor material, pero inmenso valor espiritual».

La abuela murió cinco años después, en 1974, y nos dejó como herencia a todos los nietos unas preciosas palabras que suelo releer en los momentos más difíciles, incluso ahora que soy papa. Escribió: «Si un día el dolor, la enfermedad o la pérdida de un ser querido os inundara de aflicción, recordad siempre que un suspiro ante el sagrario, donde se custodia al mártir más grande y augusto, y una mirada a María a los pies de la cruz pueden hacer caer una gota de bálsamo sobre las heridas más profundas y dolorosas».

¡De verdad, una gran mujer! Su corazón, como el de tantos ancianos y ancianas, era para mí como una fuente de la que manaba el agua viva de la fe que me quitó la sed. Transmitía el Evangelio a través de la ternura, el cuidado y la sabiduría. Así es como nace la fe, se transmite con un dulce canto dialectal, en un clima familiar, en la lengua materna. Los abuelos y las abuelas son una inestimable fuente a la que hay que cuidar, a la que hay que custodiar, en lugar de dejarlos en un asilo. No pueden ser considerados desechos, no pueden ser tratados como una carga. Se lo debemos todo. Nos han criado, nos han dado el pan quitándoselo ellos de la boca, y nos han hecho ser lo que somos, animándonos y apoyándonos siempre.

Sin embargo, puede suceder, incluso en las mejores familias, que, cuando el abuelo o la abuela se vuelven un estorbo o algo quejumbroso por la edad, acaban de cabeza en una residencia y allí se los abandona. Pero estoy seguro de que, aunque se los abandone y se los tire, ellos siguen rezando por sus hijos y por sus nietos. Permanecen siempre a nuestro lado, incluso cuando ya no están. También yo, en los momentos más difíciles, siento la cercanía de mi abuela, como la sentí durante los años más difíciles para Argentina, los más oscuros de la dictadura.

VI

El golpe de estado de Videla en Argentina

Un grupo de jóvenes curas en mangas de camisa llevan una hora entrando y saliendo del colegio. Llevan cajas, muebles, ficheros, libros y numerosos objetos sagrados, hasta ahora utilizados en la curia provincial de los jesuitas. Hace mucho calor. Aquel 24 de marzo de 1976 la temporada otoñal acaba de comenzar. Por las calles de San Miguel, en el Gran Buenos Aires, se vive el día a día, una vida que se ha vuelto silenciosa porque, desde hace más o menos un año, la gente se ha acostumbrado a ese clima de sospecha y violencia indiscriminada que ha golpeado a diferentes sectores de la sociedad.

Los que siembran el terror son grupos paramilitares de extrema derecha, próximos a algunos miembros del Gobierno de Isabelita Perón. En el punto de mira se encuentran algunos sacerdotes y obispos que trabajan en estrecho contacto con los pobres, sospechosos por ello de ser subversivos. Pero la diana está puesta en la espalda de cualquiera que apoye, más o menos activamente, la ideología comunista.

El superior de los jesuitas argentinos, el padre Bergoglio, de treinta y nueve años, que se encarga de dirigir la provincia argentina de la Compañía de Jesús desde hace casi tres años, sostiene en sus manos una caja muy pesada cargada de documentos. Acompaña a aquel voluntarioso grupo de sacerdotes para terminar el traslado de las oficinas de la curia al Colegio Máximo de San José, en San Miguel, Buenos Aires, donde el padre Jorge ha estudiado y donde más tarde empezó a dar clase, hasta convertirse en rector. Su decisión de trasladar allí el cuartel general de los jesuitas argentinos va ligada a la voluntad de sanear las cuentas y al aumento vocacional, que crece de año en año. Bergoglio considera que también él, en calidad de provincial, tiene que estar en estrecho contacto con los formadores y con los futuros miembros de la compañía.

El grupo de jesuitas, atareado en el traslado de las cajas de la furgoneta al interior del colegio, es ajeno a lo que está ocurriendo en aquellos precisos momentos en el corazón de Buenos Aires: las Fuerzas Armadas han derrocado el Gobierno de Perón, y una junta militar de corte neoliberal ha subido al poder. El general Jorge Rafael Videla dirige el golpe de Estado y en breve jurará como presidente de Argentina, acompañado por el jefe de la Marina, el almirante Emilio Massera, y por el jefe de las Fuerzas Aéreas, el general Orlando Ramón Agosti. Se

desata el caos. Se suspende la Constitución, se disuelve el Parlamento, se proclama la ley marcial. La radio y la televisión son intervenidas, los tanques salen a las calles. Cualquiera que se considere mínimamente sospechoso de ser subversivo de izquierdas o cercano a los círculos populistas o sindicales no alineados es secuestrado y después torturado en secreto por los militares, que recorren las calles a bordo de coches verdes sin matrícula, los tristemente famosos Ford Falcon.

Durante el régimen desaparecen decenas de miles de personas, los «desaparecidos», en su mayoría, jóvenes que, tras ser torturados durante meses, son asesinados y muchos lanzados desde helicópteros o aviones militares al océano, que se los traga todavía vivos, a veces bajo los efectos de las drogas; son los llamados «vuelos de la muerte». En cambio, sus hijos son secuestrados y asignados a familias afines al régimen. Muchísimas personas se ven obligadas a abandonar el país, mientras que los presos políticos son ejecutados. Es la llamada «guerra sucia».

Ese caluroso día de otoño, algunas patrullas del Ejército llegan también a San Miguel y bordean el colegio de los jesuitas. Al padre Jorge no le sorprende en absoluto verlas rondar por los alrededores. Sabe perfectamente que a los curas se les tiene echado el ojo porque a muchos «curas villeros» —los sacerdotes que trabajan en los barrios de chabolas — se les considera simpatizantes de la ideología comunista y, por tanto, una amenaza para el «proceso de reorganización nacional». Los militares observan un sospechoso vaivén de cajas desde la furgoneta al colegio, así que deciden acercarse.

Estábamos tan tranquilos haciendo la mudanza de la curia provincial al Colegio Máximo, sin imaginarnos siquiera que justo en ese momento los militares estaban derrocando el Gobierno con un golpe de Estado que cambiaría la faz de Argentina. Cuando aquellos militares vieron todas las cajas, se acercaron y empezaron a hacer preguntas. Querían saber qué estábamos haciendo, por qué estábamos allí, qué había en aquellos paquetes, etc.

Quizá al principio pensaran que estábamos planeando una fuga, o a lo mejor creyeron que queríamos hacer desaparecer algo comprometedor, ante la noticia del cambio de Gobierno. Pero la verdad era que nosotros no sabíamos nada. ¡Simplemente

estábamos haciendo nuestro trabajo con tranquilidad! Le expliqué al jefe de la patrulla que yo era el provincial de los jesuitas y que se trataba de una simple mudanza. Tras varios minutos se convencieron y, por fortuna, se marcharon. No fueron momentos fáciles. El peligro seguía acechando a la vuelta de la esquina, entre otras cosas, porque sabía que estaban acosando a ciertos sectores de la Iglesia, mientras otros —los que se habían alineado con el régimen— gozaban de total libertad.

Este problema lo percibí claramente cuando en 1973 conocí a monseñor Enrique Angelelli, obispo de La Rioja, Argentina, a miles de kilómetros de la capital, donde el acoso a la Iglesia cercana a los pobres era más cruel que el que sufríamos en nuestra zona. Este santo sacerdote vivía para los pobres y para los campesinos explotados por los latifundistas. Había acabado en el punto de mira de los militares por su lucha al lado de los explotados y por su labor con ellos, que desarrollaba cuidadosamente a raíz del Concilio Vaticano II.

Hay quien ha acusado a monseñor Angelelli, así como a monseñor Óscar Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado en 1980 mientras celebraba misa en la capilla de un hospital, de ser curas que daban una lectura del Evangelio que seguía una hermenéutica marxista y de abrazar, por tanto, la teología de la liberación, que se inspiraba en la ideología política de izquierdas. ¡Eso es falso! Lo que eligieron estos y otros sacerdotes iberoamericanos, así como tantos otros curas del hemisferio sur, se remitía a lo que decía el concilio, que reformulaba la definición de la Iglesia como «pueblo de Dios», concepto que más tarde sería reforzado también por la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín de 1968; una Iglesia que elige el cuidado de las personas pobres y se vuelca en las clases populares y que da valor a su historia y a su cultura, que difunde el Evangelio desde una óptica cristiana y no de corte político.

Sin embargo, el trabajo de Angelelli con los pobres era considerado subversivo y, por eso, él también acabó en el punto de mira de la dictadura, que etiquetaba automáticamente de «comunista» a todo aquel que trabajara con aquellos sectores de la sociedad. El obispo sabía que querían hacerle el vacío y por eso, unos años después, en

1975, cuando comprendió que tenía encima a los servicios secretos, me pidió que escondiera en el Colegio Máximo a tres de sus seminaristas. Los mantuve a salvo en el colegio durante una buena temporada, con la excusa de que estaban participando en un retiro de ejercicios espirituales.

Angelelli, que ya había informado al nuncio apostólico de Argentina, monseñor Pio Laghi, de las amenazas de muerte recibidas, fue asesinado el 4 de agosto de 1976, cuando conducía su coche con otro sacerdote, Arturo Pinto, que se salvó gracias a que los asesinos creyeron que había muerto. El automóvil en el que viajaban recibió un golpe lateral, y lo empujaron y lo tiraron por un barranco. El caso fue archivado aquel mismo día como accidente de tráfico. Lo que más me dolió fue que el entonces arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Juan Carlos Aramburu, aceptó la versión de los hechos que había facilitado el régimen. ¡Qué tiempos tan difíciles para la Iglesia! Hasta julio de 2014 no fueron identificados y condenados a cadena perpetua los autores intelectuales del asesinato, dos exmilitares que colaboraban con el régimen.

Con el tiempo, aquellos tres seminaristas de La Rioja me ayudaron a acoger a otros jóvenes que estaban en peligro como ellos, al menos una veintena de jóvenes en dos años, que presentábamos como estudiantes de cursos religiosos o como participantes de retiros espirituales. Pero eran años terribles, con tantas situaciones difíciles de resolver. Por ejemplo, creo que los servicios secretos me vigilaban y por eso me las apañaba como podía para despistarlos cuando estaba al teléfono o cuando escribía alguna carta. A los jóvenes jesuitas del colegio yo les pedía que no salieran jamás después de la puesta de sol, y nunca solos, sino siempre en grupo; de ese modo sería más difícil que se los llevaran. Y luego les prohibía que hablaran de política cuando conversaban, quizá en el refectorio o en los recreos, con otros sacerdotes, y sobre todo con los capellanes militares. ¡No todos eran fieles a la Iglesia, y creo que alguno de ellos se encontraba incluso dentro de nuestro colegio! No es de extrañar que se produjeran registros nocturnos en la casa de los novicios, en Villa Barilari, aunque logramos salir sin problemas.

Por la misma época, me presentaron el caso de otro chico que necesitaba huir de Argentina. Me di cuenta de que se parecía a mí y

así conseguí hacer que escapara vestido de cura y con mi carné de identidad. Aquella vez me la jugué de verdad, porque, si lo hubieran descubierto, sin duda lo habrían matado y luego habrían venido a por mí.

Recuerdo también la historia de una pareja de catequistas, Sergio y Ana, con su hija, que vivían con los pobres. Los conocí antes de hacerme sacerdote e iba a verlos a menudo. Era una familia muy católica, en absoluto comunista ni subversiva, pero fue calumniada por la policía secreta. A Sergio se lo llevaron de repente y lo torturaron durante varios días. Hice de todo para que lo liberaran y finalmente lo logré gracias a la intervención del cónsul italiano Enrico Calamai, un gran hombre que salvó a muchísima gente.

Tengo que admitir que también yo fui víctima de calumnias en aquellos años de dictadura. Me acusaron de haber entregado al régimen a dos jesuitas que trabajaban en la barriada de Bajo Flores, el padre Orlando Yorio y el padre Francisco Jalics. Los dos curas estaban fundando una congregación religiosa. Como provincial, los advertí, en nombre del padre general, de que ello conllevaría su salida de la Compañía de Jesús, lo cual, al cabo de un año, ocurrió.

Además, les aconsejé que dejaran de ir por un tiempo a la barriada, porque había rumores de que los militares podían hacer una redada para llevárselos. Les ofrecí también alojamiento en nuestro colegio, pero decidieron quedarse con los pobres y en mayo de 1976 fueron secuestrados. Hice todo lo que estaba en mi mano para que los liberaran: fui un par de veces a buscar al almirante Massera, porque decían que a los dos hermanos los habían apresado los de la Marina. En una ocasión conseguí hablar también con el general Videla, con la excusa de celebrar, gracias a una artimaña, una misa en su casa un sábado por la tarde. Al día siguiente, le conté todo al padre general, Pedro Arrupe, que vivía en Roma. Lo llamé desde un teléfono público de la avenida Corrientes.

Aquella avenida está particularmente transitada los domingos por la mañana. A pesar de los puestos de control y del continuo rugir de los coches verdes de la Policía Federal, las familias tratan de disfrutar de la calma de un día festivo. Siempre flota en el aire el miedo a que te

arreste de repente una patrulla, a que te registren en la calle, de espaldas a la pared, o, peor aún, a que te den una paliza.

El padre Jorge ha celebrado misa muy temprano en el colegio, y luego ha salido sin llamar demasiado la atención. Ha cogido el autobús para llegar a la avenida Corrientes, la calle céntrica de Buenos Aires donde suele usar un teléfono público para hacer llamadas más delicadas. No quiere que se escuchen sus conversaciones, teme que los teléfonos de la curia hayan sido pinchados. En el autobús, mientras va rezando el santo rosario, acaba escuchando las conversaciones susurradas de otros pasajeros, de madres que lloran por la desaparición de sus hijos y jóvenes a los que les gustaría protestar por la crueldad del régimen.

Durante el trayecto, el jesuita se pierde en la oración. Al ir con los ojos cerrados, casi se olvida de bajarse en su parada. Piensa y reza por los dos hermanos que siguen en manos de los militares, hasta que la voz del conductor del autobús anuncia su parada. El padre Jorge mira a su alrededor. Un coche con altavoces avisa a los ciudadanos de cómo deben comportarse en caso de control policial. Las patrullas pasean por la acera, echan un vistazo en las tiendas; los hombres del régimen, vestidos de paisano, están en las iglesias, sentados al fondo, escuchando las homilías de los curas.

El padre Jorge mete las fichas en el teléfono y marca el número.

—Padre general, soy Bergoglio…

—Jorge, qué alegría oírte, ¿qué noticias me traes?

—Ayer por la tarde conseguí ver a Videla… —susurra el joven provincial, temiendo que alguna patrulla pueda oírlo.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunta con curiosidad el padre Arrupe.

—Convencí al capellán militar que normalmente celebra la misa en casa de Videla para que dijera que se había puesto enfermo, y lo sustituí yo. Me presenté allí y celebré en su residencia. Después de la misa hablé con él. Videla me dijo que pondrá más empeño en resolver el caso… Esperemos que así sea.

El padre Jorge informa al padre general de los jesuitas de todas las

novedades, le pone al día desde ese teléfono público, lejos de la curia, cada vez que hay una noticia sobre el paradero de los dos padres capturados. Hasta que un día, cinco meses después del secuestro, es el padre Bergoglio quien recibe una llamada inesperada en el colegio.

Es el padre Yorio en persona quien le anuncia llorando su liberación. Lo han dormido y luego lo han dejado, junto con el padre Jalics, en un campo en Cañuelas que está a una hora en coche del centro de Buenos Aires. Tras meses de violencia y de humillaciones, los dos curas finalmente han sido liberados. El padre Jorge les hace llegar, a través de la nunciatura apostólica, un salvoconducto con cobertura diplomática y luego organiza su salida del país: Jalics logra reunirse con su madre en los Estados Unidos, mientras que Yorio es enviado a Roma para estudiar Derecho Canónico.

Con el paso de los meses, el padre Jorge sigue de cerca igualmente el caso de otros «desaparecidos» y mantiene abierto un canal con el nuncio apostólico, y sigue ocupándose de asuntos menos relevantes, pero necesarios también, como, por ejemplo, los niños de los barrios de alrededor, que no reciben cuidado pastoral ni educación adecuada. De esta manera, los sábados por la mañana organiza para ellos la catequesis y algún que otro partido de fútbol. Con ello, cultiva una cercanía con aquellos pequeños que le cuesta al provincial la acusación de haber salesianizado la formación de la Compañía de Jesús.

Obviamente, tiene que pensar también en sus curas, tanto en su salud espiritual como en la corporal. El domingo es el día de descanso del cocinero, y es el mismo provincial quien prepara la comida y la cena para los estudiantes. Ha aprendido a cocinar de la abuela Rosa y de su madre, que, después de que naciera María Elena, les pedía a sus hijos mayores que la ayudaran a preparar la comida.

En el pasado, Jorge también recibió algún que otro consejo culinario de Esther, que un día volvió a contactar por teléfono con su exayudante del laboratorio de química.

A pesar de los compromisos de ambos, nos veíamos a menudo, incluso en aquellos años. Iba a verla a su casa cuando podía para cenar o tomar un café por la tarde. La seguía queriendo. Al fin y al

cabo, ¡había sido ella la que me había enseñado a pensar! Estuve con ella en los momentos más duros: en septiembre de 1976 los militares secuestraron a su yerno, y al año siguiente se llevaron también a su hija Ana María, de dieciséis años, que estaba embarazada. Toda la familia se encontraba bajo vigilancia porque el régimen conocía la historia de aquella mujer comunista y de su compromiso político.

Aquel día recibí una llamada suya muy rara. Con una voz diferente de la habitual me dijo: «Oye, Jorge, mi suegra Edelmira está a punto de dejarnos, ¿puedes venir a darle la extremaunción?». Algo no cuadraba. Tanto ella como su familia eran ateos y, aunque su suegra fuera creyente, me di cuenta de que había algo más, algo que mi amiga no podía decirme por teléfono. Llegué a su casa llevando conmigo también, por seguridad, lo necesario para la unción de los enfermos que me había regalado mi abuela. Llamé a la puerta y ella me abrió, y cerró rápidamente tras de mí, ya que temía que me hubieran seguido.

Le dije sin dudar:

—¿Qué ocurre, Esther?

Ella confesó inmediatamente:

—Jorge, me tienen echado el ojo. Me están vigilando. Si entran en casa y encuentran todos estos libros, se acabó.

En resumen, me pidió que le escondiera todos aquellos tomos. Había muchos volúmenes sobre pensamiento marxista, tomos de filosofía y otros textos que, de encontrarlos los hombres del régimen, los habrían destruido. En los días sucesivos conseguí organizarme: los saqué de casa de Esther y los escondí, entre otros muchos sitios, en la biblioteca del colegio.

Cuando tras cuatro meses de cautiverio Ana María fue liberada, Esther decidió llevársela con sus otras dos hijas mayores a Suecia, donde muchos argentinos habían hallado refugio. Una de las tres hermanas sigue viviendo allí, mientras que las otras dos volvieron más tarde a Argentina, y allí las vi hace unos años.

Tras salvar a las chicas, Esther regresó a Argentina. Fue una de las pocas madres de la Asociación Madres de Plaza de Mayo que siguió formando parte del movimiento incluso después de haber encontrado a su hija. Seguía estando preocupada, y con razón. Protestaba con el grupo de Madres de Plaza de Mayo todos los jueves por la tarde. A ninguna le faltaba el pañuelo blanco en la cabeza; pero entre ellas se había infiltrado un joven con cara angelical, Alfredo Astiz, oficial de la Marina, a las órdenes del almirante Massera. El joven se había presentado con el nombre ficticio de Gustavo, haciéndose pasar por el hermano de un «desaparecido». En poco tiempo se granjeó la confianza de aquel grupo que se reunía en la iglesia de Santa Cruz. Escuchaba sus conversaciones y tenía acceso a sus secretos. En diciembre de 1977, el día estipulado para una operación policial, Astiz dio la señal y aparecieron los escuadrones del régimen para llevarse a algunas de esas mujeres cuando salían de la iglesia donde había tenido lugar una reunión contra el Gobierno militar. Se llevaron a Esther junto con otra fundadora del grupo y también a dos monjas francesas, Alice Domon y Léonie Duquet. Por lo que supe, a mi amiga la torturaron y luego la arrojaron desde un avión. Qué final más horrible. Con otros chicos secuestrados logré hacer algo, les fui de utilidad; sin embargo, con Esther, con su amiga y con las dos monjas no conseguí nada, a pesar de tanto insistir a quien seguramente podría haber intervenido. Quizá no hice lo suficiente por ellas.

Solo en 2005, gracias a las pruebas de ADN, tuvimos confirmación del hallazgo de sus restos mortales junto con los de María Ponce de Bianco, la otra fundadora de las Madres de Plaza de Mayo. En aquella época yo era arzobispo de Buenos Aires, así que autoricé su sepultura en el jardín de la iglesia donde las habían secuestrado. Era lo mínimo que podía hacer por ellas.

En cambio, las acusaciones contra mí siguieron hasta hace poco. Fue la venganza de algún rival que, pese a todo, sabía lo mucho que me había opuesto a aquellas atrocidades. Más tarde, unos testigos que antes habían permanecido en silencio, y gracias también al trabajo de unos periodistas, se decidieron a contar la verdad y así las acusaciones se vinieron abajo.

Asimismo, el 8 de noviembre de 2010 fui interrogado en calidad de testigo clave en la investigación para el juicio por los crímenes cometidos durante el régimen. Alguien seguía intentando acusarme de connivencia con la junta militar. El interrogatorio, que duró cuatro horas y diez minutos, tuvo lugar en la sede del arzobispado. Tanto los abogados de las asociaciones de derechos humanos como los de los familiares de las víctimas me sometieron a una ráfaga de preguntas. Había tres jueces: el presidente, que estaba muy tranquilo; uno que estaba siempre callado, y otro que, en cambio, atacaba. Durante el interrogatorio mencionaron incluso el cónclave de 2005, que tuvo lugar al morir Juan Pablo II, e hicieron suposiciones acerca de que alguien en el Vaticano hubiese difundido unos informes sobre mí, en los que se alimentaban sospechas sobre mi conducta durante el régimen de Videla, con el objetivo de mancillar mi nombre y dificultar así mi posible elección. Todo era inventado: no hubo informes ni sobre mí, ni tampoco sobre otros cardenales elegibles.

En cualquier caso, el interrogatorio fue grabado y al final me informaron de que no había nada en mi contra, y me declararon inocente. Más tarde volví a encontrarme con uno de aquellos jueces dos veces en el Vaticano. La primera vez estaba con otras personas. Había pasado tanto tiempo desde que lo viera en el juicio que no lo reconocí. La segunda vez me pidió audiencia y se la concedí con mucho gusto. Más tarde, algunas personas me confiaron que el Gobierno argentino de entonces había intentado por todos los medios echarme la soga al cuello, pero que al final no encontraron pruebas porque yo estaba limpio. Recé mucho al Señor durante aquellos años del régimen, recé sobre todo para que el Señor diera paz a los que vivían en sus propias carnes la violencia y las humillaciones. La dictadura es algo diabólico, lo vi con mis propios ojos; viví momentos de gran desasosiego, con miedo a que pudiera ocurrirles algo a mis hermanos más jóvenes. ¡Fue un genocidio generacional!

Afortunadamente, aquella pesadilla terminó a principios de los ochenta y, con las elecciones democráticas de octubre de 1983, las cosas cambiaron para Argentina. También cambiaron para mí. Tras la experiencia como provincial, en 1980 volví a San Miguel como párroco y rector del Colegio Máximo de San José hasta mi traslado

a Alemania, en 1986, para una estancia de estudios.

VII

La mano de Dios

«Maradona, Maradona, el increíble gol de Maradona que logra la ventaja para Argentina frente a Inglaterra, con un uno a cero en el minuto cincuenta y uno de estos cuartos de final… Pero los ingleses protestan al árbitro… Señalan la mano…, aunque el gol ha sido confirmado. Tendremos que esperar a la cámara lenta para entender qué ha pasado… Veamos… Efectivamente, parece que ha marcado con el puño y no de cabeza… Mientras tanto, Maradona se pavonea con el puño en alto… ¡Increíble!».

Las ovaciones por ese gol se oyen solo a través de la televisión encendida del salón. En la calle, de ventanas afuera, reina el silencio; ninguna explosión de alegría, ningún alborozo. La más absoluta indiferencia. Por otra parte, los alemanes ya han vivido al máximo sus emociones el día anterior, cuando Alemania Occidental, siempre en cuartos de final, ganó en los penaltis al país anfitrión, México, con lo que lo eliminó del Mundial.

Uno de los pocos televisores sintonizados para ver el partido que nos ha regalado el gol de Maradona es el de los Schmidt, la familia alemana que aloja al padre Jorge en Boppard, una pequeña ciudad a una hora en coche de la capital, Bonn. Con cuarenta y nueve años ha sido enviado allí de viaje de estudios para perfeccionar su alemán y en busca de material para terminar la tesis doctoral que está escribiendo sobre el teólogo Romano Guardini.

Es el 22 de junio de 1986. Jorge, un auténtico apasionado del fútbol, no se perdería por nada del mundo ese partido en el que juega el Pibe de Oro. Junto con Burruchaga y Valdano, Maradona, con el número diez en la camiseta, hace soñar a millones de argentinos, aunque el sacerdote jesuita, debido a una serie de compromisos e imprevistos, se vea obligado a seguir con sus libros, lejos de la tele. En cambio, la pareja de médicos que lo hospeda está siguiendo el partido, a pesar de estar ya sentada a la mesa para cenar. Tampoco ellos, como tantos otros alemanes, parecen muy interesados en ese partido, que, sin embargo, está brindando a los espectadores grandes emociones. Han querido sintonizar el encuentro simplemente por cariño a su inquilino y para poder contarle después cómo ha terminado.

Tras el primer gol del capitán, el segundo tiempo mantiene a todo el

mundo con el corazón en un puño, pero el sufrimiento dura solo unos minutos: en el minuto cincuenta y cinco, Maradona, después de una fulminante galopada desde mitad del campo, supera a numerosos adversarios y marca el que pasará a la historia como «el gol del siglo». Dos a cero para Argentina. La semifinal parece cada vez más cerca. Y esta vez el señor Schmidt aplaude complacido, con una sonrisa dibujada en el rostro, pensando en el padre Jorge.

También en las gradas del Estadio Azteca de Ciudad de México continúan las ovaciones. Hay unos ciento catorce mil asistentes, pero lo que más se oye son los silbidos de los aficionados ingleses que piensan que, con aquel primer gol que consideran irregular, les han robado el partido. La tensión entre los dos equipos ya era alta antes de saltar al césped. A su histórica rivalidad hay que añadir la herida aún abierta de la guerra de 1982, tras la invasión argentina de las islas Malvinas. Finalmente, lo que ha terminado de rematar a los ingleses ha sido la ducha fría, firmada por Maradona, del minuto seis de la segunda parte.

No es casualidad que, una vez finalizado el partido, el campeón siga siendo el centro de atención. Besa su camiseta delante de las cámaras de televisión y, poco después, rodeado de micrófonos, comenta que ese gol tan controvertido ha sido «un poco con la cabeza de Maradona, y otro poco, con la mano de Dios».

En un primer momento, no quedó claro que aquel gol pudiera ser irregular, pero los futbolistas ingleses inmediatamente empezaron a quejarse al árbitro diciendo que Maradona había dado al balón con la mano. Luego, con la repetición, todo el mundo se dio cuenta de que había usado el puño, más que la cabeza. El árbitro, un tunecino, no se había percatado de ello y había dado por bueno el tanto.

Hubo polémica para días y días. Desde Argentina me contaban que en los periódicos se hablaba continuamente de este gol, y la foto aparecía en las portadas de todo el mundo, con la frase que el campeón había pronunciado al finalizar el partido. Siendo ya papa, hace unos años, recibí a Maradona en el Vaticano y hablamos de un montón de temas, incluida la paz. Finalmente, antes de que se marchara, le hice también una broma: «Y bien, ¿cuál es la mano incriminada?».

Tengo que admitirlo, en el campo era un gran poeta, lograba marcar goles destinados a hacer historia, como el segundo gol de aquel partido, un tanto que, no en vano, fue rebautizado como «el gol del siglo». Pero esta seguridad suya con el balón escondía una gran fragilidad en su vida cotidiana. Lo vimos incluso en sus últimos años de vida, con todos aquellos problemas que tuvo y que, sin duda, entristecieron tanto a los aficionados argentinos como a los italianos, que lo conocen y lo siguen queriendo por su pasado glorioso en el Nápoles.

Recuerdo que seguí los distintos partidos del Mundial de 1986, salvo cuando estaba ocupado o cuando prefería mantenerme apartado de la tele. En aquella época iba al Instituto Goethe de Boppard, una pequeña ciudad de quince mil habitantes. A los estudiantes se nos daba la posibilidad de vivir en casa de algunas familias que nos daban alojamiento. Entre ellas, se encontraba una pareja de médicos, los Schmidt —él homeópata, y ella médico tradicional—, que vivían solos porque sus hijos eran ya adultos y se habían casado. Más que dinero, lo que Helma y su marido buscaban a cambio del alojamiento que ofrecían era un poco de compañía. Por otra parte, eran buenos católicos: ella venía todas las tardes a la misa que yo celebraba en mi habitación. De vez en cuando, me invitaban también a cenar, y entonces hablábamos de todo, desde temas de actualidad hasta de política, pasando por el deporte. Eran momentos agradables que sigo recordando con gran cariño.

Cuando llegó el día de la final, el 29 de junio, el día que Argentina tenía que enfrentarse justo a Alemania Occidental, decidí deliberadamente no seguir el partido. Preferí dar un paseo cerca del río Rin, no muy lejos de la casa de aquella pareja tan amable. Quise reservarme un momento para mí, para reflexionar sobre mi vida, para rezar el rosario y, como cada noche, para darle gracias al Señor por todo lo que me había dado, ahora que había llegado al umbral de los cincuenta.

Cuando volví a casa, el señor Schmidt, gran aficionado de Alemania, me dijo, con cierto toque de amargura: «Parece que vais a ser campeones…». Íbamos ganando dos a cero. Le di las gracias por la noticia y me fui a la cama, sin quedarme a ver cómo terminaba. Tenía razón: a la mañana siguiente, nada más despertar,

leí en un periódico que habíamos ganado el Mundial por tres a dos, ¡y que Maradona había alzado la copa a hombros de sus compañeros de equipo!

Poco después, al llegar al instituto para dar clase, una compañera japonesa, originaria de Sapporo, al verme, me recibió con entusiasmo. «¡Sois campeones, sois campeones!», me dijo delante de todo el mundo. En cambio, la clase permaneció en silencio, todos callados como muertos. Había estudiantes ingleses, y entendí su reacción, aunque también había un montón de franceses e italianos. Entonces, la compañera japonesa fue a la pizarra y escribió, en letra grande, con tiza: «¡W ARGENTINA!». Yo estaba muy contento, pero sabía que enseguida llegaría la profesora, una excelente maestra que me dio tanto, pero una mujer que se vanagloriaba de haberse casado tres veces y de tener hijos repartidos por aquí y por allá. ¡A lo mejor se creía moderna! En cuanto vio el mensaje, le ordenó a mi compañera: «Bórralo». Parece ser que en aquel prestigioso instituto alemán se respetaba la etiqueta, sin excepción alguna. Quizá también por eso el resto de los estudiantes no me dijeron ni mu. Me gusta pensar que fue así, aunque en aquellos momentos me sentí muy solo, casi un extraño. Me habían enviado a un lugar que no conocía y sentía mucha nostalgia de mi Argentina.

A pesar de no poder compartir aquella alegría plenamente, fue igual de emocionante: ¡éramos los campeones del mundo! Me vino a la cabeza el campeonato de fútbol argentino de 1946, una temporada extraordinaria, en la que ganó nuestro San Lorenzo. En aquella época yo era un niño, pero aún recuerdo que, cuando nuestros «tres mosqueteros» levantaron la copa, ¡nos sentimos tan grandes! En aquellos partidos, como suele pasar, los aficionados arremetían contra el árbitro, cosa que también hacían muchos jugadores, que le gritaban: «¡Comprado!». Pero, una vez terminado el partido, se daban la mano, y todos tan amigos. Este debe ser el sentido del deporte: lo primero de todo es la competición, pero una competición sana y honesta; y luego la nobleza de abrazarse. Así me lo enseñaron los salesianos.

Además, no olvidemos que el deporte dignifica igualmente si se juega en la calle con un balón hecho con trapos, como hacía yo de pequeño. Debemos asegurarnos de que el espíritu deportivo crezca en este sentido,

¡que es el más sencillo y sano! Me viene a la cabeza una película de 1948 titulada Pelota de trapo, del director Leopoldo Torres Ríos, uno de los pioneros del cine argentino. La vi de adolescente. Cuenta la historia de un grupo de niños que juega al fútbol en la calle y se divierte con lo que tiene, a pesar de soñar con tener algún día un auténtico balón de cuero. Don Bosco decía que si se quería reunir a los niños bastaba con poner una pelota en la calle, aunque fuera de trapo. ¡Los críos vendrían como las moscas a la miel!

Pues bien, el deporte, incluso en su sencillez, puede salvar de la degradación, puede animar frente al estrés familiar y, sobre todo en la periferia, puede servir de válvula de escape a los chavales que sufren situaciones difíciles para superar tensiones, expulsándolas con una buena patada al balón. Los oradores sirven también para esto, para salvar a muchos jóvenes de la calle y para ofrecerles una alternativa a formas de delincuencia con las que podrían toparse durante la adolescencia. Es una bendición poder practicar deporte así, de manera genuina, porque es algo noble. Las actividades deportivas tienen que ser gratuitas; por eso me alegra mucho ver que la gente se entusiasma con un partido, con un gol y con una victoria, siempre que no se pierda esa dimensión de amateur. Hay que practicar deporte por pasión, para divertirse, y vivirlo como un juego. Es verdad que ahora hay aspectos más comerciales que afectan al mundo deportivo competitivo y profesional, como los patrocinadores, pero no tiene nada de malo si se hace con moderación y ética. Lo importante es que no prevalezcan lógicas perversas ligadas al dinero que poco tienen que ver con el espíritu deportivo.

La clase de alemán ha terminado antes de lo previsto. La profesora ha sufrido un contratiempo y, tras disculparse con los alumnos y garantizarles que se recuperará al día siguiente, se ha marchado. También el padre Jorge, aprovechando esos treinta minutos extras, después de despedirse de todos los compañeros, en lugar de marcharse directamente a casa, donde le espera Helma para la habitual misa de por la tarde, decide dirigirse de nuevo hacia el río, donde había estado la noche anterior, para rezar el rosario.

De camino, si bien muchos ciudadanos, amargados por el segundo

puesto, han quitado ya los adornos, se siguen viendo en los balcones y en las ventanas algunas banderas alemanas. Es lo único que queda del ambiente del Mundial. Hay quien ha cogido las banderas para llevarlas a Bonn, donde los aficionados esperan para recibir a la selección a su vuelta de México. Las escarapelas, así como las trompetas y las camisetas de los campeones, permanecen en los escaparates de las tiendas. La desilusión es enorme. Tenían la copa a un paso. A pesar de ello, en aquella pequeña ciudad de provincia inmersa en la vegetación la vida continúa.

Dos niños rubísimos van de paseo con su madre. Los dos tienen coleta —está muy de moda, sobre todo entre los más pequeños— y llevan la camiseta de la selección. Juegan con un baloncito amarillo de espuma, y en los brazos siguen llevando el dibujo de la bandera alemana que les ha hecho su padre antes de la final.

—Yo soy Rummenigge —dice el mayor— y tú eres Matthäus, ¿vale? —añade tocándole el hombro a su hermanito.

—Y yo, que soy argentino, ¿quién puedo ser? —añade el padre Jorge con una sonrisa, después de escuchar al niño fantasear sobre sus futbolistas favoritos.

Los dos hermanitos no se lo toman bien. El mayor le saca la lengua y el pequeño le va detrás. La madre, un poco incómoda, se ve obligada a disculparse con aquel sacerdote con el que se han cruzado.

—No se preocupe, señora, ¡esto quiere decir que se preocupan por su patria! ¡Quizá de mayores sean excelentes futbolistas! —le responde cariñosamente el padre Jorge, sacando de la cartera dos estampas, una para cada hijo, mientras continúa paseando hacia su destino.

Una vez llegado al paseo del río, en medio de una larga fila de mesitas asaltadas por turistas y residentes que disfrutan de una tranquila tarde de viento, se fija en un teléfono público. Le gustaría llamar a su hermana María Elena, pero sabe que a esa hora seguramente no estará en casa. Entonces piensa en sus amigos de Buenos Aires, que sin duda estarán celebrando la victoria del título mundial.

Pero, antes de acercarse, comprueba su reloj de plástico de pulsera. No le gustaría llegar tarde a su cita con Helma. Sabe perfectamente que,

antes de la cena, ella y su marido se dedican a tocar el piano, y un retraso podría descabalar sus planes. Por fortuna, dispone de unos minutos para una rápida llamada.

Levanta el auricular, inserta la tarjeta telefónica que ha comprado en un estanco y llama a su viejo amigo Óscar, con el que siempre ha tenido una relación muy estrecha, desde los tiempos del instituto industrial.

—¿Cómo estás? ¿Viste ayer la final? —pregunta Jorge, yendo al grano.

—Mira, aquí está todo el mundo como loco, Jorge. No he pegado ojo. Dios mío, lo han estado celebrando toda la noche con cláxones, fuegos artificiales, petardos… —explica su amigo, describiendo todo lo ocurrido la noche anterior en Buenos Aires.

—Están contentos, ¿eh? Yo no lo vi… —añade el jesuita.

—¡Y tanto! Pero Maradona, al final del partido, volvió a tener alguna disputa por culpa de la «mano de Dios»… Por suerte, no reaccionó como el Rata, ¿te acuerdas? —pregunta Óscar.

De pronto, en Jorge se activa un viejo recuerdo de hace muchos años, de cuando no había cumplido aún los treinta.

El Rata era el apodo de Antonio Rattín, un gran jugador de fútbol de la selección argentina.

Recuerdo perfectamente un partido del Mundial que se disputó el 23 de julio de 1966, en Wembley. Argentina, en cuartos de final, jugaba contra los anfitriones, Inglaterra, y durante el partido se vivieron momentos de gran tensión. Rattín, que era el capitán y llevaba el número diez en la camiseta, fue amonestado por el árbitro alemán por una pequeña falta. Esto lo hizo ponerse nervioso. Luego el árbitro amonestó a otro compañero de equipo, y él se acercó para protestar acaloradamente, hablando en español. El árbitro, según parece, no lo entendió, pero al ver aquella agitación le hizo un gesto para que saliera del campo. Lo había expulsado. Se desató el caos. ¡Ninguno de los aficionados aceptó aquella decisión!

En ese momento, el Rata se negó a salir. Quería entender el porqué

de la expulsión, pero no había ningún intérprete que pudiera aclarar la historia, así que el juego se mantuvo parado durante más de diez minutos. Entraron al campo algunos dirigentes en traje y corbata que intentaron igualmente sacarlo, pero sin éxito. Cuando por fin se convenció, mientras volvía al vestuario no pararon de abuchearle porque hizo dos cosas que irritaron mucho al público inglés: pasó bajo el palco pisando la alfombra roja de terciopelo reservada a la reina y después, cuando pasó al lado del banderín de córner, en el cual estaba impreso el emblema de la Corona británica, lo arrugó.

Por desgracia, las emociones se habían apoderado de la situación y lo que tenía que ser un momento de pura y sana diversión se convirtió en otra cosa. Afortunadamente, en 1986, con Maradona las cosas fueron de otra forma. Pero, sin ir demasiado atrás en el tiempo, pensando en el último Mundial, el que se disputó en Catar en diciembre de 2022, hubo momentos incómodos. Por ejemplo, leí que, al terminar la final, los aficionados franceses abuchearon al portero de Argentina, Emiliano Martínez, quien a su vez respondió con un gesto feo. O la pelea en el campo durante el Argentina-Holanda, en cuartos de final. Me dio mucha pena, porque, cuando un partido termina, debería ser una celebración para todos, sin polémicas, en la que se consolase a quien ha perdido y se abrazase a quien ha ganado. Debería prevalecer el espíritu deportivo y no el resentimiento.

No seguí este último campeonato mundial porque no veo la televisión —más adelante explicaré por qué—; pero el día de la final, durante el partido contra Francia, me encontraba reunido con cuatro pilotos de una compañía aérea, unos amigos de unos amigos que pasaron a verme con sus respectivas mujeres. Durante el encuentro, uno de ellos me dijo: «Argentina va ganando dos a cero…, ¡la copa es vuestra!». Al final me enteré de que Argentina había ganado en los penaltis, aunque lo había pasado un poco mal, porque los franceses eran duros de pelar. Esto me da mucho que pensar. Por ejemplo, en cuartos de final, Argentina iba ganando a Holanda por dos a cero, y luego ganó el partido en los penaltis. En la final, el mismo guion: primero van ganando, luego van y los remontan.

Quizá esta actitud forme parte de la psicología de algunas personas argentinas. Nos entusiasmamos al principio, pero después, por falta de constancia, nos cuesta llegar al final. Los argentinos somos así, pensamos que tenemos la victoria en el bolsillo, y en el segundo tiempo podemos perder. Y la constancia no nos falta solo en el fútbol, sino también en el día a día. Antes de terminar algo, nos dormimos en los laureles y puede que no obtengamos el resultado esperado. Pero, por suerte, finalmente nos las apañamos.

Volviendo a 1986 y a mi estancia en Alemania, mis recuerdos se detienen también en algo que va más allá de la victoria de la Copa del Mundo y del gol con la mano de Maradona. En aquel país viví plenamente mi devoción por la Virgen Desatanudos. Cuando estaba todavía en Buenos Aires, había oído hablar de este cuadro, María Desatanudos —Maria Knotenlöserin—, que representa a la Virgen rodeada de ángeles e intentando deshacer unos nudos. El cuadro se encuentra en la antigua iglesia jesuita de San Pedro de Perlach, en Augsburgo, Baviera, donde por desgracia nunca he estado. Si mis compromisos me lo hubieran permitido, me habría gustado pasarme por allí para rezar ante ese cuadro barroco del siglo XVIII, pensando en todos los nudos que me habría gustado deshacer en aquella época de mi vida. A pesar de ser un año sabático, con el que el provincial estaba de acuerdo, no faltaban controversias, dificultades, pecados y obstáculos que parecían insuperables.

Y en aquellos momentos, una vez más, a pesar de todo, sentía la presencia del Señor, que iba por delante de mí, y de la Virgen, que estaba junto a la puerta de mi corazón y escuchaba mis quejas con la paciencia que solo una madre puede tener. Y no solo eso. Confié totalmente en ella, y sentí que me ayudaba a deshacer mis nudos. Y esto no vale solo para mí, ¡vale para todos! La devoción mariana tiene que ser así: límpida, hermosa, pura, sencilla. En primer lugar, hay que anteponer, por encima de todas las cosas, a la Virgen y a su hijo Jesús, sin intermediarios que puedan aprovecharse del candor y de la debilidad del pueblo para sacar beneficio.

Un día encontré unas cuantas estampas que reproducían el cuadro y, al terminar mi estancia en Alemania, me las llevé a Buenos Aires. Se las fui regalando poco a poco a todo el mundo, a amigos, fieles y conocidos. Con los años se han realizado diferentes copias de María Desatanudos

que se siguen viendo en algunas iglesias de Buenos Aires, donde este culto mariano se ha fortalecido y atrae cada vez a más fieles.

Mientras tanto, cuando regresé a mi país, retomé mi día a día, en el colegio del Salvador, en el mismo centro de Buenos Aires.

VIII

La caída del Muro de Berlín

La habitación, pequeña y sobria, sin baño privado, está inundada por las melodías de Richard Wagner. Parsifal, interpretado por la orquesta del maestro Hans Knappertsbusch, acompaña esa tarde al padre Jorge, que trabaja en su habitación del colegio del Salvador, la prestigiosa escuela de jesuitas que se yergue en el transitado centro de Buenos Aires y que acoge a niños y adolescentes de primaria y secundaria.

El jesuita lo ve como un regreso, pues ya había dado clases allí de Literatura y Psicología en 1966. Tras su breve estancia en Alemania, vuelve a esa comunidad de la Compañía de Jesús, esta vez como confesor de la vecina iglesia del Salvador. El nuevo provincial, el padre Víctor Zorzín, quien de 1973 a 1979 ha sido su adjunto, ha decidido darle este pequeño cargo sin responsabilidades de gobierno dentro de la Compañía de Jesús. Y el padre Jorge ha obedecido.

A raíz de su participación en Stromata, la revista de los jesuitas argentinos, se ha vuelto muy conocido entre todos los hermanos del país, así que para el padre Bergoglio el final de los años ochenta es un periodo de intensa actividad. Escribe artículos, da conferencias por toda Argentina, dirige retiros espirituales y, sobre todo, lo ha llamado el padre Ernesto López Rosas, miembro destacado de la teología del pueblo y nuevo rector del Colegio Máximo en San Miguel, para dar una clase semanal de Teología Pastoral a los alumnos de la facultad, que ya estudian los libros de Bergoglio. El padre López conoce a su hermano de congregación desde hace mucho tiempo, desde finales de los años sesenta. Comparten las mismas ideas sobre la pastoral, y sobre el compromiso social del clero y la atención a las clases populares, desde que se reunían con el jesuita Miguel Ángel Fiorito, el guía espiritual de muchos sacerdotes argentinos.

El padre Jorge, con el Parsifal de fondo, inmerso en los libros de Romano Guardini y de san Agustín, busca la inspiración para redactar su texto, pero de vez en cuando mira también por la ventana. Le ha llamado la atención el suave sonido de una camioneta de helados, mientras un grupo de estudiantes ruidosos en pantaloncitos cortos anda holgazaneando no muy lejos. Enfrente, un bazar expone los primeros bañadores. Todos los árboles de la avenida Callao están en flor. En resumen, en breve la primavera dará paso al verano: es el 9 de noviembre de 1989. Sin embargo, ese breve momento de distracción es

interrumpido de pronto por el sonido del teléfono.

—Padre Jorge, rápido, enciende la televisión…

Quien lo llama es Guillermo Ortiz, un estudiante de la Compañía de Jesús que ocupó durante varios años la habitación de al lado de la del padre Bergoglio. Jorge tiene en ese momento cincuenta y dos años y lo conoce desde 1977, de cuando Guillo soñaba con ser jesuita, y él era provincial. Más tarde, a principios de los años ochenta, se volvieron a ver, cuando el uno era novicio, y el otro, rector del Colegio Máximo, en San Miguel, además de párroco de la iglesia del Patriarca San José. En aquella época, una de las tareas del futuro sacerdote era cuidar de los cerdos y demás animales, como ovejas o vacas, que el padre Jorge compraba y criaba para alimentar a los jesuitas del colegio, una comunidad de doscientas personas.

Asimismo, Guillermo también era el encargado de juntar a los niños del barrio para la misa del domingo. Para Bergoglio era muy importante que sus curas bajaran a la calle. Los futuros jesuitas tendrían que batir los tres barrios que le correspondían a la parroquia —La Manuelita, Constantini y Don Alfonso— y estar con la gente, sobre todo con los más pobres. En definitiva, tendrían que vivir una religiosidad popular integral, participando en la parroquia en primera línea.

—Si tienes dos minutos, mira lo que están echando por la tele. Es increíble… —añade Guillo.

El padre Jorge cuelga el auricular, apaga el tocadiscos y corre a la sala de televisión. Las imágenes que están retransmitiendo son, efectivamente, extraordinarias, y llegan desde Alemania. Un río de gente de Berlín Oriental se ha lanzado a la calle y está cruzando el Muro, símbolo de la Guerra Fría, que desde 1961 divide en dos la ciudad alemana. Los accesos se han abierto de repente tras una rueda de prensa en la que un miembro del politburó, Günter Schabowski, funcionario del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania, al que han pillado por sorpresa las preguntas de los periodistas, ha anunciado que los ciudadanos no tardarán en poder cruzar las fronteras de la República Democrática Alemana, incluso aunque no cumplan con los requisitos previstos hasta ese momento. Se desata el caos. Jóvenes armados con picos y otras herramientas se dirigen al Muro, empiezan a golpearlo, a derribarlo; familias enteras se suben a su coche, y otras se dirigen a pie

hacia la frontera. Algunos deciden no pasar de los puestos de control y escalar el Muro que tanto dolor y muerte ha causado. Otros, aterrorizados, temen que los militares que controlan las fronteras acaben abriendo fuego, como ya sucedió en el pasado.

La multitud llega a la Puerta de Brandeburgo —un símbolo transformado en estandarte de la Alemania comunista—. No muy lejos de aquí, en 1963, frente al edificio del Ayuntamiento de Schöneberg, el presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy había pronunciado la famosa frase «Todos los hombres libres, dondequiera que vivan, son ciudadanos de Berlín. Por tanto, como hombre libre, me siento orgulloso de decir Ich bin ein Berliner!». «Soy berlinés», había dicho en alemán, y aquellas palabras arrancaron una ovación a la multitud, que agitaba pañuelos blancos.

Aquella tarde de 1989, la historia desfiló ante nuestros ojos. Lo que todos vimos en la tele fueron unas escenas impresionantes a las que yo, personalmente, nunca habría imaginado que asistiría. Había jóvenes bailando, otros brindando, desconocidos que se abrazaban, familias enteras llorando. Fueron momentos en verdad muy conmovedores, porque aquella gente estaba viviendo el final de toda aquella represión y violencia. En aquellos momentos recuperaban la libertad.

Y pronto se derrumbaría también la Unión Soviética gracias a la perestroika, la política de reformas impulsada por Mijaíl Gorbachov. Fue un gran hombre, Gorbachov, quizá uno de los mayores hombres de Estado que haya tenido la URSS. Sentí gran admiración por él porque quiso reformar el mundo con el propósito de evitarle más sufrimiento a la población. Recuerdo perfectamente a su hija y a su mujer, Raísa, una gran persona, ¡además de ser una buenísima filósofa!

Me alegré mucho al ver aquellas escenas de la caída del Muro de Berlín, pues Europa estaba recuperando la tan ansiada serenidad que le faltaba desde hacía demasiados años. En nuestro país, Argentina, no se les prestaba demasiada atención a aquellos hechos, que afectaban a otra parte del mundo. Quitando los primeros días y la sección de noticias internacionales, la historia del Muro no

ocupaba los debates televisivos, los cuales estaban más centrados en la política interior. De hecho, unos meses antes hubo elecciones presidenciales, que ganó el candidato del Partido Justicialista, Carlos Menem, líder político ultraliberal, hijo de inmigrantes sirios y originario de La Rioja, una de las provincias más pobres del país. Era un momento en el que hubo que descubrir un nuevo modo de hacer política, construir una política democrática y poner el foco en el concepto de solidaridad, con el objetivo de mejorar la vida de los ciudadanos. Y, en realidad, se hablaba mucho de lo que esta nueva presidencia podría hacer para el pueblo.

Pero todos los argentinos que, como yo, teníamos familia en Europa, estábamos más atentos a las noticias que llegaban de Alemania. ¡Por fin caía aquel muro, símbolo de la división ideológica del mundo entero! Aunque aquellas imágenes nos pillaran por sorpresa, y aun siendo conscientes de que la caída del Muro de Berlín fue algo repentino, hay que decir que aquel acontecimiento histórico fue posible gracias al esfuerzo de muchas personas a lo largo de los años, gracias a su lucha, a su sufrimiento, incluso al sacrificio de sus vidas. Pero también, y sobre todo, gracias a la oración. No puedo por menos de pensar en el papel que desempeñó Juan Pablo II, a quien yo había conocido un año antes, en 1987, gracias al nuncio apostólico, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebró aquel año en Buenos Aires. Con sus palabras y con su carisma les transmitió a todas aquellas personas la fuerza de juntarse y de luchar por la libertad. En efecto, ya en 1979, con motivo de su primer viaje a Polonia —su patria—, favoreció la maduración de las conciencias de millones de ciudadanos de Europa del Este, que recuperaron la esperanza.

Y así, ese largo proceso condujo a la caída de aquel muro en Alemania. Pero hay muchos muros dispersos por todo el mundo, aunque quizá menos famosos. Allí donde hay un muro, hay un corazón cerrado; allí donde hay un muro, está el sufrimiento del hermano y de la hermana que no pueden pasar; allí donde hay un muro, hay división entre los pueblos, lo que no ayuda al futuro de la humanidad. Y, si estamos divididos, faltan la amistad y la solidaridad. Por el contrario, debemos seguir el ejemplo de Jesús, que nos aunó a todos con su sangre.

Pero los muros no son solamente físicos. Cuando no estamos en paz con alguien, hay un muro que nos divide. Qué bonito sería un mundo con un montón de puentes en lugar de barreras. La gente podría encontrarse y vivir junta en nombre de la hermandad, y se reducirían las desigualdades y aumentarían la libertad y los derechos. En cambio, allí donde hay muros proliferan las mafias, la delincuencia, los canallas que se aprovechan de la debilidad del pueblo, sometido al miedo y a la soledad. ¡Somos cristianos! Por eso debemos amar al prójimo de forma incondicional, sin fronteras, sin límite alguno, superando los muros del egoísmo y de los intereses personales y nacionales. Es necesario traspasar las barreras de las ideologías que magnifican el odio y la intolerancia.

Volviendo a la caída del Muro de Berlín, entre las muchas cosas que observé mientras veía las históricas imágenes retransmitidas por la televisión argentina, me impresionaron mucho la autenticidad y la ternura de todas aquellas personas ancianas que habían padecido en sus propias carnes un gran sufrimiento y que llevaban esperando ese momento a saber desde cuándo. Una vez cruzado el telón de acero, debido a la emoción, no podían hablar cuando los entrevistaba algún periodista, pero no escondían en absoluto sus lágrimas.

Al igual que a Jesús, ya no les daba miedo llorar. En el Evangelio leemos que el Señor derramó lágrimas por su amigo muerto, y que se conmovió ante la multitud sin pastor, y su corazón lloró cuando vio a una pobre viuda que llevaba el cuerpo de su propio hijo al cementerio. ¡Si no aprendemos a llorar, dando muestra de humanidad, no podemos ser buenos cristianos!

Después de seguir por la tele durante unos minutos la retransmisión, el padre Jorge quiere ultimar la redacción del texto antes de cenar. Y tiene que hacer más cosas. Por ejemplo, tiene que responder a la carta de uno de sus exalumnos del colegio Inmaculada Concepción de Santa Fe. Ha dejado la misiva bien a la vista sobre una pila de libros, ya que su antiguo estudiante de bachillerato espera respuesta desde hace unos días, y el padre Jorge no quiere retrasarla más. Ha seguido en contacto con algunos de sus exalumnos de los Cursos de Literatura y de Psicología, que lo llaman por teléfono o le siguen escribiendo.

Uno de ellos, José, no ha perdido la costumbre de hacerse oír. Esta vez, en una larga carta, recuerda el increíble encuentro en clase con Jorge Luis Borges, el famoso escritor argentino, a quien el profesor Bergoglio invitó para que hablase de literatura gauchesca con aquellos estudiantes de bachillerato. A pesar de que han pasado más de veinte años desde aquello, en su carta, el antiguo estudiante, que ahora es médico, le pide que le aclare algo sobre un texto relacionado con las teorías evolucionistas del jesuita Pierre Teilhard de Chardin, filósofo y paleontólogo francés que el profesor Bergoglio dio a conocer a sus estudiantes, además de aconsejarles sus libros. El padre Jorge sonríe ante esa insólita petición y se pone delante de la máquina de escribir para complacerlo.

«Cuando estabas en mi clase, el mundo seguía estando dividido en dos bloques, mi querido José. Y justamente hoy, mientras te escribo, ese sistema se ha derrumbado, ha fracasado, ¡ya no hay Muro de Berlín!», escribe el padre Jorge en uno de los pasajes de su respuesta.

Luego vuelve a encender el tocadiscos y se pone de nuevo a trabajar. O, por lo menos, lo intenta. A su cabeza regresan las imágenes transmitidas por la pantalla. Envuelto en la sinfonía de Wagner, repasa esas sonrisas, esas lágrimas de felicidad, esa incontenible alegría. Igualmente resurgen las palabras pronunciadas por el presidente estadounidense Ronald Reagan, palabras que el jesuita ha leído poco antes en el periódico. El 12 de junio de 1987, el inquilino de la Casa Blanca había visitado Berlín Occidental y, delante de la Puerta de Brandeburgo, dirigiéndose a una multitud de casi cincuenta mil personas, había dicho: «Este muro caerá […]. Sí, en toda Europa, este muro caerá. Porque no puede resistir a la fe, no puede resistir a la verdad. El Muro no puede resistir a la libertad». Fue en esa ocasión durante su discurso cuando Reagan pronunció una inesperada, al tiempo que perentoria e histórica, advertencia al secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética: «Señor Gorbachov, señor Gorbachov: ¡derribe este muro!».

Y entonces fue abatido de verdad. ¡Vientos de cambio llegaban por fin a Europa! Unos días después de la caída del Muro, recuerdo que Juan Pablo II escribió una carta al episcopado alemán en la que, manifestando su vínculo con ese pueblo y dirigiéndose también a todos los católicos del país, garantizaba sus oraciones para que el

Señor, con la intercesión de la Virgen María, pudiera materializar «las esperanzas que la humanidad tenía puestas en la justicia, en la libertad y en la paz interna y externa. Haced todo lo posible», escribió, «aunque seáis un pequeño rebaño, por renovar la faz de la tierra en vuestro país, con el poder del Espíritu Santo, junto con todos los hombres de buena voluntad, unidos, sobre todo, a los cristianos evangélicos».

Aquellas palabras no cayeron en saco roto. El pueblo alemán supo sacarles provecho, caminando juntos, en la unidad, para encontrarse como hermanos y hermanas después de la muerte y sufrimiento que habían generado las divisiones. Como ya he mencionado, me conmovieron las imágenes de los ancianos llorando, pero incluso me emocionaron más los abrazos entre miembros de una misma familia, separados por el Muro, que por fin volvían a verse en Berlín Occidental. Viví todo aquello con una especial alegría en el corazón porque en mi familia materna, por el contrario, había habido ciertos episodios de enemistad entre hermanos y primos que me habían hecho sufrir mucho en el pasado. Quizá por esa difícil situación familiar, mamá y yo creábamos fuertes lazos con las otras personas; por ejemplo, con las señoras que venían a ayudarla con las tareas del hogar. Para mí eran como tías.

Me acuerdo de Berta, una señora francesa de sesenta años. Su hija había sido bailarina y prostituta, y luego se había casado con nuestro vecino. También Berta, de joven, había sido bailarina en París, pero, incluso siendo muy pobre, cosa a la que había que añadir la difícil situación con su hija, tenía una dignidad única.

También estaba Concepción María Minuto, a la que llamábamos Concetta. Ayudaba a mamá a lavar la ropa a mano. Venía tres o cuatro veces por semana. La recuerdo con mucho cariño. Me regaló la medallita de la Virgen que sigo llevando al cuello. De orígenes sicilianos, había vivido la Segunda Guerra Mundial y tenía dos hijos, la mayor era una chica, y el menor, un chico. Nos contaba que para dar a luz a su segundo hijo tuvo que ir andando varios kilómetros para coger el tren que la llevaría al hospital. Sus historias daban muestra de haber pasado mucha miseria, pero esta no la desanimaba y, sobre todo, no socavaba su bondad de mujer

sencilla.

Recuerdo que, en un momento dado, su hijo decidió formar su propia familia y se casó, y se quedó en Argentina, mientras que Concetta y su hija se trasladaron a Italia. Después de unos años, ambas volvieron a Buenos Aires. Cuando vinieron a verme, yo estaba ya en San Miguel. La persona que las recibió me avisó: «Padre, la señora Concepción Minuto le está esperando». Pero en ese momento yo estaba muy ocupado e, instintivamente, ordené que dijera que no estaba disponible. Al día siguiente se apoderó de mí una gran angustia, y me seguía preguntando: «¿Por qué me he comportado así con esta mujer a la que conozco desde hace años y que ha venido desde Italia, y que ha sacado incluso un billete de tren para venir a San Miguel a verme?». Aquella misma noche recé mucho y le pedí perdón al Señor por aquel gesto.

Unos años más tarde, la hija volvió a buscarme y me dejó una nota: «Soy la hija de Concetta. He pasado para saludar…». La llamé de inmediato. El hijo, mientras tanto, había empezado a trabajar de conductor en Buenos Aires y, de vez en cuando, cuando hacía falta, le daba trabajo. Un día me dijeron que Concetta estaba a punto de dejarnos y me las arreglé para asistirla espiritualmente en sus últimas horas de vida terrenal. Pienso a menudo en Concetta, llevo siempre conmigo la medallita que me regaló y, cada vez que la veo, rezo por ella.

Me gusta recordar también a la señora María de Alsina. Era viuda desde hacía tiempo y tenía una hija que se llamaba igual que ella. De hecho, las llamaban «Mari grande» y «Mari chica». La señora trabajaba como empleada del hogar de los vecinos, una pareja encantadora (él, director de un banco, y ella, maestra), pero que se pasaba todo el día fuera de casa por trabajo. Mari grande era muy culta, le encantaba leer libros de filosofía y escuchar ópera. Por eso, de vez en cuando, me gustaba invitarla a ir juntos a ver algún espectáculo teatral. Cuando María estaba a punto de morir, su hija me llamó de repente: «Mi madre está en el hospital; son sus últimas horas…». Eran las nueve de la noche e inmediatamente me acerqué a verla para darle la extremaunción. Después de aquella muerte, la hija se quedó sola, así que mi hermana María Elena le propuso que se fuera a vivir a su casa.

Así pues, con las empleadas domésticas teníamos esta relación de respeto, las tratábamos como miembros de la familia. Por desgracia, como ya he dicho, la rama materna de nuestra familia estaba totalmente rota. Mi madre tenía cinco hermanos, y todos estaban enemistados entre sí. He visto a mis tíos y a mis tías en raras ocasiones. A una de ellas la metieron sus hijos en una residencia de ancianos; a otro lo vi de mayor, una única vez. Tengo que admitir que ver estas peleas me hacía mucho daño.

Al contrario de las familias berlinesas, que hasta aquel noviembre de 1989 habían vivido separadas por el Muro, nosotros contábamos con la gracia del Señor para poder vernos todas las veces que quisiéramos, y, en cambio, no habíamos sabido aprovechar este regalo de Dios. La familia es el primer lugar donde se aprende a amar, ¡un concepto que siempre he tenido muy claro en mi mente! Pero también sabemos que en todas las familias hay siempre una cruz, porque el Señor prevé también esta vía: hay faltas de entendimiento y dificultades que se superan solo con amor. Sin embargo, el odio no permite hacerlo. También por este motivo me conmovieron las imágenes de los hermanos y de los primos abrazándose en la frontera entre el este y el oeste. Gracias al amor habían superado incluso ese tipo de división, cosa que nosotros, por el contrario, no habíamos logrado.

Aquella fue una de las últimas veces que vi la televisión. Al año siguiente, en vísperas de mi traslado a Córdoba, donde me enviaron para ofrecer a la comunidad jesuita dirección espiritual, una noche de invierno, el 15 de julio de 1990, mientras veía la televisión con mis hermanos en la sala de descanso, se retransmitieron unas escenas un poco delicadas, por usar un eufemismo, algo que sin duda no era bueno para el corazón. Nada picante, por Dios, pero cuando volví a la habitación me dije: «Un cura no puede ver estas cosas...». ¡Así que, al día siguiente, en la misa por la Virgen del Carmen, hice voto de no volver a ver la tele! Solo en raras ocasiones me lo permito. Por ejemplo, cuando es el juramento de un nuevo presidente de la República, o alguna vez, brevemente, cuando ha habido un accidente aéreo. También la encendí para seguir la misa de los domingos cuando estuve ingresado en el Policlínico Gemelli de Roma. Pero, por ejemplo, no seguí la ceremonia de coronación de Carlos de Inglaterra, ni otros acontecimientos importantes del

mundo. No por desprecio, sino por el voto que hice. Dicho esto, en Córdoba me quedé un año, diez meses y trece días, hasta mayo de 1992. Un periodo muy largo y «oscuro» de mi vida. Oscuro porque en ese periodo viví con un espíritu casi de derrota en el corazón, visto que no entendía muy bien por qué los superiores me habían enviado allí, aunque acatara aquella decisión con obediencia. En Europa, precisamente aquel año, se estaba escribiendo una nueva gran página de la historia.

IX

El nacimiento de la Unión Europea

En la Residencia Mayor de los jesuitas todos duermen, las luces de las habitaciones están apagadas, la campana no ha despertado aún a los hermanos para rezar los laudes y celebrar la misa. Todo el mundo sigue en la cama; por otro lado, son solo las cuatro y media de la mañana. Incluso fuera de la enorme estructura de piedra y cemento, con su patio interior rodeado de plantas de aguacate y de vides, no hay ni un alma. En la calle Caseros, una de las más transitadas de la ciudad de Córdoba —a unos setecientos kilómetros de Buenos Aires—, sigue reinando el silencio. Solo se oye el sonido de las escobas de los camiones de limpieza que limpian las calles desiertas. A lo lejos resuena el ruido de una persiana metálica que están levantando, la del panadero del barrio, Gonzalo, que va a empezar a trabajar.

A esa hora, en aquel cálido verano de 1992, en la residencia de los jesuitas, solo hay una luz encendida, y desde hace poco: la de la cocina. El padre Jorge, que normalmente tiene el despertador puesto a las cuatro y media, se ha levantado antes de lo habitual. Después de dedicarle tiempo a la oración, se ha aseado en el baño comunitario, que está al fondo del pasillo, y luego ha vuelto a su celda de doce metros cuadrados en la planta baja para ponerse rápidamente la túnica negra, cepillar los zapatos y bajar deprisa. Se ha tomado un momento para arremangarse, ponerse un delantal blanco y empezar a cocinar. No es lo habitual; es un caso excepcional. El exprovincial de los jesuitas y exrector del Colegio Máximo se encuentra, desde hace casi dos años, en un exilio ordenado por la cúpula argentina de la Compañía de Jesús. Tras doce años de cargos importantes en la orden, los nuevos superiores han apartado al padre Jorge, y sus días están marcados por el silencio y la oración. Pero también hay tiempo para dedicarlo a la confesión —algunos penitentes llegan incluso de fuera de la ciudad—, a la escritura y al estudio. También ayuda a los hermanos más mayores, echa una mano en la lavandería y, rara vez, se concede un paseo fuera de la residencia hasta llegar a la iglesia de los carmelitas descalzos o a la basílica de Nuestra Señora de la Merced.

Aquella mañana de mediados de verano ha decidido, en cambio, echar una mano a Ricardo e Irma. El primero es el chico de los recados de la residencia, al que conoce desde que era un chaval; la segunda es la cocinera y prima de Ricardo. Todavía no han llegado, pero el padre

Jorge ha decidido ponerse ya manos a la obra porque hay que preparar la comida para la boda de Alejandra, la sobrina de Ricardo. El día anterior, los dos estaban muy nerviosos, preocupados por no saber organizar el menú de aquel pequeño banquete de bodas entre amigos y familiares. Así que, a sus cincuenta y cinco años, Jorge Bergoglio se ha ofrecido para hacer la carne y un timbal de arroz. Ya ha puesto a cocer la ternera en dos grandes ollas y se encuentra pelando las patatas. Después de haber estado en la cúpula de su orden religiosa en Argentina, ahora el jesuita porteño parece haber vuelto a los orígenes de su sacerdocio. Vive un misterioso momento de análisis de su vida, de búsqueda interior, lejos de todo el mundo, en soledad. Las malas lenguas dicen incluso que sufre una enfermedad mental. Algunos jesuitas hacen correr rumores referentes a él, impulsando una campaña de difamación. «Bergoglio está loco», dicen, aunque la realidad sea otra.

Finalmente, a las cinco y media llega también Ricardo. A pesar de vivir en la residencia, ha salido como todas las mañanas para comprar en un quiosco cercano el diario La Nación, que más tarde terminará en la sala de lectura, a disposición de todo el mundo. Le ha llevado al padre Jorge algunos de los ingredientes para la comida: arroz y yogur para preparar el timbal junto con Irma. Al tener el periódico a mano, el jesuita le echa un rápido vistazo y se detiene brevemente en algunos sucesos de la política argentina. Sin embargo, se fija en un editorial de las noticias internacionales que comenta la firma, el 7 de febrero, del Tratado de Maastricht, el tratado firmado por doce países que ratifica el nacimiento de la Unión Europea. El documento, que entrará en vigor en noviembre de 1993, aprueba la unión monetaria y económica, prevé la institución de un banco central y de la ciudadanía europea y, entre otras cosas, también el fortalecimiento de las atribuciones del Parlamento Europeo.

El padre Bergoglio lo lee rápidamente, está liado con los preparativos de la comida, no tiene tiempo que dedicarle a ese largo artículo de opinión. Después de recorrer las primeras líneas, cierra el periódico y retoma el trabajo en la cocina.

Tengo que admitir que, al principio, no me detuve demasiado en aquella noticia referente a la lejana Europa, no le presté demasiada atención y, quizá, la infravaloré un poco. Luego, con el tiempo, pude profundizar más en ella, y tengo que decir que, cuando leí bien lo que preveía el

tratado, me gustó mucho. El nacimiento de la Unión Europea fue una de las cosas más bonitas que ha concebido la creatividad política. Esos doce países habían encontrado la clave para perseguir la subsidiaridad, siguiendo la huella dejada por los padres fundadores. Como remarcó un jesuita francés, el padre Pierre de Charentenay, la Unión encarna, a nivel europeo, lo que la Iglesia pide en sus documentos —como, por ejemplo, la encíclica social de Juan XXIII, Mater et magistra, o la de Benedicto XVI, Caritas in veritate—, esto es, la existencia de una autoridad con competencia múltiple que pueda evitar las derivas de los nacionalismos.

También por este motivo, los cristianos son llamados, hoy más que antes, a aportar su contribución a Europa. Pueden hacerlo de dos maneras: en primer lugar, recordando que Europa no es un compendio de números, sino de personas. Cada vez es más frecuente hablar de cifras, cuotas, indicadores económicos y umbrales de pobreza, en lugar de hablar de ciudadanos, inmigrantes, trabajadores y pobres. Se reduce todo a conceptos abstractos, de manera que, a nivel político, se pueda gestionar con mayor tranquilidad, sin crear alarmismo ni desconcierto en quien lo escucha. Si no se habla de manera clara de las personas, que tienen corazón y rostro, entonces estos razonamientos permanecerán siempre sin alma.

En segundo lugar, otra contribución que los cristianos pueden hacer es redescubrir el sentido de pertenencia a una comunidad. Este es el verdadero antídoto contra el individualismo, contra esta tendencia tan extendida hoy día, sobre todo en Occidente, a vivir en soledad. Es grave cuando, al hacerlo, se da vida a una sociedad carente de sentido de pertenencia y de tradición. Lo vemos, por ejemplo, cuando se aborda la cuestión de los inmigrantes. Parece que haya dos Europas, con algunos países que creen poder vivir estupendamente pensando solo en ellos mismos y dejando a los demás miembros de la Unión —como, por ejemplo, los del Mediterráneo: Italia, Malta, España, Grecia y Chipre— a merced de los acontecimientos, en una situación de emergencia. Así no se crea una comunidad, sino que se vive con un individualismo suicida que solo puede llevar a la autodestrucción. Es necesario que todos los países de la Unión Europea, de norte a sur, asuman su parte a la hora de acoger, proteger, promover e integrar a los inmigrantes.

En cambio, si se juega un partido en solitario, se creará una desconexión afectiva entre los ciudadanos y las instituciones europeas, que pueden percibirse como alejadas y desapegadas de las necesidades de las personas. Europa es principalmente una familia de pueblos. Por eso el Gobierno central debe tener en cuenta las necesidades de cada país, respetar su identidad e intervenir cuando un país necesita asistencia en alguna materia.

Volviendo al Tratado de Maastricht, cuando leí las noticias en La Nación, el articulista que narraba esta novedad recordaba que Europa, tras la caída del Muro de Berlín, necesitaba estar unida porque así adquiriría mayor fuerza para superar todos los conflictos y poner fin a las divisiones posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en aquel periodo de mi vida, mi atención se dirigía hacia otros conflictos, los internos, los de mi corazón.

Ya había estado en Córdoba como novicio, en 1958, en el instituto Sagrada Familia del barrio de Pueyrredón. Entre mis tareas, además de asistir a algunas personas ancianas, estaba también la de reunir a los niños de los rincones más humildes, que vivían en los barrios circundantes al Hospital Tránsito Cáceres de Allende, para darles la catequesis y prepararlos para la primera comunión. Nos reuníamos en el patio interior de la casa de la familia Napoli, una familia muy generosa de origen siciliano. El marido y la mujer tenían dos hijos. Junto con los demás niños, una decena en total, nos pasábamos todos los fines de semana bajo un árbol del patio para dar la lección de doctrina. Al terminar, de vez en cuando, les daba caramelos y jugábamos un partido de fútbol. Nunca se me ha dado bien el fútbol. De niño me ponían a jugar de portero porque mis compañeros de equipo decían que tenía las piernas de madera, pero aquello no era más que una manera de hacer que se despejaran y socializaran al finalizar el encuentro. Después, a la semana siguiente, les hacía alguna pregunta sobre los temas que ya habíamos tratado y, si respondían correctamente, les regalaba alguna estampita o alguna medallita de la Virgen. Alguna vez les enseñé también canciones populares italianas, de las que papá escuchaba en casa cuando éramos pequeños y que, por tanto, yo había aprendido de memoria. Recuerdo, por ejemplo, O sole mio o Dove sta Zazà o Torna piccina mia, éxitos que en los años cuarenta escuchaban mucho los italianos que vivían en Buenos Aires.

Cuando en 1990 volví a Córdoba «en destierro», exiliado por castigo, el escenario había cambiado por completo. Anteriormente, yo había guiado la provincia argentina de los jesuitas y había tenido cargos de gran responsabilidad. En cambio, ahora volvía para ser un simple confesor, que es un cargo muy bonito e importante.

En aquella época reinaba la oscuridad, una sombra que me hacía trabajar sobre mí mismo y me permitió transformar esa situación en una oportunidad para una purificación interior. En aquella época, la espiritualidad ignaciana fue mi faro, pero estoy igualmente convencido de que el Señor me permitió vivir ese periodo de crisis para ponerme a prueba y poder leer mejor mi corazón. En aquellos casi dos años pensé mucho en mi pasado, en mi periodo provincial, en las decisiones que tomé instintivamente y de forma personalista, en los errores que cometí por mi actitud autoritaria, hasta el punto de ser acusado de ultraconservador.

Así que me convencí cada vez más de que aquellos años de silencio, en la celda número cinco de la residencia de Córdoba, me sirvieron para poder entender cómo mirar al futuro con serenidad. Hay quien, con el tiempo, ha enfatizado quizá demasiado lo que ocurrió en aquel periodo oscuro de mi vida. Hay quien ha hablado de que me hicieron mobbing, de llamadas que no me pasaban y de cartas que no me entregaban. Eso no es verdad. Sería injusto decir que las cosas fueron así. Hay quien ha pensado que para mí, con aquella edad, fue humillante encargarme de los hermanos enfermos, lavarlos o dormir con ellos para poder asistirlos, o ayudar en la lavandería. Pero a mí me salía espontáneo hacerlo, y también creo que es un paso fundamental en la vida de cualquiera que realmente quiera encontrar a Jesucristo. Ponerse al servicio de los más frágiles, de los pobres, de los últimos es lo que todo hombre de Dios, sobre todo si está en la cúpula de la Iglesia, debería hacer: ser pastor llevando encima el olor de las ovejas.

Sin embargo, es cierto que en aquella época yo estaba muy encerrado en mí mismo y un poco deprimido. Me pasaba la mayor parte del tiempo en la residencia; casi nunca salía. Tenía mucho tiempo libre y alternaba las confesiones con la investigación, la lectura de los documentos del papa Juan Pablo II y los libros del entonces cardenal Joseph Ratzinger para mi tesis doctoral, y el

estudio de casi toda la historia de los papas escrita por el historiador Ludwig von Pastor. En concreto, devoré treinta y siete de los cuarenta volúmenes que tenía (¡un buen récord!). Y, por cómo me ha ido en la vida, ¡debo decir que aquella lectura me fue muy útil!

En aquellos años, comencé a escribir dos libritos, Reflexiones en esperanza y Corrupción y pecado. En este último, inspirado en un artículo del periodista Octavio Frigerio titulado «Corrupción, un problema político», hay un pasaje que, al releerlo tantos años después, me ha hecho pensar en algunos escándalos en los que se vieron implicadas las instituciones europeas: «Cuando un corrupto ejerce el poder, involucrará siempre a los demás en su corrupción, los bajará a su nivel. La corrupción huele a putrefacción; es como el mal aliento. Difícilmente quien tiene mal aliento se da cuenta de ello. Son los demás los que lo notan y los que tienen que decírselo. De igual manera, el corrupto difícilmente puede salir de esta condición por remordimiento de conciencia. Ha anestesiado la bondad del espíritu».

Ya ha llegado el mes de mayo. El padre Jorge, después de almorzar en el refectorio, ha subido a la primera planta y se ha parado, como hace todos los días a primera hora de la tarde, a rezar frente a la talla de san José que lleva en brazos al Niño. Apoya la mano en el cristal que protege al santo y agacha la cabeza. Los hermanos que están bajando o subiendo las escaleras lo ven ahí, inmóvil, inmerso en la oración, totalmente desconectado de las cosas terrenales. Al regresar a la habitación, se sienta al escritorio y saca del armario la máquina de escribir, pero se le avisa por código morse —con el sistema punto-línea-punto— de que ha recibido una llamada de teléfono. Llega a la cabina y le pasan una llamada muy urgente procedente de Buenos Aires. Es el nuncio apostólico, el arzobispo Ubaldo Calabresi. Para el padre Jorge no es en absoluto una sorpresa: los dos hablan a menudo. De hecho, el nuncio le consulta periódicamente para pedirle su opinión sobre los nombramientos de los posibles nuevos obispos. Pero en esta ocasión el alto prelado no quiere alargar la conversación telefónica, sino que quiere ver al jesuita en persona, en el aeropuerto de Córdoba, donde hará escala antes de regresar a la capital.

«Allí estaré, su excelencia…», le asegura el sacerdote. Y cuelga.

El padre Bergoglio no dispone de mucho tiempo para llegar puntual a la cita; sin embargo, antes de salir para la estación a coger el autobús que lo llevará al aeropuerto, encuentra un momento para detenerse en el interior de la Capilla Doméstica, donde va todos los días a rezar el rosario, para dedicarle una oración a la Virgen de Fátima. De hecho, es 13 de mayo, el día en que la Iglesia recuerda la primera aparición de la Virgen a los tres pastorcillos portugueses, en 1917. Pasa también por la sala de lectura y atrapa al vuelo uno de los periódicos que hay disponibles para leerlo durante el largo viaje en autobús, seguro de que los demás hermanos no lo echarán de menos; hay otros periódicos y, de todos modos, lo devolverá a tiempo por si alguien quiere hojearlo después de cenar.

Una vez a bordo, sentado al lado de una mujer que da de mamar a su hijo, el jesuita abre con curiosidad el periódico y queda impactado por la foto de la reina Isabel II, que el día anterior, el 12 de mayo de 1992, a raíz de la firma del Tratado de Maastricht ha dado un discurso histórico en el Parlamento Europeo, que se reúne en Estrasburgo. El artículo cita parte del discurso de la soberana británica, y el padre Jorge comienza a leer con interés: «Todos estamos tratando de preservar la rica diversidad de los países europeos. Porque, si se suprimiera esta diversidad, debilitaremos Europa; no la reforzaríamos. Las decisiones tienen que tomarse lo más cerca posible de los ciudadanos, de acuerdo con su éxito. Pero, al mismo tiempo, debemos reforzar la capacidad de los europeos para trabajar sobre una base europea, cuando la naturaleza de un problema requiere una respuesta europea. Este es el equilibrio necesario alcanzado en Maastricht. Hoy me encuentro aquí, consciente de las diferencias entre las tradiciones parlamentarias internas a cada nación de la Comunidad. Sin duda, los diputados británicos habrán aportado a las deliberaciones de esta asamblea el tono vigoroso del debate de Westminster. Un estilo que puede resultar conflictivo, como descubrieron algunos de mis antepasados, pero las diferencias de estilo y de opinión son insignificantes en comparación con el compromiso demostrado por parte de los europeos actuales con la reconciliación y la democracia. Mucho mejor los discursos duros y la polémica de un debate auténtico, del cual este Parlamento es un foro, que la sosa uniformidad».

La reina Isabel tenía razón en su discurso. Uno de los deberes de la Europa que se estaba consolidando en aquellos años era precisamente preservar y cultivar la diversidad de sus diferentes países. El proyecto era ambicioso y estaba siguiendo la estela marcada por los padres fundadores de la Unión Europea, con su sueño de armonizar las diferencias.

Durante mi viaje a Budapest, en abril de 2023, me reuní con las autoridades, representantes de la sociedad civil y del cuerpo diplomático. En aquella ocasión, recordando el discurso que di en el Parlamento Europeo de Estrasburgo en 2014, hablé precisamente de lo necesario que es que Europa no sea rehén de las partes, víctima de populismos autorreferenciales, y que tampoco se transforme en una realidad fluida que olvide la vida de los pueblos. Hablé de la necesidad de armonía, en la que cada parte se sienta integrada en el conjunto y conserve, al mismo tiempo, su propia identidad. Cada pueblo aporta sus riquezas, su cultura, su filosofía y ha de poder mantener esta riqueza, esta cultura y esta filosofía, armonizándose con las diferencias. El problema es que esto ya no sucede. El sueño de los fundadores parece haber quedado lejos. Y si hablé precisamente de ello en Budapest es porque espero que aquellas palabras fueran escuchadas tanto por el primer ministro húngaro Viktor Orbán, para que comprenda que la unidad es muy necesaria, como por Bruselas —que parece querer uniformarlo todo—, para que respete la singularidad húngara.

De esta necesidad habló también en Estrasburgo —en 1988; por tanto, antes de la caída del Muro de Berlín— Juan Pablo II, que dio un memorable discurso en el Parlamento Europeo. Aclaró muy bien el concepto y añadió que los europeos deberían aceptarse los unos a los otros, a pesar de provenir de diferentes tradiciones culturales o corrientes de pensamiento, y que deberían acoger además a las personas extranjeras y refugiadas, con lo que se abrirían a la riqueza espiritual de los pueblos de los otros continentes.

Es una visión cristiana que me permite encontrar en la historia de Europa un encuentro continuo entre el cielo y la tierra, donde el cielo indica la apertura a lo trascendente, a Dios, que ha caracterizado siempre al pueblo europeo; y la tierra representa su capacidad práctica y concreta para afrontar las situaciones y los

problemas. El futuro de Europa —la vieja Europa, cansada y estéril — depende del descubrimiento del nexo vital entre estos dos elementos. Una Europa que ya no es capaz de abrirse a la dimensión trascendente de la vida es una Europa que, lentamente, se arriesga a perder su propia alma e incluso ese «espíritu humanístico» que ama y defiende.

Es necesario que la Unión despierte hoy de su letargo, que vuelva a dar a luz un nuevo humanismo basado en tres facultades: la de integrar, la de dialogar y la de generar. Al fin y al cabo, si hiciera falta, el Viejo Continente es capaz de volver a comenzar de cero. Lo demostró después de la Segunda Guerra Mundial, cuando hubo de reconstruirse todo. Y lo consiguió porque nunca les faltó la esperanza en los corazones a quienes estaban fundando esta nueva entidad política, poniendo al ser humano en el centro de todo. En este sentido, es fundamental que se piense en la formación de personas que entiendan los signos de los tiempos y sepan interpretar el proyecto europeo en la historia actual. Si no, prevalecerá únicamente el paradigma tecnocrático, que no atrae a las nuevas generaciones, lo cual conllevará el fin de este proyecto.

Volviendo a aquella tarde del 13 de mayo de 1992, mi autobús por fin había llegado al aeropuerto de Córdoba, con un poco de antelación, por extraño que parezca. Lo que sucedió durante mi encuentro con el nuncio Calabresi, un gran hombre al que le debo tanto, creo que ya es de dominio público. Primero habló de todo un poco, haciéndome una serie de preguntas sobre los temas más dispares. Luego, de repente, mientras estaba llegando ya a la puerta de embarque, me dio la noticia que cambiaría mi vida: «Permítame decirle que ha sido nombrado por Juan Pablo II obispo auxiliar de Buenos Aires y que el nombramiento será publicado dentro de siete días, el 20 mayo. Le ruego que no le diga nada a nadie».

Me pilló realmente por sorpresa. Me quedé inmóvil, sin decir nada, mudo, como me ocurre cada vez que me dicen algo inesperado. ¡Todavía me sigue pasando! En cualquier caso, respetando la petición del nuncio apostólico, mantuve la más absoluta reserva, comenzando por esa misma noche durante la cena en el refectorio con el superior y con los demás hermanos. La noticia permaneció en secreto hasta su publicación. El cardenal Antonio Quarracino,

arzobispo de Buenos Aires, al cual tuve la suerte de conocer varios años antes, cuando yo predicaba los ejercicios espirituales y él seguía siendo arzobispo de La Plata, quiso que yo fuera su estrecho colaborador y por eso me convertí en uno de los cuatro auxiliares que él eligió.

Tras la ordenación episcopal en la catedral de la ciudad, frente a la plaza de Mayo, el arzobispo me mandó como vicario episcopal precisamente a Flores, mi barrio de la infancia, donde crecí y donde ahora, con cincuenta y cinco años, volvía en calidad de sacerdote. Había un gran ambiente festivo, mi periodo oscuro era solo un recuerdo, y el Señor quería que iniciara un nuevo recorrido, junto con el pueblo, portando la palabra y el consuelo de Cristo a las familias más necesitadas de cuidado que vivían en las «villas miserias».

En aquellos años conocí también a un sacerdote que tenía vocación para trabajar en los barrios de chabolas, el padre Pepe Di Paola. En 1994, cuando ya me habían nombrado vicario general, lo envié como párroco a Ciudad Oculta y unos años después a Villa 21, zonas degradadas de Buenos Aires. Trabajaba con niños y con indigentes, y recuerdo que a menudo iba a verlo porque, como ya he comentado antes, siempre he considerado fundamental que el pastor esté en medio de sus ovejas. Si hacía falta, quizá porque algún otro cura estuviera enfermo, yo echaba una mano celebrando misa o confesando. Trataba de estar siempre presente, incluso en las procesiones organizadas por los curas «villeros», los curas de los poblados chabolistas coordinados por el padre Pepe, caminando en mitad de aquella gente que buscaba a Jesús. ¡La piedad del pueblo es el sistema inmunitario de la Iglesia!

Aquellos fueron algunos de los momentos más bonitos de mi vida. Entre aquellas callejuelas polvorientas también yo encontré al Señor, que me decía que no abandonara a aquellas pobres ánimas. Sin embargo, también había momentos dedicados a escuchar sus historias, aceptando la invitación a sus casas para beber una taza de mate y charlar un rato, como hacen los viejos amigos. No vayáis a pensar que eran siempre historias divertidas y que estábamos allí para echarnos unas risas. Enjugué un montón de lágrimas, porque aquella gente vivía en medio de la miseria, en casas de ladrillo y

chapa, entre perros callejeros, sin agua potable. La delincuencia y el narcotráfico son los que mandan realmente en esas zonas tan desfavorecidas. Los niños, asilvestrados, son empleados desde muy pequeños en asuntos de drogas. La presencia de la Iglesia era, por tanto, fundamental, y todavía hoy sigue siéndolo, para hacer un trabajo de prevención y encarrilar sobre todo a los más pequeños hacia un futuro límpido y alejado de estos males que corrompen el alma. Qué importante es el trabajo de la Iglesia en la periferia, ¡sobre todo cuando el Estado está ausente! Los curas y las monjas, con su presencia y sus palabras, pueden marcar la diferencia y ayudar especialmente a los más jóvenes a ir por el buen camino y no acabar atrapados en dramáticas espirales que destruirían para siempre sus vidas. Escuchar con paciencia y con la mente abierta a estas personas, a padres en crisis, a chicas y chicos de la calle, en verdad puede cambiar las cosas para mejor. Lo he comprobado personalmente, escuchando y hablando, aún hoy, con cientos de personas que viven al margen.

Unos años más tarde, en 1997, el nuncio apostólico me sorprendió por segunda vez. Al final de un almuerzo como tantos otros, ordenó traer una tarta y una botella de champán para brindar. Pregunté si era su cumpleaños. «¡No!», dijo. «No es mi cumpleaños. ¡Es por usted!». Me volví a quedar descolocado, no entendía. Entonces añadió: «A partir del próximo 3 de junio, usted será el nuevo obispo coadjutor de Buenos Aires».

Básicamente, adquiría un derecho de sucesión para cuando el arzobispo se retirara al llegar al límite de edad. Por desgracia, el cardenal Quarracino murió unos meses después de aquel nombramiento, antes de cumplir los setenta y cinco años, la edad canónica para presentar la renuncia; así pues, el 28 de febrero de 1998 de pronto me encontré dirigiendo la gran archidiócesis porteña.

Llevé a cabo esta tarea tan delicada con una única y gran prioridad: estar al servicio del pueblo argentino, sobre todo aquel abrumado por la miseria y la pobreza. Fue un reto y un gran regalo poder llevar el Evangelio de Jesucristo tanto a los poderosos, a menudo sordos al estar pendientes de otros intereses y de una sociedad cada vez más «líquida», como a los últimos, los predilectos del Señor, que

con sus ojos deseosos de amor y su silencio ensordecedor me enseñaron tanto. En aquellos hermosos años he dado la mano a otras rugosas y heridas de gente hambrienta que no tocaba comida desde hacía días. Manos que han robado para poder quitar el hambre a sus hijos, manos que han buscado ayuda para cambiar de vida y ser mejores. He acariciado rostros de jóvenes y de ancianos, abandonados en las cunetas de la carretera sin esperanza, rostros de mujeres a las que habían robado la dignidad, rostros de padres aterrorizados y rostros de madres martirizadas por la indiferencia. Rostros de niños y niñas a los que se les había robado el futuro. Y en todos ellos he encontrado siempre al único Salvador, Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida.

Es un regalo, todos tienen que saberlo, todos tienen que probarlo. Al mancharnos las manos, damos un sentido a nuestra existencia buscando a Dios en medio de los pobres, al tocar sus manos, al mirarlos a los ojos. Al estar entre los invisibles de nuestras ciudades, acogiéndolos y apoyándolos, sacaremos provecho ¡y nuestra vida será mejor! Incluso ahora, que al ser papa me hallo alejado de las calles de Argentina, sé que este es el único camino, junto con la oración, para sentir todos los días la presencia del Señor. ¡Basta una comida con los pobres, basta un encuentro, una mirada, para recuperar la fuerza necesaria y seguir adelante!

Volviendo a aquellos años, y sabiendo que por aquel entonces Buenos Aires era una sede históricamente cardenalicia, esperaba que llegara también el púrpura. Y así fue. En 2001 Juan Pablo II decidió elegirme cardenal junto con otros cuarenta y tres hermanos. Aquello fue otra novedad más que viví religiosamente, rezando, con la certeza evangélica de que todo ascenso implica un descenso. El consistorio tuvo lugar el 21 de febrero en la plaza de San Pedro, en Roma. Ninguno de nosotros podría imaginar que, ese mismo año, el mundo entero quedaría horrorizado por los atentados terroristas del 11 de septiembre en los Estados Unidos de América.

X

Los atentados terroristas del 11 de septiembre

En el arzobispado hay un continuo ir y venir de gente: empleados, personal de limpieza, técnicos, ordenanzas, curas, monjas… Hay quien lleva trabajando desde las siete y media de la mañana, y quien está a punto de entrar en servicio porque se tirará ahí hasta bien entrada la tarde. Es un día como tantos otros en avenida Rivadavia. Delante del edificio hay un camión aparcado que está descargando cajas con artículos de papelería, y hay un electricista subido a una escalera cambiando las bombillas fundidas del interior de algunos despachos de la curia.

Entre el camión y la escalera se encuentra la señora Otilia, secretaria del arzobispado, quien, entre cigarro y cigarro, con un oído escucha al técnico y, con el otro, se mantiene atenta para captar posibles llamadas de la sala del cardenal, el arzobispo Bergoglio. La mujer está un poco nerviosa porque, como cada día, tiene una lista interminable de personas que llegarán para ser recibidas por el purpurado, y ella tendrá que encargarse también de recibirlas. No conoce a aquella gente, no tiene sus números de teléfono, casi todas son citas reservadas directamente por el arzobispo, que tiene una agenda personal donde lo apunta todo. Aquella gélida mañana de septiembre el padre Jorge —como muchos continúan llamándolo, en lugar de «eminencia»— ha llegado pronto, como en realidad hace cada día, en clergyman y con su bolso negro. Vive en un pequeño apartamento ubicado en la tercera planta del arzobispado, apartamento que dispone de un dormitorio con baño, una habitación con un escritorio y una estantería detrás, además de una minúscula capilla. A diferencia de muchos otros purpurados, la ropa cardenalicia que guarda en el armario no está hecha a medida. Es la que utilizó Quarracino, remendada y adaptada por las monjas.

En una repisa de la habitación tiene una estatuilla de san Francisco de Asís, una imagen de santa Teresa de Lisieux, de la que es devoto, y un gran crucifijo frente al que reza a diario, apoyándose con las manos en las paredes. En otro mueble está el san José durmiente que guarda desde que era provincial de los jesuitas y debajo del cual, de vez en cuando, mete notitas en las que escribe todas las situaciones que le cuesta superar.

En el elegante barrio de Olivos, a unos veinte kilómetros del centro de la ciudad, había una enorme y señorial residencia arzobispal, pero él la ha

convertido en una casa para ejercicios espirituales. El nuevo cardenal ha renunciado incluso al histórico despacho del arzobispado, se ha instalado en una habitación más pequeña y austera, y ha transformado aquella mucho más lujosa que le correspondería en almacén de libros, objetos o productos alimentarios listos para regalar. En resumen, el jesuita ha mantenido la costumbre de repartir lo que le regalan a quien más lo necesita. Además, se desplaza en metro o en autobús, por lo que tampoco necesita limusina con chófer, al cual le ha buscado un nuevo trabajo.

Precisamente en uno de estos viajes en medios de transporte público, el día de antes, a sus sesenta y cuatro años, ha conocido a un pequeño grupo de jóvenes maestros que, tras una breve conversación y con una pizca de descaro, le ha pedido audiencia para el día siguiente, con ocasión del Día del Maestro, la fiesta de los profesores. De hecho, en Argentina, cada 11 de septiembre, se festeja a los maestros de escuela en recuerdo a Domingo Faustino Sarmiento, expresidente argentino y escritor que dedicó buena parte de su vida al desarrollo de la educación pública del país. Al regresar a casa, Bergoglio ha revisado su agenda y esa misma noche ha llamado a uno de aquellos jóvenes para confirmar la audiencia del día siguiente. Y ahora están todos en la lista de las audiencias matutinas que tiene en la mano la secretaria.

Son las diez y veinte. Una pequeña delegación de emprendedores acaba de salir del despacho del cardenal, y la puerta vuelve a estar abierta. Desde su habitación, el padre Jorge percibe un parloteo nervioso, incluso que alguien alza la voz. Hay un extraño movimiento de personas, gente que sale de los despachos. También él se asoma por la puerta y ve a un grupito de colaboradores de la curia, inmóviles, delante de una pequeña televisión. Al acercarse, ve una escena que parece de película. Sin embargo, es real. Una edición especial del telediario está retransmitiendo las imágenes de una de las dos Torres Gemelas de Manhattan, la Torre Norte, en llamas. Un corresponsal que se encuentra en los Estados Unidos cuenta en directo, por teléfono, que un avión se ha estrellado contra el rascacielos.

El padre Jorge se mira el reloj que lleva en la muñeca. Son ya las diez y media. Sería hora de otra visita; pero lo que está viendo por televisión es tan increíble que se queda paralizado. No le da tiempo a preguntar «Pero ¿qué está pasando?», cuando un segundo avión se estrella contra

la otra torre, la Torre Sur del World Trade Center. Todo ha ocurrido en una media hora. La televisión argentina ha montado esa edición especial lo más rápido posible y ahora está recibiendo las primeras imágenes en diferido de las grandes cadenas norteamericanas.

«Madre de Dios…» son las primeras y únicas palabras, pronunciadas en voz baja, del padre Jorge. Y cierra los ojos, agacha la cabeza y se recoge inmediatamente para la oración. Una nube de humo oscuro invade las calles de Manhattan, gente cubierta de polvo escapa con dificultad, alguno se lanza desde las torres en llamas, otra gente, que ha logrado huir de los edificios con la cara cubierta de sangre, pide ayuda. Se oyen las sirenas de los bomberos y de las ambulancias; hay quien llora, y quien grita. Es una escena apocalíptica. Están atentando contra los Estados Unidos. El recuento será de casi tres mil muertos.

Ante aquellas imágenes, mi corazón estaba destrozado. Estábamos asistiendo a algo sobrecogedor que ni siquiera habríamos podido imaginar nunca. Mi primer pensamiento fue, inmediatamente, para toda aquella pobre gente que se hallaba en el interior de las torres, y luego, para sus familiares, porque seguro que pasarían días dramáticos. Me recogí en oración, pidiendo al Señor que aliviara el sufrimiento de aquellas personas y que acogiera ante sí a las víctimas inocentes de semejantes actos inhumanos. Lloré por ellos. Aquella mañana vi solo el vídeo del segundo avión que terminaba chocando contra la torre. Luego, a continuación, me enseñaron también las imágenes del primer avión y del atentado al Pentágono, así como las del avión que se estrelló en Pensilvania. Se me quedaron grabadas las caras de aquellos norteamericanos, perdidos, desconcertados, cubiertos de polvo o en medio de los escombros, que escapaban, o a los que se socorría. Qué pena… Cada vez que pienso en ellos, me vienen a la mente las imágenes de las guerras repartidas por el mundo y del sufrimiento de quien acaba bajo las bombas. La guerra, aquel 11 de septiembre de 2001, había llegado al corazón de Occidente; ya no era algo que tenía que ver solo con Oriente Medio o con algún país de África o de Asia, a menudo poco conocido para los habitantes del denominado «primer mundo». A los Estados Unidos, famosos por ser una de las grandes potencias del planeta, los habían atacado.

Al principio, cuando el primer avión se estrelló contra el rascacielos, todos pensamos en un accidente, aunque después, con el segundo, la verdad saltó a la luz: se estaba llevando a cabo un atentado terrorista y el mundo se estaba encaminando hacia la pesadilla de la guerra. En aquellos días, algún conspiranoico hipotetizó, escribiéndolo en los periódicos o en internet, que aquella mañana ninguno de los judíos que trabajaba en el World Trade Center fue a trabajar porque los habían avisado por adelantado de lo que iba a ocurrir. Esta grave acusación abría una herida quizá incluso más profunda que la de aquellos días, pues se señalaba con el dedo a un pueblo inocente que en la historia ha sido víctima de un genocidio que grita venganza ante los ojos de Dios. Todo el mundo estaba desesperado, sin distinciones de religión. Aquel día se derramaron lágrimas de dolor por el fratricidio, por la incapacidad de conseguir la convivencia, pese a nuestras diferencias, por medio del diálogo; fue una pérdida injusta, y sin sentido, de inocentes, con un acto de violencia inaudita, la negación de toda religión auténtica.

Es una blasfemia, que sigue ocurriendo hoy día, utilizar el nombre de Dios para justificar masacres, asesinatos, atentados terroristas, persecuciones de personas o de poblaciones enteras. Nadie puede apelar al nombre del Señor para llevar a cabo el mal. El deber de los hombres de la Iglesia ha de ser denunciar y sacar a la luz todo intento de justificación de cualquier forma de odio en nombre de la religión, también condenar a quien realiza esta falsificación idolátrica de Dios.

El día de los atentados del 11 de septiembre la muerte parecía haber tomado el control de la situación, pero seguía encendida una pequeña llama en la oscuridad: la llama del amor. En medio de aquel dolor lacerante, el ser humano supo mostrar su mejor cara, la de la bondad y la del heroísmo. Pensemos en quienes se mostraron dispuestos a ayudar a los equipos de rescate, en aquellos que repartieron comida y agua, en quienes mantuvieron abiertos sus negocios para dar asistencia a las fuerzas del orden, en quienes llevaron mantas y productos de primera necesidad, incluso desde lejos. Pensemos en las manos que se tendieron en una metrópolis que podría parecer orientada únicamente al beneficio, y que, a pesar de ello, se mostró capaz de ser solidaria con todo el mundo.

En aquel momento, las diferencias de religión, de sangre, de origen o de política fueron derribadas en nombre de una fraternidad que no conoce límites. Eran todos estadounidenses, ¡y se sentían orgullosos de serlo! Y pienso también en los policías y en los bomberos de Nueva York, que entraron en las torres cuando estas estaban a punto de desplomarse para salvar el mayor número posible de vidas humanas. Lo arriesgaron todo, antepusieron la vida de los demás a la suya propia. Algunos cayeron en servicio, y otros lograron salvar a muchas personas, mientras la devastación reinaba alrededor.

En 2015 quise visitar aquel lugar, el monumento de la zona cero, con ocasión de la celebración de un encuentro interreligioso. Rezamos todos juntos al Señor para que nos fortaleciera en la esperanza y nos concediera el valor de trabajar para un mundo donde pueda reinar la paz y el amor entre las naciones y en los corazones de todos. En aquella ocasión, también pude conocer a los familiares de algunos miembros de los equipos de rescate que habían caído en servicio. Vi en sus ojos un dolor inconmensurable, pero también la fuerza del recuerdo y del amor. Muchos habían perdonado en honor de sus seres queridos, que nunca habrían buscado venganza. Nuestro compromiso con la paz tiene que ser diario, sobre todo con esos países donde la guerra parece no tener fin.

Al día siguiente de los atentados, el 12 de septiembre de 2001, todos rezamos en comunión con el papa Juan Pablo II, quien en la audiencia general elevó su súplica a Dios pidiéndole que, «frente al horror de la violencia destructora», nos asistiera en esos días de luto y de dolor inocente. En su discurso, el papa dijo que estábamos viviendo un día oscuro de la historia de la humanidad y que lo que había ocurrido en los Estados Unidos era una terrible afrenta contra la dignidad del hombre. Tuvimos la oportunidad de hablar con él en persona, y con otros hermanos cardenales, a finales de mes, cuando llegué al Vaticano para la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, dedicada precisamente a la figura del obispo.

Mientras en Buenos Aires se va abriendo paso la primavera, en Roma el otoño regala un espectáculo único. Las hojas amarillas de los árboles

que bordean el Tíber revolotean en el aire, acariciadas por el viento. Los reflejos dorados del sol se entrecruzan con los colores cálidos de la estación, mientras las sombras se alargan a orillas del río. Las majestuosas estatuas del puente de Sant'Angelo se reflejan en el agua. Se observan algunas figuras envueltas en abrigos negros que, con paso decidido, buscan cobijo ante las primeras ráfagas de viento, ya frío.

El padre Jorge ha llegado hace diez días; ya es la tercera vez que visita Italia desde el consistorio de febrero. Ha hecho una breve parada en Turín para saludar a unos familiares. Se ha hospedado en casa de su prima Carla y luego se ha dirigido a la capital para participar en el sínodo, que durará hasta finales de octubre. El caos matutino y el estruendo de los coches rompen la poesía de esos paisajes de postal. El Lungotevere está atascado. Las motos tratan de adelantar a derecha e izquierda la infinita columna de coches. Un taxista maldice por la ventanilla a otro automovilista, mientras el conductor de un autobús, el enésimo que tiene que aflojar por el atasco, trata de mantener a raya a un grupo de estudiantes universitarios de primer año que protesta por el retraso. Por su parte, los turistas van a pie. Se dirigen en tropel a la plaza de San Pedro. Muchos de ellos sacan fotos del Tíber y buscan el mejor encuadre para enseñárselas a sus amigos cuando regresen a casa.

En esos días, los quioscos exponen revistas y periódicos dedicados a los atentados terroristas del 11 de septiembre. También en Italia se sigue hablando de ello. Por otro lado, no ha pasado ni un mes desde la tragedia y, el 7 de octubre, en Afganistán se ha desatado la Operación Libertad Duradera del Gobierno estadounidense y de sus aliados: bombardeos aéreos para apoyar a los rebeldes, y ataques por tierra como resultado de la negativa del líder talibán, el mulá Omar, de entregar al líder de Al Qaeda, Osama bin Laden, autor intelectual de los atentados de los Estados Unidos. En resumen, el mundo vuelve a estar en guerra.

Un rápido vistazo a esos periódicos se lo echa también, deprisa y corriendo, el cardenal Bergoglio, que afortunadamente no se ha quedado atrapado en el tráfico porque va a pie, como habitualmente hace todas las mañanas. Es una caminata de unos veinticinco minutos bajo el pálido sol del otoño romano, desde la residencia de los sacerdotes en Via della Scrofa, a dos pasos de la plaza Navona, hasta el Vaticano, donde tiene lugar el Sínodo de los Obispos. El cardenal argentino es ponente

general adjunto de la asamblea, y a diario trabaja codo a codo con obispos y purpurados de todo el mundo para redactar las Propositiones, que resumirán el resultado de las discusiones y de las intervenciones de los participantes.

El 2 de octubre, el jesuita intervino en la asamblea para compartir sus ideas sobre la figura del obispo y subrayó que, en su opinión, los sacerdotes deben tener predilección por los pobres, un espíritu misionero y, sobre todo, ser profetas de la justicia, en particular con los parias de la sociedad. El purpurado porteño ha leído en la Cámara, en su lengua materna, un breve discurso, que ha retomado de una meditación de 1996 escrita con motivo de los ejercicios espirituales que dirigió a los obispos españoles. De hecho, señala las diferencias que existen entre los curas que vigilan al pueblo y los que velan por él. «"Supervisar" hace más referencia al cuidado de la doctrina y de las costumbres en su expresión y en su práctica; en cambio, "velar" significa más bien cuidar que haya sal y luz en los corazones. "Vigilar" se refiere a estar alerta frente a un peligro inminente, mientras que "velar" quiere decir soportar con paciencia las modalidades con las que el Señor va gestando la salvación de su pueblo. Para vigilar basta con ser despiertos, astutos y rápidos. Para velar también hay que tener la mansedumbre, la paciencia y la constancia de la caridad probada. […] "Supervisar" y "vigilar" remiten a cierta necesidad de control. "Velar", por el contrario, nos habla de esperanza, la esperanza del Padre misericordioso que vela por el progreso de los corazones de sus hijos».

Durante las pausas de trabajo, en los días sucesivos los hermanos se acercan a Bergoglio. Algunos le siguen felicitando por su intervención; otros quieren debatir con él sobre este y otros temas. Pero también hay tiempo para comentar las noticias de los periódicos, incluida la guerra contra el terrorismo guiada por los Estados Unidos tras el atentado a las Torres Gemelas.

Mi nombramiento como ponente adjunto estaba, en cierto modo, vinculado a los atentados terroristas, porque el ponente del sínodo era el cardenal Edward Egan, el arzobispo de Nueva York, quien unos días antes del 11 de octubre de 2001 pidió permiso al papa para volver a casa para la conmemoración del primer mes de los atentados. Además de la celebración prevista para esa fecha, Egan

sabía bien que, en ese momento, era su deber estar cerca del pueblo herido, sobre todo para consolar a los familiares de las víctimas y de los equipos de rescate que murieron en acto de servicio. No se lo pensó dos veces. A pesar del importante compromiso que tenía en el Vaticano, pidió regresar a los Estados Unidos y, obviamente, Juan Pablo II, que participaba en todas nuestras reuniones, lo autorizó sin ningún problema. Entonces, el papa me nombró ponente a mí en su lugar. Tengo que admitir que, al principio, me dio un poco de miedo aquel papel, pero después, gracias a Dios, todo fue bien.

Trabajé todos los días codo a codo con el secretario especial del sínodo, el entonces obispo de Oria, monseñor Marcello Semeraro, ahora cardenal. Sacamos adelante la Asamblea General hasta el final, sin contratiempos. En los descansos, hablábamos con los demás hermanos del episcopado, incluso de la guerra de Afganistán, de los atentados en los Estados Unidos y de la necesidad de que los líderes islámicos se unieran a la condena de los graves atentados que habían sido llevados a cabo en nombre de Dios. De hecho, el silencio de algunos fundamentalistas generó sentimientos de malestar hacia nuestros hermanos musulmanes, y esto, por desgracia, siguió así durante muchos años. A pesar de no compartirlos, leí y me llamaron la atención también los comentarios de la periodista italiana Oriana Fallaci sobre este tema.

En realidad, los cristianos y los musulmanes estamos llamados a caminar juntos, a dialogar, siendo conscientes de las diferencias culturales y religiosas, evitando vernos como enemigos. Debemos acoger a nuestros hermanos de religión islámica como compañeros de camino, debemos colaborar juntos por un mundo más justo y equitativo, reconocer los derechos y las libertades fundamentales, sobre todo la religiosa, y transformarnos en constructores de civismo. Hay quien echa leña al fuego del odio, quien incita a la violencia. Nosotros, en cambio, debemos responder con amor y con educación, enseñando a las nuevas generaciones el bien, para transformar el aire contaminado por el odio en el oxígeno de la fraternidad.

Con este fin, en 2019, en los Emiratos Árabes Unidos, firmé junto con mi hermano, el Gran Imán de al-Azhar, Ahmed el-Tayeb, el Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia

común. En uno de los pasajes que firmamos, subrayamos que, partiendo de nuestra responsabilidad religiosa y moral, «pedimos a nosotros mismos y a los líderes del mundo, a los artífices de la política internacional y de la economía mundial, comprometerse seriamente para difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz; intervenir lo antes posible para parar el derramamiento de sangre inocente y poner fin a las guerras, a los conflictos, a la degradación ambiental y a la decadencia cultural y moral que el mundo vive actualmente». Quisimos lanzar un llamamiento urgente para que se redescubrieran los valores de la paz, de la justicia, del bien y de la hermandad humana, con el fin de reafirmar la importancia de dichos valores como tabla de salvación para todos y tratar de difundirlos por todas partes.

Se necesita un alto grado de fraternidad para poder superar las sospechas hacia quienes son diferentes a nosotros y para que se ponga fin a las persecuciones de los fanáticos hacia muchos cristianos en el mundo, que son obligados a huir de sus tierras. Son hombres y mujeres que, como las primeras comunidades cristianas, escapan y conservan su fe cual un tesoro que da sentido a sus vidas. Tras el 11 de septiembre aprendimos a conocer un mundo diferente, donde a veces se ha impuesto el miedo y donde el horror de las persecuciones ha seguido de la mano de los terroristas. Los hemos visto degollando a cristianos inocentes bajo el silencio cómplice de algunos, sobre todo de aquellas naciones que habrían podido detenerlos y no lo han hecho.

Pero la historia de la Iglesia siempre ha estado marcada por hechos como estos. La persecución se inició contra Jesús y continúa hoy con los mártires que muestran el Evangelio. A estos hermanos y hermanas, mártires de nuestros días, que son muchos más que los de los primeros tiempos, les quiero decir con fuerza: no tengáis miedo de dar testimonio del Señor con amor a través de vuestros gestos, no os dejéis asustar por quienes tratan de sofocar la fuerza evangelizadora con arrogancia y violencia. Podrán matar el cuerpo, pero no tendrán ningún poder sobre el alma.

Volviendo al sínodo que se había iniciado cuando no había pasado ni siquiera un mes de los atentados terroristas en los Estados Unidos, todos, obispos y cardenales, teníamos claro que en breve

tendría lugar una revolución geopolítica. El equilibrio mundial volvería a cambiar frente a la amenaza y los atentados perpetrados en nombre de la «guerra santa» a manos de grupos terroristas compuestos por fanáticos religiosos. En dicho contexto, a la Iglesia, más que nunca, se le pedía que actuara para impulsar la paz y el diálogo entre las religiones.

Nuestras discusiones sobre el tema quedaron abiertas. Volví a Argentina a finales de octubre para retomar mi vida cotidiana. Tengo que confesar que trataba de estar lo menos lejos posible de mi rebaño (solo dejaba Argentina cuando tenía un compromiso fundamental e improrrogable). Después de todo, mi misión era permanecer al lado del pueblo y velar por él.

Al cabo de unos meses, en diciembre de 2001, Argentina se vería devastada por una grave crisis económica que llevó al país al borde del colapso, con revueltas sociales y gran incertidumbre política. Se trataba de la primera señal de alarma de lo que viviría el mundo en los años venideros, con la gran recesión, que cambió para siempre la vida de millones de personas.

XI

La gran recesión económica

La catedral de Buenos Aires está inmersa en el silencio. Solo unos pasos resuenan sobre el suelo de mosaico veneciano. Son los de María Paz, que ha llegado, helada, tras un trayecto a pie de una media hora desde la plaza de la Constitución, donde vive desde hace unos años junto con su marido, Marcelo. En las noches lluviosas, en este septiembre de 2008, ambos encuentran cobijo bajo las marquesinas de la estación de autobuses, pero no es de la lluvia de lo único de lo que tienen que defenderse: al caer la noche, camellos y proxenetas sin escrúpulos toman la plaza, y entonces la vida de la pareja corre permanente peligro.

Durante el día, Marcelo hurga en los cubos de basura de la ciudad en busca de papel y cartón que revender para poder conseguir algo de dinero. Es uno de los muchos cartoneros, hijos de la crisis económica que ha tomado Argentina en diciembre de 2001. María Paz, por su parte, se pasa el día buscando algún trabajillo improvisado aquí y allá, casi siempre sin éxito. Como cada mañana, se ha despertado al salir el sol con el ruido de los primeros autobuses que parten, envuelta en una manta ya usada que no ha conseguido protegerlos de los mordiscos del frío invernal. Se ha lavado la cara en una fuente y ha decidido ir hasta la catedral. De hecho, entre muchos sintecho corre el rumor de que por la mañana temprano es posible ver al cardenal Bergoglio, que se pone a disposición de los fieles para confesarlos, como cualquier cura.

Ella lo ha visto en persona solo una vez, el pasado 1 de julio, cuando fue con Marcelo a la parroquia de Nuestra Señora Madre de los Emigrantes, en el barrio de La Boca, donde el cardenal celebró una misa organizada por el Movimiento de Trabajadores Excluidos, una organización popular que reúne a cartoneros, prostitutas, inmigrantes irregulares, víctimas de tráfico de personas, sintecho y otras personas que viven en los márgenes de la sociedad.

El rostro de la mujer está marcado por el paso del tiempo, su pelo se ha vuelto gris, las manos, rojas, entumecidas por el frío. Dentro de la catedral, encuentra consuelo en la llama de la vela encendida frente a la talla de Nuestra Señora de Bonaria. Se sienta en uno de los bancos, a los que ya les han sacado brillo, como a los antiguos confesionarios de madera, que se remontan al siglo XVIII. Uno de ellos se halla ocupado por un sacerdote con la estola en los hombros, listo para confesar a quien lo necesite.

María Paz no tiene grandes pecados que confesar; lo único que busca es que un padre la escuche y pueda ofrecerle unas palabras de consuelo.

—Ánimo, que no muerdo, ¿eh?

La voz proviene del confesionario y justo es la del cardenal Bergoglio. Ante el titubeo de la mujer, emocionada e intimidada, el purpurado sale por la portezuela central y se sienta en un banco vacío, entonces le hace a María Paz un gesto para que se acerque.

Los dos empiezan a hablar y se tiran así más de media hora. Sobre todo, es María Paz quien habla de su vida y la de su marido Marcelo, y de cómo la crisis de 2001 ha destruido su existencia.

—Justo esta mañana —le dice el arzobispo en voz baja— escuchaba que está pasando lo mismo en los Estados Unidos. Antes o después, la crisis económica nos afecta a todos… Pero vosotros habéis hecho bien en seguir unidos a pesar de los problemas. ¡Eso es de auténticos cristianos! Os habéis dado fuerza mutuamente. Ven conmigo, que te dé algo caliente. Lo necesitas —añade el cardenal, y le pone en la mano el dinero que se ha sacado del bolsillo del pantalón.

La mujer se queda descolocada. No sabe si reír, llorar o abrazarlo. Instintivamente, se arrodilla y le besa la mano. El jesuita la ayuda a levantarse y, después de ofrecerle un té con galletas, se despide para ir a su despacho de la curia.

—Eminencia, ¿debemos preocuparnos? —le pregunta un colaborador, Gustavo, cuando se cruza con él a la entrada del palacio arzobispal—. He leído en internet que se ha hundido un banco de los Estados Unidos y que está comenzando una crisis…

El calendario está abierto en la página del 15 de septiembre. Justo esa mañana, poco antes del amanecer, uno de los mayores bancos de inversión norteamericanos, el Lehman Brothers, se ha declarado en bancarrota. Se ha hundido por las hipotecas subprime, préstamos concedidos con fines especulativos a ciudadanos que, en realidad, no tenían recursos ni garantías para pagarlos. El gran negocio puesto en pie por la banca demuestra ser un bumerán: el Lehman, que con estas hipotecas se había lucrado de manera despiadada, se convierte en víctima de especulaciones financieras. Las cuentas de la institución se

hunden, la Reserva Federal y el secretario del Tesoro buscan, entre los personajes más influyentes de Wall Street, un comprador que en el último momento se echa atrás. No hay alternativa al impago: veinticinco mil empleados del coloso bancario son despedidos, las bolsas estadounidenses se hunden y contagian también a las sudamericanas, europeas y asiáticas. En los cajeros automáticos, filas interminables de personas aterrorizadas tratan de retirar sus ahorros, la burbuja del mercado inmobiliario ha estallado y desencadena una crisis que llevará a la gran recesión.

En realidad, en todo el mundo había habido una reacción en cadena que, con los años, produjo nuevas desigualdades y nueva pobreza, sobre todo en los países más industrializados. Aún recuerdo las caras desconsoladas de los empleados de aquel banco estadounidense, hombres y mujeres a los que echaban del edificio con cajas con sus últimas pertenencias. Recé para que el Señor pudiera consolarlos, al igual que recé por toda aquella gente que de golpe lo había perdido todo: los ahorros de una vida, el sueño de una casa, todo se fue al traste en pocos segundos.

Quienes iban a Nueva York en esa época me contaban que se formaban colas larguísimas delante de los comedores sociales. El paro había alcanzado niveles nunca vistos antes, y en la fila para un trozo de pan y un plato caliente ahora encontrabas también exjefes y exdirectores ejecutivos de empresa que, hasta unos días antes, habían especulado con la vida de los demás. El ascensor social, que en el pasado había permitido a tanta gente salir de una situación de desesperación, se había estropeado por completo en todo el mundo, y todavía hoy sigue siendo solo un espejismo para mucha gente. El actual sistema económico es insostenible. Ya he dicho otras veces que esta economía mata. ¡No hay más tiempo que perder!

Vivimos un momento en el que urge reflexionar sobre el modelo económico y reflexionar sobre nosotros mismos, probar a verlo todo con los ojos de los pobres y de los «desahuciados», pensar en cómo combatir el aumento de la desigualdad y cómo superar la indiferencia hacia esas personas, que son nuestros hermanos y hermanas. Para tener esperanza en el futuro, junto con los jóvenes, debemos elaborar un modelo económico diferente, basado en la

equidad y en la fraternidad; un modelo económico que haga vivir a la gente en lugar de matarla, que no aspire a especular con sus vidas, sino que anteponga estas al dinero; una economía que sea inclusiva, que humanice, que se haga cargo de lo creado y no lo deprede.

En mi encíclica Fratelli tutti afirmé, en relación con esto, que «el derecho de algunos a la libertad de empresa o de mercado no puede estar por encima de los derechos de los pueblos, ni de la dignidad de los pobres […]. El mercado solo no resuelve todo, aunque otra vez nos quieran hacer creer este dogma de fe neoliberal». Quiero aclarar que no son palabras de condena hacia el mercado, sino palabras que buscan poner en evidencia los riesgos y las derivas que el sistema ha producido y produce. Pensemos, por ejemplo, en la entrada del mercado en algunos ámbitos donde la gestión de los bienes se había hecho siempre de forma conjunta.

Desde el punto de vista de una ética amiga del hombre y del medio ambiente, el desafío será «civilizar el mercado», pidiéndole que se ponga al servicio del desarrollo humano integral, en lugar de que se limite solo a ser eficiente en la producción de riqueza. Debemos estar todos unidos para luchar contra el aumento sistemático de las desigualdades y de la explotación del planeta (hijas de un sistema que tiene como único fin el beneficio), que son algunas de las causas que aumentan la brecha con la periferia. Al contrario, hay que aceptar estructuralmente «que los pobres tienen la dignidad suficiente para sentarse en nuestros encuentros, participar de nuestras discusiones y llevar el pan a sus mesas. Y esto es mucho más que asistencialismo. Estamos hablando de una conversión y transformación de nuestras prioridades y del lugar del otro en nuestras políticas y en el orden social», como dije a los miembros del movimiento internacional The Economy of Francesco, que reúne a jóvenes economistas, emprendedores y activistas comprometidos con un diálogo inclusivo para una nueva economía.

El estallido de la crisis económica en los Estados Unidos me impresionó especialmente porque vi de cerca los efectos que semejante situación puede producir. En diciembre de 2001, Argentina se precipitó en esta pesadilla, los bancos colapsaron, el Gobierno congeló las cuentas corrientes y muchas actividades

comerciales quebraron. Prácticamente la mayoría de los argentinos acabaron en la pobreza.

Poco antes de la Navidad de 2001, abrimos en la sede de Cáritas una «mesa de diálogo argentino» para poner en contacto a los líderes civiles y religiosos del país, y encontrar todos juntos una solución para el bien del pueblo. Yo estaba presente en calidad de presidente de la Conferencia Episcopal Argentina y de arzobispo de Buenos Aires, y también participó el presidente de Argentina Fernando de la Rúa, que fue criticado por los manifestantes reunidos en la plaza de Mayo. Después de decretar el estado de sitio, millones de personas salieron a la calle, sartén en mano, y empezaron a aporrear las sartenes y a pedir la dimisión del Gobierno. La Casa Rosada, sede de la presidencia, fue atacada, y el presidente huyó en helicóptero y dimitió horas después.

Mientras tanto, nosotros, como Iglesia, en los meses sucesivos nos pusimos en marcha inmediatamente para empezar a trabajar. Teníamos que ser una especie de «hospital de campaña» para los necesitados. Las parroquias permanecieron abiertas día y noche para ofrecer hospitalidad a quien se había quedado sin casa; pedimos a los fieles a los que les fuera posible que llevaran a misa o directamente a Cáritas bienes de primera necesidad para repartirlos entre los indigentes; abrimos centros médicos para distribuir medicamentos de forma gratuita, y colocamos hornos de gas debajo de los puentes para hacer pan y regalarlo. También se construyeron estructuras para acoger a los sintecho y arrancaron nuevos proyectos sociales para dar futuro a quien lo había perdido todo. Los voluntarios debían tener un único objetivo: anteponer a la persona y, sobre todo, saber escuchar sus necesidades.

He querido remarcar el concepto de escucha porque muchas crisis, como la que se inició en septiembre de 2008, se habrían podido evitar si los grandes, en muchas ocasiones, en lugar de pensar en su propio beneficio y en el dios Dinero hubieran escuchado, al menos una vez, la voz de los pequeños. Hablé de la importancia de la escucha —también con relación a estos temas— varias semanas después, en octubre, con motivo de una peregrinación muy sentida en Argentina.

La plaza Belgrano, enfrente del santuario de Nuestra Señora de Luján, está abarrotada por una multitud de jóvenes. Hay por lo menos un millón que ha caminado más de quince horas para completar la trigésima cuarta peregrinación consagrada a la patrona del país. Partieron el 4 de octubre a mediodía del santuario de San Cayetano, en el barrio porteño de Liniers, llevando en procesión la Imagen Cabecera, una pequeña reproducción de la talla original de la Virgen. A lo largo del trayecto, los voluntarios han dado asistencia y apoyo a quien lo ha necesitado; otros muchos se han parado para descansar en los puestos que hay a lo largo del camino de peregrinación, puestos que venden fruta, agua fresca, snacks, recuerdos y objetos religiosos, sobre todo rosarios. Hay quien participa en la peregrinación para pedir un milagro a la Virgen, y quien lo hace por simple devoción. Algunos, por su parte, piden su gracia para encontrar trabajo o para poder comprar una casa, después de haberlo perdido todo a raíz de la crisis económica. Hay también quien busca el amor y se encomienda a la Virgen, así como quien espera un milagro en su graduación de fin de curso, algo que sería demasiado, incluso para Luján.

Después de una fatigosa marcha de sesenta kilómetros, todos los peregrinos llegan por fin a destino. El reloj marca las seis y cuarenta y cinco de la mañana siguiente, el domingo 5 de octubre de 2008. La talla original de la Virgen, envuelta en un largo manto azul, espera a los fieles delante del santuario para uno de los momentos más emocionantes de la peregrinación: el encuentro de las dos imágenes y el acto de devoción de todos los presentes.

También se encuentra allí el cardenal Bergoglio, quien, como cada año, celebra la misa solemne en la plaza, junto con los demás obispos y sacerdotes. De hecho, también él es devoto de la Virgen de Luján. El tema de la peregrinación de este año es «Madre, enséñanos a escuchar», y en la homilía el purpurado jesuita invita a los fieles a reflexionar y les brinda palabras de esperanza: «Cuántos problemas se resolverían en la vida si aprendiéramos a escuchar, si aprendiéramos a escucharnos nosotros mismos. Porque escuchar al otro es detenerse un poco en su vida, en su corazón y no pasar de largo, como si no nos interesara. Y la vida nos está acostumbrando a pasar de largo, a no interesarnos por la vida del otro, por aquello que quiere decirme, o a responderle antes de que termine de hablar. Si en los ambientes en los que vivimos aprendiéramos a escuchar…, cómo cambiarían las cosas; cómo

cambiarían las cosas en las familias si el marido, la mujer, los padres, los hijos y los hermanos aprendieran a escucharse…, pero tendemos a responder antes de saber lo que quiere decir la otra persona. ¿Nos da miedo escuchar? Cuántas cosas cambiarían en el trabajo si nos escucháramos. Cuántas cosas cambiarían en el barrio. Cuántas cosas cambiarían en nuestra patria si aprendiéramos, como pueblo, a escucharnos. Madre, te pedimos que nos enseñes a estar callados para poder acoger a aquellos que necesitan contarnos su vida, a menudo cargada de dolor…».

En la plaza se desata un largo aplauso. Entre la multitud hay también muchos cartoneros, muchos habitantes de las villas miserias acompañados por sus curas. Hay gente a la que solo le quedan lágrimas después de haber visto cómo quebraba su negocio. La crisis económica global ha cambiado también la vida de muchos argentinos, aunque, afortunadamente, no ha afectado a la ya tocada estructura del sistema financiero del país. Es verdad que la Bolsa ha sufrido un duro varapalo, y ello ha desatado momentos de histeria en las altas finanzas, y que se han desplomado los precios de las exportaciones de productos como el aceite de semillas de soja, el trigo, los pellets de madera, el petróleo, y que el peso se ha devaluado en un diez por ciento con respecto al dólar; aun así, gracias sobre todo a la ausencia de capital extranjero en el país, los efectos no han sido tan desastrosos como en otras zonas del mundo.

En realidad, el golpe más duro lo recibimos en 2001. Cuando después llegó la gran crisis de la banca norteamericana, en Argentina solo fueron arrastrados algunos sectores, mientras otros, que ya habían sido despellejados en la anterior crisis, por suerte no se vieron afectados. Recuerdo las palabras del papa Benedicto XVI, quien, comentando la suspensión de pagos del Lehman Brothers y la consiguiente gran recesión, dijo que el derrumbe de las grandes instituciones de crédito estadounidenses evidenciaba cuál era el error de fondo: el Dios verdadero, una vez más, había sido eclipsado por la avaricia y la idolatría, y se había falsificado en la forma de Mammón, la riqueza terrenal idolatrada y exaltada.

Lo que estaba ocurriendo en los Estados Unidos, y que más tarde afectaría a las grandes economías de todo el mundo, había sido causado precisamente por la mentalidad enferma de aquellos que

trataban, y aún hoy siguen tratando, de dejar con una mano delante y otra detrás a las personas más necesitadas, por intentar hacer dinero con su dinero. Todavía no han entendido que, por el bien de la humanidad, en el centro de todo debe situarse el trabajo, que es el único motor verdadero capaz de poner en marcha la economía y de conferir dignidad al ser humano. Si, por el contrario, en el centro ponemos un ídolo, el dinero, entonces el sistema no será capaz de crear nuevos puestos de trabajo, lo que hará crecer los niveles de desempleo y se les robará de este modo el futuro a millones de personas.

Siento tener que decirlo, pero donde no hay trabajo, no hay dignidad. Actualmente, cada vez resulta más difícil para un joven encontrar una ocupación estable, con un salario digno que le permita pagar alquileres cada vez más caros e hipotecas astronómicas que, a menudo, recaen sobre los hombros de los padres. Cuando estos costes pesan sobre los jóvenes mismos, la situación puede volverse incluso más grave. Esto es dramático, y es uno de los efectos de esta economía enferma. Quiero reiterar que es precisamente sobre estos temas sobre los que la política debería actuar, porque sin medidas correctoras el libre mercado se vuelve salvaje y produce cada vez más desigualdad. Por otra parte, preguntémonos: si los jóvenes no encuentran trabajo y acaban en el paro, ¿quién va a pagar las pensiones de los que llevan toda la vida trabajando?

Recuerdo que en las peregrinaciones a Luján había muchos chicos y chicas que le pedían a la Virgen la gracia de encontrar un empleo, aunque fuera pequeño, con tal de que fuera digno. En cambio, ofende ver que otros jóvenes, frente a una buena y honesta oferta de trabajo, empiezan a hacerse los tiquismiquis. ¿Cómo no logran entender que ahí fuera hay una fila de gente que se conforma con obtener siquiera la mitad del sueldo que a ellos les ofrecen?

¡Cuántas oraciones he oído delante de la Virgen Milagrosa!, ¡cuántas peticiones de gracia para salir de la crisis y de un periodo de desempleo! En aquellos encuentros se respiraba aire puro; el Espíritu Santo estaba con nosotros. Recuerdo el río de gente que llegaba hasta el interior del santuario para confesarse. Yo estaba siempre a disposición, como los demás sacerdotes, y confesaba desde las seis de la tarde del sábado

hasta las diez y cuarto de la noche. Luego me retiraba para comer un bocadillo o una porción de pizza y trataba de dormir un poco, y ponía el despertador a la una de la madrugada del domingo. En ese momento volvía al santuario y seguía confesando hasta las seis o las seis y media. Luego, a las siete en punto empezaba la santa misa con todos los peregrinos que, mientras tanto, habían llegado desde Buenos Aires.

Fue durante una de estas peregrinaciones cuando conocí a don Ángel Fernández Artime, quien después pasó a ser rector mayor de los Salesianos y al que nombré cardenal en el consistorio de septiembre de 2023. En aquel entonces él era el provincial argentino de la Congregación de Salesianos de Don Bosco. Cuando me lo presentaron, me dijo que venía de España. Desde entonces, siempre le he llamado «gallego», una forma bromista y cariñosa que empleamos los argentinos para apodar a todos los españoles, ¡aunque no sean originarios de Galicia!

Volviendo a las confesiones, puedo atestiguar que muchos penitentes, tras haber estado en Luján, encontraron las respuestas que andaban buscando; venían a que los confesara y, con la sonrisa dibujada en el rostro, me decían que finalmente sabían cómo afrontar aquella situación que los carcomía por dentro, también me aseguraban que había sido la Virgen la que los había inspirado.

En una ocasión, de noche se presentó ante mí para que lo confesara un joven que tendría unos veinticinco o veintiséis años, alto, robusto, con los brazos tatuados, pendientes y pelo largo. Creo que ya no tenía padre. Me dijo: «Estoy aquí porque tengo un gran problema. Después de darle muchas vueltas, hablé con mi madre y me dijo: "Ve a la peregrinación de Luján y verás cómo la Virgen te da la solución". Yo tenía mis dudas, pero finalmente le he hecho caso y he venido hasta aquí a pie». Así que le pregunté si ya había rezado ante la Virgen y si había encontrado la solución que buscaba. Me respondió con una sonrisa: «La he visto, y ahora sé qué hacer…». Entonces le gasté una broma: «¿Ves? ¡A estas alturas quizá yo ya sobre!». Nos echamos a reír, lo abracé y volvió a su vida.

También había quien durante el año iba al santuario para pedir un milagro. Incluso en este caso hay testigos oculares. Puedo contar la historia de un hombre, un obrero, que tenía una hija de casi diez

años que estaba muy enferma. Sufría una infección, y el médico había dicho que la pequeña no pasaría de aquella noche. Con lágrimas en los ojos, el hombre dejó a su mujer con su hija en el hospital y cogió el tren para ir al santuario de Luján. Cuando llegó allí, hacia las diez de la noche, las puertas ya estaban cerradas; sin embargo, él, presa de la desesperación, se quedó toda la noche fuera del portón rezando, luchando por la salud de su pequeña. A las seis de la mañana, cuando se abrieron las puertas, entró rápidamente y se abalanzó para rezar delante de la imagen de la Virgen. Luego se volvió corriendo a Buenos Aires. Al llegar al hospital, no encontró ni a su mujer ni a su hija. Estaba más desesperado que antes. Empezó a pensar de verdad si no le habría ocurrido algo grave, pero no tardó en recibir noticias de su esposa: «Los médicos dicen que la niña se ha curado. Ha ocurrido algo inexplicable». Os podéis imaginar la alegría de aquellos padres que vivieron un milagro. Y fue gracias a la noche que pasó aquel hombre luchando, pegado a las rejas del santuario, rezándole a la Virgen de Luján. El Señor escuchó sus oraciones y permaneció a su lado, velando por él y por la niña.

Se necesita tanta fe de este tipo en el mundo. Recibirla es un don, porque es una fe tan grande que empuja al ser humano a luchar para obtener algo. Pocas veces, en los lugares que he visitado he encontrado una devoción tan poderosa, fruto de esa piedad popular que afecta de modo particular a Iberoamérica, que nace del encuentro entre la cultura originaria del lugar y la fe cristiana. También esto es un don del Señor en un mundo actualmente secularizado. ¡Es el Dios vivo quien actúa en la historia!

Me sucedió en Luján, pero lo había constatado también el año anterior, en mayo de 2007, en Aparecida, Brasil, uno de los mayores santuarios marianos del mundo, que cada año acoge a más de diez u once millones de peregrinos de todo el planeta. Allí participé en la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, y presidí la comisión para la redacción del documento final. Fue realmente un momento de gracia. Trabajé en estrecho contacto con Víctor Manuel Fernández, que en aquellos años daba clases en la Universidad Católica Argentina y al que el verano de 2023 nombré prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe y en septiembre del mismo año

elegí cardenal. A veces nos tirábamos hasta las tres de la mañana con los documentos, y durante nuestras reuniones nos acompañaban los cantos y las oraciones de los peregrinos que llegaban al santuario. Los oíamos desde nuestra habitación. Recibimos sugerencias y consejos desde abajo, del pueblo de Dios, ¡puedo decir que era el Espíritu Santo el que trabajaba ahí!

Son tres los pilares del documento final: la acogida a todo aquel que llega del pueblo; ser una Iglesia misionera en salida, que va al encuentro de la gente, de la comunidad, para compartir el don del encuentro con Cristo Salvador; y la piedad popular que nos permite seguir transmitiendo la fe de manera sencilla y genuina. Todavía recuerdo, como si fuera ayer, el discurso que Benedicto XVI pronunció en la apertura del encuentro, el 13 de mayo de 2007, discurso en el cual se preguntaba: «¿Cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria? [...] Tanto el capitalismo como el marxismo prometieron encontrar el camino para la creación de estructuras justas y afirmaron que estas, una vez establecidas, funcionarían por sí mismas; afirmaron que no solo no habrían tenido necesidad de una precedente moralidad individual, sino que ellas fomentarían la moralidad común. Y esta promesa ideológica se ha demostrado que es falsa. Los hechos lo ponen de manifiesto. El sistema marxista, donde ha gobernado, no solo ha dejado una triste herencia de destrucciones económicas y ecológicas, sino también una dolorosa opresión de las almas. Y lo mismo vemos también en Occidente, donde crece constantemente la distancia entre pobres y ricos y se produce una inquietante degradación de la dignidad personal con la droga, el alcohol y los sutiles espejismos de felicidad. [...] Donde Dios está ausente —el Dios del rostro humano de Jesucristo— estos valores no se muestran con toda su fuerza, ni se produce un consenso sobre ellos. No quiero decir que los no creyentes no puedan vivir una moralidad elevada y ejemplar; digo solamente que una sociedad en la que Dios está ausente no encuentra el consenso necesario sobre los valores morales y la fuerza para vivir según la pauta de estos valores, aun contra los propios intereses».

Aquellas fueron palabras proféticas que nos acompañaron a lo largo de todo el proceso de redacción del documento y que pudimos

comentar, sobre todo, cuando nos enfrentamos a los distintos problemas sociales y a la lucha contra la pobreza generada por la crisis. Le estábamos agradecidos de verdad al papa por su discurso. Personalmente, lo releí muchas veces, al igual que el documento de Aparecida, que sigue siendo de total actualidad hoy.

También por esto fue realmente un shock descubrir, el 11 de febrero de 2013, que Benedicto XVI había decidido renunciar al pontificado.

XII

La renuncia al pontificado de Benedicto XVI

El sonido insistente del teléfono resuena en las dependencias del arzobispado. Son las ocho de la mañana y quien esté llamando sabe muy bien que a esa hora el cardenal Bergoglio se halla trabajando. Pero, después de celebrar la misa, el padre Bergoglio, en lugar de bajar directo a su despacho como hace siempre, se ha pasado rápidamente por Canal 21, la emisora de televisión de la archidiócesis, fundada en 2004. El canal retransmite cada sábado un programa titulado Biblia, diálogo vigente, una mesa redonda de casi una hora de duración presentada por el pastor protestante Marcelo Figueroa, biblista y periodista, en la que conversa con el cardenal Bergoglio y con Abraham Skorka, rabino de la comunidad judía Benei Tikva y rector del Seminario Rabínico Latinoamericano. Los tres interlocutores, amigos desde hace muchos años, a través del diálogo interreligioso y ecuménico con los textos sagrados en la mano, abordan en cada programa diferentes temas como la paz, la justicia, la fe, la soledad, la felicidad, la inclusión…

El programa se ha convertido en una cita fija para los telespectadores católicos, a pesar de haber sido creado casi por casualidad y sin demasiadas expectativas. Fue Figueroa, en 2011, quien había propuesto a Bergoglio dedicar un espacio televisivo al diálogo ecuménico, y el purpurado, tras pensárselo, había aceptado hacer cuatro programas de prueba, convencido de que la televisión podría ser un buen medio para evangelizar. Después de los primeros cuatro capítulos, el padre Jorge confirmó el programa, que empezó a centrarse también en el diálogo interreligioso. Figueroa, Skorka y Bergoglio desayunaban en la sinagoga y discutían sobre los temas a tratar, mientras su amistad crecía día a día.

«Aquí está el "buenos días" del editor», dice bromeando Julio, el director general de la tele, que, como ocurre casi todos los días, acoge al cardenal jesuita de setenta y seis años. Ambos se conocen desde mediados de los años noventa, de cuando el arzobispo Quarracino nombró a Julio director de la radio diocesana. Conoció al obispo auxiliar Bergoglio en calidad de coordinador de la emisora de radio, y desde entonces permanecieron para siempre en contacto.

Es la mañana del 11 de febrero de 2013. El purpurado ha llegado a la sede de Canal 21 principalmente para saludar a sus colaboradores, pero también para hacer una pequeña aclaración sobre los episodios que van

a transmitir y grabar. Asimismo, aprovecha la ocasión para recoger algunos DVD que el director le ha regalado. De hecho, de vez en cuando, al no tener televisión en casa, el cardenal pide permiso a la dirección de Canal 21 para poder ver ahí alguna película que le interesa.

—Eminencia, estoy convencido de que estas películas le gustarán… —dice con seguridad Julio, tendiéndole los DVD todavía retractilados.

—Sabes que vendré aquí a verlos, ¿no? El lector que me regalaste es demasiado complicado… —responde bromeando el padre Jorge, mientras sale del despacho.

—Aquí la puerta siempre está abierta —dice Julio acompañándolo a la salida.

—¿Seguirá abierta en unos meses, cuando me jubile? Te acuerdas de que he presentado mi renuncia, ¿verdad? —se despide riendo el jesuita, mientras se dirige hacia el arzobispado con su bolso negro.

Otilia, la secretaria del cardenal, está sentada al escritorio y se ha fumado ya cuatro cigarrillos. Ha impreso algunas cartas que han llegado a la bandeja de entrada del correo electrónico y ahora está poniendo orden a la lista de personas que el purpurado verá a lo largo de la mañana. Para las seis de la tarde, al ser también el Día de la Memoria Litúrgica de la Virgen de Lourdes, hay prevista una celebración al aire libre, delante de la parroquia que lleva su nombre, en el barrio de Flores, el barrio en el que nació Bergoglio. Mientras tanto, en el despacho del arzobispo, el teléfono sigue sonando.

—¿Diga? —responde el purpurado.

—Eminencia, soy Gerry, le llamo desde Roma, espero no molestar. El papa ha renunciado…

Me quedé paralizado unos segundos. Casi no podía creerme lo que mi interlocutor me estaba diciendo por teléfono. Era una noticia que nunca habría imaginado oír en mi vida: la renuncia de un papa era, en realidad, algo inimaginable hasta entonces, a pesar de que está prevista en el Código de Derecho Canónico. En un primer

momento, para mis adentros, me dije: «Lo habré entendido mal, no es posible». Pero luego lo entendí. Sin duda, Benedicto debió de meditar y rezar mucho, antes de tomar aquella histórica y valiente decisión. Evidentemente, había entendido, al ver que las fuerzas le estaban abandonando, que en la Iglesia lo único insustituible es el Espíritu Santo y que el único Señor es Jesucristo. Por eso fue un gran papa, humilde y sincero, que amó a la Iglesia hasta el final.

El que me telefoneó aquella mañana era Gerry O'Connell, un amigo periodista que conozco desde hace muchos años. Solamente dijo esas palabras: «El papa ha renunciado», luego colgó porque estaba hasta arriba de trabajo, pero me prometió que me volvería a llamar. Dos horas más tarde me llamó de nuevo y me explicó bien todo, y me dijo que la renuncia al papado se llevaría a efecto el 28 de febrero, a las ocho de la noche, y que seguramente el cónclave se celebraría justo después del 10 de marzo.

Me llamó también los días sucesivos para informarme de que Benedicto XVI, la misma mañana del 28 de febrero, se retiraría al Colegio Cardenalicio y de que se convocaría a todos los cardenales para que asistieran al encuentro en Roma. A partir de las ocho de la tarde de ese mismo día, comenzaría el periodo de sede vacante.

He de admitir que yo trataba de ir lo menos posible al Vaticano. Sinceramente, prefería estar con mi gente, entre otras cosas porque no me sentía muy a gusto viendo la pompa de esos palacios. Por eso, antes de saber de aquella audiencia con todos los cardenales, ya había comprado el billete de avión de ida que me llevaría a Roma pocos días antes del comienzo del cónclave, mientras que el de vuelta a Buenos Aires lo había reservado para el 23 de marzo, el sábado anterior al Domingo de Ramos. Estaba convencido de que ningún papa tomaría posesión durante la Semana Santa y que, por tanto, me daría tiempo a volver a casa para las fiestas de Pascua. En resumen, quería quedarme en el Vaticano solo el tiempo necesario. Tenía la cabeza puesta en las celebraciones de Pascua en Argentina y, sobre todo, ¡en las homilías que tenía que preparar para Semana Santa!

Pero al enterarme por Gerry del encuentro de Benedicto con el Colegio Cardenalicio a finales de febrero, me dirigí a la sucursal de Alitalia, que se encontraba a unos cuatrocientos metros del

arzobispado, para cambiar la fecha del vuelo y adelantarlo al 25 de febrero. Eran las dos de la tarde, di un paseo a pie para llegar y, una vez cogido el número, esperé mi turno en la sala de espera. Estaba rezando el rosario cuando, media hora después, se acercó una persona que no conocía.

—Eminencia, ¿qué hace aquí? —Era el director de la sucursal.

—He venido a cambiar este billete… —respondí.

—Venga a mi despacho, se lo hago yo.

Así que me fui con él y cambiamos la fecha de salida. Luego me tendió dinero en efectivo (ciento diez dólares).

—¿Qué es esto? —dije.

—El cambio del billete le es favorable. ¡Cuesta menos que el que ya había comprado! Tenga, es suyo.

Volví al episcopado y empecé a modificar la agenda porque tenía un montón de citas que posponer para cuando regresara de Roma. Tenía programados encuentros, celebraciones y visitas por toda la ciudad. Y también había acordado las grabaciones del programa de televisión. Avisé a mis amigos de que tendría que ausentarme e informé además a Marcelo y a Abraham de que estaría fuera por un tiempo, y les aseguré que, a mi vuelta, antes de Pascua, grabaríamos un programa dedicado a la amistad.

Había conocido a Marcelo a principios del año 2000, cuando era secretario general de la Sociedad Bíblica Argentina, mientras que había visto al rabino Skorka con ocasión de los saludos que tenían lugar dos veces al año en la catedral al finalizar el tedeum, el antiguo himno cristiano de agradecimiento que en Argentina se entona en presencia del presidente durante las celebraciones del 25 de mayo, por el Día de la Nación, y el 31 de diciembre, en Nochevieja. Abraham tiene una mente brillante, pero es aficionado del River Plate ¡y eso no juega a su favor! Sobre este tema hubo una vez, en mayo de 1999, en que le tomé el pelo. Estábamos con los típicos saludos en la catedral y le dije: «Me da que este año los del San Lorenzo comeremos sopa de gallina…». La broma la entiende

solo quien conoce el mundo del fútbol argentino. Los adversarios del River los llaman «gallinas» porque a menudo han perdido el campeonato al final de la temporada, a pesar de tener un gran potencial. Aquel año, el San Lorenzo estaba haciendo una gran carrera hacia el título, así que le tomé un poco el pelo, bajo la mirada del nuncio apostólico, ¡que no entendía nada!

Antes de volver a Roma me despedí también de Julio y de los colaboradores de Canal 21, donde tenía la costumbre de ir de vez en cuando a ver las películas en DVD que me regalaban. Recuerdo todavía La vida es bella, de Roberto Benigni; El festín de Babette, de Gabriel Axel, y otras obras maestras del cine. En el escritorio de mi despacho dejé Habemus Papam, de Nanni Moretti, que seguramente vería a mi regreso, y dos homilías, la del Domingo de Ramos y la de la misa crismal que debería pronunciar esa semana; pero ¡las cosas sucedieron de otra forma!

El viaje fue largo y agotador. Al llegar al aeropuerto de Fiumicino, en la sala de recogida de equipajes, me encontré con algunas caras amigas. Estaban el cardenal Odilo Pedro Scherer, arzobispo de São Paulo, que la prensa consideraba como uno de los papables, y el cardenal Luis Antonio Tagle, en aquella época arzobispo de Manila, quien también figuraba en la lista de los papables según los periodistas y viajaba con su compatriota, el cardenal Ricardo Vidal. Iban todos en clergyman, excepto Tagle, que llevaba un polo y vaqueros. A la mañana siguiente lo volví a ver y le dije: «¡Ayer en el aeropuerto vi a un chico que se parecía a usted!», y nos reímos unos minutos.

Así pues, la mañana del 28 de febrero me acerqué a la Sala Clementina para despedir al papa Benedicto. Como el gran teólogo que era, dio un discurso muy profundo que me dejó impresionado, entre otras cosas, porque citó en dos ocasiones a Romano Guardini, al cual yo había estudiado largo y tendido para mi tesis doctoral. Dijo, citando al teólogo: «La Iglesia no es una institución inventada y construida en teoría…, sino una realidad viva… Vive a lo largo del tiempo, en devenir, como todo ser vivo, transformándose… Sin embargo, su naturaleza sigue siendo siempre la misma, y su corazón es Cristo».

Todos dimos un largo aplauso. En aquella ocasión, el papa

Benedicto afirmó también que, desde ese mismo momento, prometía su reverencia incondicional y obediencia al nuevo papa, que sería elegido en el cónclave y se encontraba entre nosotros. No obstante, me ha entristecido ver que, con los años, su figura de papa emérito ha sido instrumentalizada con fines ideológicos y políticos por personas sin escrúpulos que, no habiendo aceptado su renuncia, pensaron en su propio beneficio y en sus propios intereses, y subestimaron la dramática posibilidad de que se produjese una ruptura en el seno de la Iglesia.

Para evitar derivas de este tipo, en 2013, inmediatamente después de mi nombramiento, cuando fui a verlo a Castel Gandolfo, decidimos juntos que sería mejor que no viviera escondido, como al principio propuso, sino que viera a la gente y participase en la vida de la Iglesia.

Por desgracia, sirvió de poco, pues en esos diez años no han faltado polémicas que nos han hecho daño a los dos. En aquella ocasión, durante el traspaso, me entregó también una caja blanca que contenía el informe que habían redactado tres cardenales de más de ochenta años, Julián Herranz, Jozef Tomko y Salvatore De Giorgi, acerca de la filtración de documentos confidenciales que en 2012 había sacudido al Vaticano. Benedicto me explicó los pasos que había dado —apartó a personas que formaban parte del lobby e intervino en casos de corrupción—, me señaló otras situaciones en las que era necesario tomar medidas y me dijo claramente que me pasaba a mí el testigo para que me ocupase de ello. Y eso he hecho, y sigo haciendo, siguiendo sus consejos.

Volviendo al encuentro en la Sala Clementina, al finalizar su discurso me acerqué a saludarlo, como los demás hermanos cardenales, y le agradecí todo lo que había hecho. Fue muy amable y me dio las gracias por haber ido a la audiencia. A las ocho en punto, dio inicio el periodo de sede vacante: la Iglesia ya no tenía papa. Esa misma noche, el camarlengo, el cardenal Tarcisio Bertone, selló el apartamento y empezó a ocuparse de la tramitación de los asuntos corrientes junto al Colegio Cardenalicio. Daba comienzo la fase preparatoria del cónclave, con las congregaciones generales que, a partir del 4 de marzo, nos mantendrían ocupados todos los días hasta la mañana del 11 de marzo por la mañana.

Las cámaras de los medios de comunicación internacionales captan la llegada al Vaticano de los purpurados del mundo entero. En rigurosa sotana filetata, los hay que llegan a pie, sobre todo los que han encontrado alojamiento cerca y quienes viven dentro de la pequeña ciudad-Estado; y los hay que llegan en coche, especialmente los más mayores o los que residen a kilómetros de distancia. Los purpurados, antes de llegar al Aula Nueva del Sínodo, donde tendrán lugar las reuniones, se saludan y charlan un rato frente a la entrada del edificio ante la mirada curiosa de los fotógrafos. Los estadounidenses llegan todos en grupo, en autobús. También llegan juntos algunos brasileños, al igual que un grupito de italianos.

Algunos se detienen a hablar con los periodistas, otros esquivan las preguntas y los comentarios, atrincherándose detrás de un silencio impuesto por las reglas de las congregaciones. Hay manifestantes que protestan por la presencia de algunos purpurados, acusados en sus diócesis de haber ocultado casos de abusos —los querrían fuera del cónclave—, y también hay cazadores de autógrafos cardenalicios, coleccionistas o simples curiosos que los revenderán en internet a un precio alto.

El cardenal Bergoglio, envuelto en su abrigo negro, llega solo, a pie, con el bolso en la mano y sin el solideo de color púrpura en la cabeza, cruzando la plaza de San Pedro. Ni los fieles ni los periodistas lo reconocen, y esto le permite llegar puntual, sin obstáculos. Ha caminado una media hora; también en esta ocasión el jesuita se ha alojado en la Casa del Clero de Via della Scrofa, a dos pasos de plaza Navona, y para alcanzar su destino ha tenido que dar su habitual paseo largo.

Ya es 9 de marzo y para la novena congregación de la mañana el arzobispo de Buenos Aires, al cual los periodistas habían incluido en la lista de los papables del cónclave de 2005, ha escrito un breve discurso que va a pronunciar ante todo el Colegio Cardenalicio, un informe sobre cómo, según él, debería ser la Iglesia, alejada de la autorreferencialidad y la mundanidad. El arzobispo bosqueja también un breve retrato del próximo papa.

«Ha pedido la palabra el cardenal Jorge Mario Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires. Adelante, eminencia…».

El padre Jorge se pone en pie, coge los apuntes escritos a mano, en español, que ha preparado y comienza a leer, consciente de que el tiempo de que dispone es limitado (solo de tres minutos). A su término, el micrófono se apagará automáticamente.

Buenos días. Se ha hecho referencia a la evangelización. Es la razón de ser de la Iglesia. «La dulce y reconfortante alegría de evangelizar» (Pablo VI). Es el mismo Jesucristo quien, desde dentro, nos empuja a ello.

1) Evangelizar implica fervor apostólico. Evangelizar supone en la Iglesia la parresia de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir hacia las periferias, no solo las geográficas, sino también las existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, las de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de cualquier forma de miseria.

2) Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar, se vuelve autorreferencial y entonces enferma (pensemos en la mujer encorvada del Evangelio). Los males que, con el paso del tiempo, aquejan a las instituciones eclesiásticas tienen una raíz en la autorreferencialidad, una especie de narcisismo teológico. En el Apocalipsis, Jesús dice que Él está en el umbral y llama. Evidentemente, el texto se refiere a que está fuera y llama para entrar… Pero a veces pienso que Jesús llama desde dentro, para que lo dejemos salir. La Iglesia autorreferencial pretende tener a Jesucristo en su interior y no lo deja salir.

3) La Iglesia, cuando es autorreferencial, sin darse cuenta, cree tener luz propia; deja de ser el mysterium lunae y da lugar a ese mal tan grave que es la mundanidad espiritual (según De Lubac, es el peor de los males en que puede incurrir la Iglesia), vivir para darse gloria los unos a los otros. Simplificando, hay dos formas de ver la Iglesia: la Iglesia evangelizadora que sale de sí misma, la del Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans (la Palabra de Dios que [la Iglesia] religiosamente escucha y que fielmente proclama, N. del R.), y la Iglesia mundana que vive en sí, de sí y para sí misma. Esto debe alumbrar los posibles cambios y reformas que se realicen para la salvación de las almas.

4) Pensando en el próximo papa: un hombre que, a través de la contemplación de Jesucristo y de la adoración de Jesucristo, ayude a la Iglesia a salir de sí misma hacia las periferias existenciales, que la ayude a ser la madre fecunda que vive de la «dulce y reconfortante alegría de evangelizar».

¡Aquel discurso fue mi condena! Fueron menos de tres minutos que cambiaron mi vida. Cuando finalicé mi alocución, me aplaudieron, y más tarde me enteré de que desde ese mismo momento había empezado a circular mi nombre. Tengo que admitir que, hasta el último día, no me di cuenta de nada. Como he dicho antes, mi cabeza estaba pendiente de las homilías que tenía que ultimar y que había dejado sobre el escritorio en Buenos Aires, y no veía la hora de volver a casa. Me dijeron que los dos últimos días, el 12 y el 13 de marzo por la mañana, se había hablado mucho de mí y que, de hecho, había obtenido votos; pero pensaba que serían los denominados «votos depósito», es decir, las preferencias que dejan ahí temporalmente quienes todavía no tienen claro a qué candidato van a votar.

Entonces, el día de la elección, el 13 de marzo, después de que pasáramos la mañana en la Capilla Sixtina para las votaciones, tuve tres señales muy claras.

Tengo que empezar diciendo que los días del cónclave, para no tener contacto con el mundo exterior, dormíamos todos en la Domus Sanctae Marthae (la Residencia de Santa Marta). Al volver allí para almorzar, antes de ir a comer, subí al quinto piso, donde se alojaba el cardenal Jaime Ortega y Alamino, arzobispo de La Habana, que me había pedido una copia del discurso que había dado durante las congregaciones generales. Le llevé la transcripción, disculpándome porque estaba escrito a mano e informándole de que no tenía fotocopias. Y él me dijo: «Ah, ¡qué bien! Me llevo a casa un recuerdo del nuevo papa…». Esta fue la primera señal, pero todavía no lo entendí.

Cogí el ascensor para regresar a mi planta, la segunda, pero se detuvo en la cuarta, y entró el cardenal Francisco Errázuriz, arzobispo emérito de Santiago de Chile, al que conocía de cuando

estuve en Aparecida.

—¿Has preparado el discurso? —me dijo.

—¿Qué discurso? —pregunté con curiosidad.

—El de hoy, el que tendrás que dar cuando te asomes al balcón central de la basílica… —Fue su respuesta.

Y esa fue la segunda señal, aunque tampoco en este caso lo entendí.

Después de bajar a comer, volví a la sala con el cardenal Leonardo Sandri. Algunos cardenales europeos que estaban ya dentro me dijeron: «Venga, eminencia, venga aquí y háblenos un poco de Iberoamérica…».

Sin darle demasiada importancia, acepté su invitación, aunque me hicieron un auténtico interrogatorio, con un montón de preguntas.

Al terminar de almorzar, cuando salía, se me acercó el cardenal Santos Abril y Castelló, al que había conocido bien cuando fue el nuncio apostólico de Argentina. Me preguntó:

—Eminencia, disculpe la pregunta, pero ¿es verdad que le falta un pulmón?

—No, no es verdad —respondí—, me falta solo el lóbulo superior del pulmón derecho.

—¿Cuándo ocurrió? —insistió él.

—En 1957, cuando tenía veintiún años —le expliqué.

Él se puso serio y, con actitud bastante molesta, afirmó:

—Estas maniobras de última hora…

Y ese fue el preciso instante en que me di cuenta de que los cardenales estaban pensando en mí como sucesor de Benedicto XVI.

Por la tarde volvimos todos al cónclave. Al pasar por delante de la Capilla Sixtina me encontré con el cardenal italiano Gianfranco

Ravasi y nos paramos a hablar porque, en mis estudios, usaba siempre las ediciones de los libros sapienciales editados por él, especialmente el Libro de Job. Nos quedamos fuera debatiendo, acercándonos y alejándonos de la entrada. Después de lo que había pasado en el almuerzo, inconscientemente no quería entrar, ya que me temía que tendría lugar la elección. Tanto es así que en un determinado momento salió un maestro de ceremonias pontificio y nos preguntó: «¿Entráis o no?».

En la primera votación casi salgo elegido, y en ese momento se me acercó el cardenal brasileño Cláudio Hummes y me dijo: «¡No tengas miedo! ¡Lo está haciendo el Espíritu Santo!». Y, finalmente, en la tercera votación de aquella tarde, con el septuagésimo séptimo voto, cuando mi nombre alcanzó los dos tercios de las preferencias, todos dieron un largo aplauso. Mientras el escrutinio continuaba, Hummes se me volvió a acercar, me besó y me dijo aquella frase que se me quedó grabada para siempre en el corazón y en la mente: «No te olvides de los pobres…». Y entonces elegí el nombre que tendría como papa: «Francisco». En honor a san Francisco de Asís. Se lo comuniqué oficialmente al cardenal Giovanni Battista Re. El decano, que era el cardenal Angelo Sodano, y el vicedecano, el cardenal Roger Etchegaray, estaban fuera del cónclave porque tenían más de ochenta años; así que, al ser el primer cardenal obispo elector por orden de antigüedad, Re, como está previsto en la normativa, desempeñaba en la Sixtina la función de decano. Fue él quien me hizo las dos preguntas previstas por el ritual: «¿Aceptas tu elección canónica como sumo pontífice?» y «¿Cómo quieres ser llamado?».

Una vez más, mi vida se veía revolucionada por los planes de Dios. El Señor estaba a mi lado, lo sentía presente, me precedía y me acompañaba en este nuevo cargo al servicio de la Iglesia y de los fieles, decidido por los cardenales que actuaban movidos por el Espíritu Santo.

Cuando llegó el momento de ponerme por primera vez la ropa de pontífice, el entonces maestro de Celebraciones Litúrgicas Pontificias, monseñor Guido Marini, en el interior de la llamada «sala de las lágrimas» me explicó con gran paciencia todo lo que había que hacer y me mostró la cruz pectoral, los zapatos rojos, la sotana blanca en tres

tallas y otros paramentos papales, entre ellos la muceta roja. Le dije: «Le agradezco mucho su trabajo, monseñor, pero le tengo mucho cariño a mis cosas. Llevaré solamente la túnica blanca y me quedaré con mi cruz pectoral de arzobispo y mis zapatos, ¡que son ortopédicos!». Él, con gran generosidad, aceptó mi decisión. Luego les dije a los maestros de ceremonias que, después del Habemus Papam, me gustaría tener a mi lado en el balcón central de la basílica al cardenal Cláudio Hummes y al entonces vicario de la diócesis de Roma, el cardenal Agostino Vallini. Y fui complacido.

No puedo negar que sentí una gran emoción al ver a toda aquella multitud en la plaza de San Pedro esperando a ver al nuevo papa. Había banderas de todo el mundo, oraciones y cantos. A pesar de la lluvia, todas aquellas personas se habían quedado ahí a esperar. El Espíritu soplaba sobre la gente. Era un momento de gracia para toda la Iglesia. ¡Un único coro de oraciones se elevaba al cielo para darle las gracias al Señor!

Me acordé de mis padres, de la abuela Rosa, de mis hermanos; pensé en toda la gente pobre y marginada que había conocido a lo largo de mi vida, y hallé la fuerza necesaria al acordarme precisamente de ellos y al decidirme a ponerlos en el centro de mi servicio. Una Iglesia «pobre para los pobres», una Iglesia «hospital de campaña», una Iglesia «misionera», «en salida», con una curia romana reformada, tal como pide el Colegio Cardenalicio.

Una vez hube saludado al pueblo, hice mi primera llamada al papa emérito. Quería darle las gracias una vez más por su trabajo, le pedí que rezara por mí y le prometí que iría a verlo pronto. Cuando llegó la hora de la cena, llamé también al nuncio apostólico de Argentina, el entonces monseñor Emil Paul Tscherrig, al cual nombré cardenal en el consistorio de septiembre de 2023. Le dije que informara a los obispos y al clero local de que no vinieran a mi misa de inicio de pontificado, el 19 de marzo, y que destinaran el dinero del billete de avión a los pobres.

A la mañana siguiente me puse por segunda vez la toga blanca, pero me costó un poco el alzacuellos. La habitación que había al lado de la mía la seguía ocupando el cardenal Paolo Romeo, arzobispo de Palermo, que como se encontraba en el pasillo, afortunadamente, ¡me echó una mano para ponérmelo! Después de la misa matinal y del desayuno, fui a la

basílica de Santa María la Mayor para rezar ante la imagen de la Salus Populi Romani, a la cual encomendé mi pontificado. Y, ya que estaba fuera del Vaticano, me dirigí también a la residencia de Via della Scrofa para recoger mis últimas cosas ¡y pagar la cuenta que había quedado pendiente!

Luego, por la tarde, después de la misa celebrada en la Sixtina, me llevaron a ver el apartamento pontificio en la tercera planta del Palacio Apostólico, pero me pareció demasiado exagerado para mí. ¡Si me hubiera quedado a vivir en aquel lugar, seguramente habría necesitado un psiquiatra! Para sentirme bien necesito estar entre la gente. Allí habría estado un poco aislado del mundo exterior. Así que la solución ideal fue Santa Marta. En la planta en la que residí durante el cónclave había una habitación un poco más grande que generalmente está reservada al papa al que se acaba de elegir. Me la enseñaron y, cuando estuvo lista, decidí trasladarme ahí. Tiene una salita para los invitados, un dormitorio con baño y un pequeño estudio, con otro baño para los invitados.

He intentado mantener todas mis costumbres de cuando estaba en Buenos Aires, tratando de no revolucionar demasiado mi vida. Por supuesto, una de las cosas que, sobre todo en los primeros años, eché más de menos fue poder salir a la calle, poder ir a la periferia para ayudar a los pobres, poder usar los medios de transporte público para desplazarme, poder ir a comer pizza con mis amigos como hacía en Argentina. Pero, para compensar, he encontrado a mucha gente buena que antes no conocía y por ello le doy gracias todos los días al Señor. Con mis familiares, mi hermana, mis primos y mis amigos de siempre hablo a menudo, bien sea por medio de llamadas de teléfono, cartas o correos electrónicos. No hacemos videollamadas porque no sé utilizarlas, pero seguimos en contacto por los medios tradicionales. Por desgracia, muchos de mis amigos de toda la vida ya no están, aunque me acuerdo siempre de ellos y rezo por ellos.

En cuanto a mi servicio, no me faltan proyectos, y todavía quedan muchas cosas por hacer. En estos años he recibido por parte del Señor el don de vivir momentos de gran alegría. Pienso en las cosas más sencillas (como un encuentro o un apretón de manos), pero también en las más importantes, por ejemplo en todos esos viajes que he hecho alrededor del mundo y en toda la gente que he podido

abrazar, desde América hasta África o Asia.

Pienso siempre en mi primer viaje a Lampedusa, en la provincia de Agrigento, la puerta de Europa, donde arriba quien, a la desesperada, busca un futuro alejado de las guerras y de la carestía. Después de una tragedia en el Mediterráneo ocurrida poco tiempo antes, era necesario, en aquel julio del 2013, aceptar la invitación de aquel párroco de la periferia, don Stefano, y empezar desde ahí un recorrido por la ruta de los emigrantes, que todavía hoy no ha terminado porque queda mucho trabajo que hacer sobre el tema de la emigración.

En lo que respecta a mi país, Argentina, el nuevo presidente Javier Milei me ha invitado a un viaje «en son de paz». La situación allí no es fácil, mucha gente sufre la pobreza y querría llevar mi cercanía. Espero poder ir, me gustaría, aunque para mí ya no sea fácil viajar como hacía antes, sobre todo largas distancias. Ya veremos qué decide el Señor para mí.

Además, pienso en el diálogo y en los avances hechos con nuestros hermanos judíos, con nuestros ortodoxos, con un camino ecuménico y un diálogo fraternal que está dando muchos frutos, y en el edificante diálogo con nuestros hermanos musulmanes.

Pienso en los avances que ha hecho la Iglesia en estos años, una Iglesia activa, que escucha, como solo una madre sabe hacer; una Iglesia sinodal, unida, que se pone al servicio del pueblo de Dios, a pesar de que en su interior haya quien, víctima de la soberbia y del egoísmo, víctima de tentaciones diabólicas, la querría dividida, como si hubiera dos aficiones diferentes.

También pienso en las mujeres, que cada vez encuentran más espacio y atención en el marco de la Iglesia; pienso en los laicos y en los jóvenes, que son un gran tesoro y una gran esperanza para el futuro.

Pero en estos años hemos vivido y vivimos también pruebas muy dolorosas. Pienso en la Tercera Guerra Mundial «por etapas» que desde hace ya demasiado tiempo sacude el mundo, conflictos en varias zonas del planeta que están destruyendo la humanidad y la hermandad entre los pueblos, con cada vez más hermanos y

hermanas que sufren bajo las bombas. A quien no siente piedad y remordimientos por esta pobre gente que muere le lanzo la enésima llamada: ¡detened las armas! ¡Detened las bombas! ¡Detened la sed de poder! ¡Deteneos, en nombre de Dios! ¡Basta ya, os lo ruego!

También pienso en la explotación, cada vez más insistente, de nuestra casa común: la Tierra. No se puede seguir aplazando la cuestión ambiental, se ha vuelto tan dramática y urgente que había decidido participar personalmente en la Conferencia de Naciones Unidas sobre el clima, COP28, que tuvo lugar en Dubái, en Emiratos Árabes Unidos, entre finales de noviembre y principios de diciembre de 2023. Por desgracia, una infección pulmonar me obligó a quedarme en casa, los médicos me desaconsejaron hacer ese viaje para no sufrir los cambios bruscos de temperatura típicos de ese país y agravar la situación. Que quede claro que con mi buena dosis de inconsciencia yo habría ido, a pesar del malestar, para incitar a los líderes mundiales a cambiar de rumbo. Y hay que cambiar de rumbo, porque si no será el fin y los sacrificios llevados a cabo durante muchos años habrán sido en vano. Al final, seguí el consejo de los médicos y confié mi discurso al cardenal Pietro Parolin, el secretario de Estado, que lo pronunció el 2 de diciembre. Lo que estamos haciendo a la creación, como dije en aquella ocasión, es una grave ofensa a Dios. Y quiero añadir que es una gravísima traición hacia los más débiles, que pagarán las consecuencias más que el resto. Pensemos, por ejemplo, en los prófugos climáticos que huyen de sus tierras devastadas por la sequía y en las poblaciones pobres que sufren devastadoras inundaciones, tempestades y demás fenómenos meteorológicos. No podemos seguir sin escuchar el grito del planeta. Ya no queda tiempo, estamos jugando con el futuro de los jóvenes, con el futuro de la humanidad misma.

Y, finalmente, pienso también en esos trágicos años en los que vivimos la pandemia, un momento que nos hizo comprender lo frágil que es el mundo y la necesidad que tiene la humanidad de parar y mirarse en el espejo para replantearse a sí misma.

XIII

La pandemia de Covid-19

El centro de Roma está sumido en la soledad. Reina un silencio espectral (no se oye nada de alboroto junto al Coliseo, nadie aporrea la guitarra delante del Panteón, las callejuelas de Trastévere se hallan desiertas, las persianas metálicas de los restaurantes están echadas a pesar de ser domingo). Los músicos callejeros, con sus acordeones, se han desvanecido, así como los vendedores ambulantes de los alrededores del Vaticano. La plaza de San Pedro, normalmente abarrotada de miles y miles de fieles que esperan el ángelus del papa, a mediodía está vacía por completo. Francisco no se ha asomado a la ventana. El pontífice ha rezado la oración mariana a puerta cerrada, grabado por las cámaras colocadas en el interior de la biblioteca privada del Palacio Apostólico, para poder ser seguido por televisión, radio o Internet.

Los últimos turistas, que generalmente hacían cola para entrar en la basílica o para visitar los Museos Vaticanos, han conseguido escapar antes de que el contagio pueda afectarlos, y ahora ya solo se siente la presencia de gaviotas, que revuelven lo que encuentran en algún contenedor de basura lleno a rebosar. Los únicos ciudadanos que se ven por Roma están en los hospitales, en las farmacias o en las colas que se forman delante de los supermercados, donde se entra por turnos y se coge lo indispensable esperando que los estantes sigan llenos para sobrevivir: harina, leche, pasta, levadura, agua, aceite.

En aquella primera tarde del 15 de marzo de 2020, las radios de los aficionados no están sintonizadas en los partidos de fútbol. Los estadios están cerrados, el campeonato se ha suspendido. En antena solo dan música y noticiarios que hacen recuento de los muertos: más de mil cuatrocientos en Italia, ha dicho el boletín del día anterior difundido a las 18:00 h por Protección Civil, con más de veinte mil contagiados en total desde el inicio de la pandemia. Los cuidados intensivos, sobre todo en el norte, están al borde del colapso; las residencias de ancianos parecen polvorines a punto de estallar. Italia está viviendo la pesadilla de la pandemia de COVID-19, cuya causa es el coronavirus llegado de China que se está expandiendo como la pólvora por todo el mundo, desde los Estados Unidos a Nueva Zelanda.

Unos días antes —el 9 de marzo— el Gobierno italiano ha decretado el confinamiento por medio de un anuncio del presidente. Nadie podrá abandonar su vivienda si no es por razones serias; la mayoría de las

actividades comerciales deberán permanecer cerradas para evitar concentraciones, lo mismo que los colegios, las iglesias, los gimnasios, los museos, los cines y los teatros. La consigna es «Quédate en casa». Esta es la fórmula que los coches de policía difunden a través de megáfonos que reproducen una cinta grabada, según van recorriendo las calles de las metrópolis.

Hace semanas que el papa sigue con atención la evolución de la pandemia en todo el mundo, leyendo los informes redactados por la Organización Mundial de la Salud que le entregan casi todos los días. Reza por las víctimas y por sus familiares, por quienes han visto afectada su vida, por quienes han perdido el trabajo, por los ancianos que se han quedado solos. Pero también cree que tiene que hacer algo para detener a ese enemigo pequeño e invisible.

Así, esa fría tarde de domingo, inmerso en el silencio de una Roma que parece dormida, el hombre vestido de blanco, después de un rápido trayecto en coche, decide ir a pie por las calles de la capital desierta. A su alrededor, a distancia y con discreción, solo ve a los hombres de la Gendarmería Vaticana. El papa Francisco ha salido por sorpresa del Vaticano, pasadas las cuatro, para realizar una peregrinación en dos etapas, a la basílica de Santa María la Mayor y a la iglesia de San Marcello al Corso. En la primera se conserva el icono de la Salus Populi Romani, al cual Francisco ha encomendado su pontificado. En la segunda, en cambio, el crucifijo milagroso, la obra de madera que se remonta al siglo XIV y que permaneció intacta después de un incendio nocturno que destruyó la iglesia en mayo de 1519. Tres años después, en el verano de 1522, cuando Roma fue azotada por la peste, el gran crucifijo fue llevado en procesión a hombros por todos los barrios de la capital hasta la plaza de San Pedro. Los devotos repitieron el ritual dieciséis días consecutivos, casi hasta finales de agosto de aquel año, cuando la epidemia cesó.

Estuve dándole vueltas mucho tiempo, preguntándome qué podía hacer, y, frente a la situación dramática que Italia y el mundo entero estaban atravesando, me decidí: fui a buscar a Jesús crucificado y a la Virgen protectora del pueblo romano. A ella voy a verla siempre antes y después de cada viaje apostólico y en alguna otra situación particular.

Avisé por adelantado a la gendarmería de que esa tarde saldría para un asunto importante y así, después de llegar en coche más o menos a la altura de la plaza Venecia, caminé unos metros a pie por Via del Corso, en dirección a la iglesia de San Marcello, donde está custodiado el crucifijo milagroso del que tanto me habían hablado. Era increíble. Me encontraba en el corazón de Roma, un domingo por la tarde a las cuatro y media, y estaba completamente inmerso en el silencio. Alrededor no había nadie: ningún taxi, ningún autobús de turistas, ni siquiera un viandante. Era un escenario tan irreal como dramático, y yo pensaba en la gente obligada a permanecer encerrada en casa para evitar el contagio. En el pasado, siendo cardenal, había caminado tanto por aquellas calles romanas; incluso siendo papa, de vez en cuando, he estado en el centro para ir a la óptica o a cualquier otro negocio. En todos los casos, el tráfico, así como los turistas o los romanos, siempre se han hecho notar a cualquier hora del día. Quizá también por eso, aquel domingo por la tarde me quedé particularmente impresionado por el silencio o por la desolación que envolvían toda la ciudad.

A lo largo de aquel trayecto a pie recé mucho al Señor, pensando en las víctimas del virus, pero también en todo el personal sanitario y en los voluntarios; recé por los curas y por las monjas que morían contagiados en planta; recé por los gobernantes, para que pudieran encontrar pronto una solución. Al entrar en la iglesia —llevaba flores para depositarlas a los pies del crucifijo, protegido en una vitrina—, me acogió un grupo de diez hermanos y me quedé unos minutos en silencio ante el Cristo en la cruz. Le hablé con el corazón, con esa naturalidad que hay entre hermanos y entre amigos. Le imploré que pusiera fin a la pandemia y le pedí que se acordara de todos y cada uno de nosotros, y que no nos abandonara durante aquella prueba tan dura para la humanidad.

Esa misma mañana, antes del ángelus —que, por desgracia, había rezado a puerta cerrada—, quise darles las gracias a todos los sacerdotes por su fervor apostólico y por su creatividad, porque, sobre todo en el norte de Italia, en Lombardía, aquellos días los curas encontraban mil formas de acercarse al pueblo, para que este no se sintiera abandonado.

A este respecto, uno de aquellos días me llamó por teléfono un gran

obispo, un italiano que estaba viviendo un momento muy difícil por el número de ingresos y de casos de COVID-19 presentes en su diócesis. Me contó con tristeza que durante la semana, incluidos los domingos, iba por todos los hospitales para bendecir y dar la absolución a los enfermos, pero que lo hacía desde la sala de espera porque, debido al riesgo de contagio, no le permitían acceder a las áreas de cuidados intensivos. Por eso lo criticaron algunos eruditos canonistas que decían que la absolución solo se puede administrar con contacto físico directo. Entonces, aquel obispo me preguntó: «¿Qué puedo hacer?». Yo le respondí, simplemente, que cumpliera con su deber de cura y que actuara como lo habría querido el Señor. Me dio las gracias y, más adelante, me dijeron que había seguido dando absoluciones.

Estos son ejemplos de gran misericordia, de amor hacia el pueblo, de curas que no se acobardan, como don Abbondio en Los novios, sino que anteponen a las personas, incluso arriesgando su propia vida. Hablando de la obra maestra de Manzoni, me estoy acordando también del personaje del cardenal Federico Borromeo, que definí como un héroe de la peste de Milán. En su De pestilentia, que Manzoni utilizó como fuente histórica para la redacción de su novela, el purpurado escribe que se movía por la ciudad golpeada por la epidemia dentro de un palanquín, protegido por cristales, y que saludaba desde detrás del ventanuco sin acercarse a nadie. Según parece, esto de estar detrás de un cristal no le gustó mucho al pueblo, que buscaba la proximidad y el consuelo de su pastor. En cambio, durante el COVID-19 muchos curas estuvieron cerca de sus parroquianos, pero me vienen a la mente también los enfermeros y los médicos que todos los días descuidaron a sus propias familias para estar junto a los enfermos.

También a mí me habría gustado poner de mi parte con algún gesto aún más concreto. ¡Cuánto me habría gustado visitar los hospitales para dar consuelo a aquellos enfermos que estaban solos! ¡Cuánto me habría gustado visitar las residencias y haber escuchado las historias de los ancianos que estaban viviendo aislados durante meses! Cuánto me habría gustado rezar el rosario con toda aquella gente atrapada en casa durante meses, sin poder salir. Sin embargo, las restricciones sanitarias me obligaron a permanecer en casa, enjaulado, y a cambiar forzosamente mis costumbres, y no puedo negar que sufrí mucho por ello. Por fortuna, permanecí en contacto

con todo el mundo por las redes sociales. Hicimos muchas reuniones a través del ordenador, celebré la misa en la capilla de la Residencia de Santa Marta y pedí que fuera retransmitida en televisión y por internet, para que todo el mundo pudiera unirse en oración.

El periodo de soledad provocado por el confinamiento me ayudó también a no caer en la tentación del egoísmo, pues pude rezar más y pensar más en la gente. Además, también reflexioné mucho sobre cómo afrontar mi papel de obispo de Roma cuando hubiera pasado la crisis.

Durante aquellos meses salí adelante con una certeza: después de aquella prueba todos seríamos mejores o peores. Para ser mejores, el único camino sería hacer una revisión de todo, analizar las situaciones más dramáticas y tomar conciencia de las mismas con realismo. En verdad, las crisis solo se pueden afrontar siendo realistas. Pensemos, por ejemplo, en el hecho de que durante el COVID todo se detuvo y, a nivel medioambiental, fue como si el planeta hubiera vuelto a respirar. Qué contrasentido, ¿verdad? Hay un refrán español que dice: «Dios perdona siempre; nosotros, los hombres, alguna vez, y la naturaleza, nunca». Y es justo lo que ha pasado. Centrados en otros temas, no hemos prestado atención a las catástrofes que suceden y que estallan de repente sin que nos demos cuenta. No olvidemos que todo está interconectado y que nuestra salud depende de la de los ecosistemas creados por Dios. Tanto el coronavirus como el deshielo de los glaciares o los grandes incendios que devastan hectáreas y hectáreas de vegetación pueden ser una reacción de la naturaleza a la desidia y a la explotación llevada a cabo por nosotros, los humanos.

Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que hasta ahora ha prevalecido un estilo de vida que destruye sin piedad el medio ambiente. Ha faltado la contemplación, y se ha cedido a un antropocentrismo supremo que ha llevado al hombre a sentirse el dominador absoluto de todas las criaturas. Sin embargo, nuestro deber, así como el de las generaciones que vendrán después de nosotros, es el de custodiar nuestro hogar común, reconstruir lo que hemos destruido y corregir lo que, antes del COVID-19, no funcionaba y contribuyó a agravar la crisis.

Me gusta ver lo comprometidos que están los jóvenes, sobre todo los niños y las niñas de los colegios, con la lucha por la protección del medio ambiente, hasta el punto de que protestan contra las decisiones de los Gobiernos que no actúan lo suficiente contra el cambio climático. El tiempo está a punto de agotarse, no nos queda demasiado para salvar el planeta, y, cuando pienso en esos chavales que salen a la calle, siempre digo: «Haciendo lío», pero a condición de que las manifestaciones de protesta no desemboquen en actos violentos ni terminen con que se pintarrajean las calles o las obras de arte. En esta crisis estamos todos involucrados, tanto los ricos como los pobres. Por desgracia debo afirmar que durante la pandemia, en algunos casos, prevaleció la hipocresía de ciertos personajes públicos que, por un lado, decían que querían hacer frente a la crisis, que querían combatir el hambre en el mundo, y, por otro, gastaban dinero a mansalva en el suministro de armas. Hay que ser coherente. Hace falta un renacimiento que pueda traer un soplo de confianza a los ciudadanos.

Quiero añadir que también hay que rezar más. Se reza demasiado poco en esta sociedad líquida, arrastrada por la inmediatez de los acontecimientos, que ya no permiten pararse un segundo a pensar. Se reza poco en familia. Las oraciones de la noche en lengua materna, o en dialecto materno, las que nos enseñaron nuestras abuelas, acaban siempre en el olvido, y hay mucha gente que se ha alejado de la fe pensando que la pandemia era un castigo divino. ¡Y no es así! ¡El Señor ama al ser humano, el Señor es el Señor de la vida, y no de la muerte! También por ese motivo, en la etapa más difícil del confinamiento, quise encabezar un momento extraordinario de oración en la plaza de San Pedro, que involucrara a todo el mundo.

—Santidad, cuando quiera, nosotros estamos listos.

El papa Francisco asiente con la cabeza.

—Sí, ya voy… —responde.

El que acaba de entrar en la habitación después de haber llamado rápidamente a la puerta es uno de sus ayudantes de cámara. Ha

acudido a avisarlo de que ya casi es la hora. En su estudio de la Residencia de Santa Marta, el pontífice de ochenta y tres años, con una lucecita encendida en el escritorio, está inmerso en la lectura del Evangelio y haciendo algún cambio en el texto de la meditación que va a pronunciar en breve. Ha trabajado mucho, ha estado buscando las palabras adecuadas que consigan transmitir su estado de ánimo y que al mismo tiempo infundan confianza en aquel que las escuche. A la entrada del edificio lo esperan con un paraguas abierto; ya han encendido el motor del coche que, pasando por el Arco de las Campanas, lo llevará a la base del abanico del atrio de la plaza de San Pedro. Las enormes esculturas de los apóstoles Pedro y Pablo, acostumbrados a velar por los peregrinos que llegan de todo el planeta, se encuentran envueltas en un silencio irreal.

La plaza está desolada, carente de su habitual fervor, y alrededor se respira un ambiente de miedo mezclado con desconsuelo. La lluvia torrencial vuelve el momento aún más dramático. Es un insistente temporal que, a pesar de ser primavera, cubre la ciudad y con sus rayos ilumina el cielo oscuro de finales de marzo. De fondo se escuchan solo las sirenas de las ambulancias que todos los días hacen ida y vuelta entre los hospitales y las casas de quienes han sido atacados por la letal infección pulmonar. El número de muertos aumenta día a día. En Italia hay casi noventa mil contagiados. La gente se aferra a lo que puede, a cualquier solución que se le ofrezca, por mínima que sea. En todo el mundo se lloran las víctimas, parece no haber salida, una solución que pueda acabar con este enemigo invisible que se ha expandido de punta a punta del globo, y que ha obligado a las naciones a cerrar las puertas a las relaciones sociales. Pero sigue habiendo una luz de esperanza: la de la fe, la de quien reza a Dios para que ponga fin a este suplicio.

El coche que lleva al papa ha llegado a la plaza, y Francisco ha bajado para dirigirse al atrio. Son los pasos lentos y solitarios del pastor que carga a sus espaldas con las esperanzas y las penas del mundo, los pasos del hombre Jorge Mario Bergoglio, que mira arriba; en el atrio, hay dos inmensos símbolos de esperanza: el crucifijo milagroso de San Marcello al Corso y el icono de la Salus Populi Romani. Ha querido tenerlos ahí, a su lado, para la statio orbis del 27 de marzo de 2020, para ese momento único de unión espiritual, de comunión colectiva, a pesar de la distancia física.

Francisco se concentra para la oración. A su lado el maestro de ceremonias litúrgicas pontificias lo asiste y lee un pasaje del Evangelio. Luego el papa comienza la lectura de su meditación con voz calma y tranquilizadora: sus palabras resuenan en la plaza desierta, pero llegan al corazón de miles de millones de personas. Su discurso se propaga en el silencio mientras quien está en casa se une espiritualmente a él, seguro de no estar ya solo en el arduo camino, seguro de que la presencia del pastor, ahí, en la plaza bajo la lluvia, lo acompañará a lo largo de la tormenta. Francisco mira a lo lejos, hacia la ciudad silenciosa. Sus ojos están vidriosos. Luego dirige la mirada a la derecha, donde se yergue el monumento a los inmigrantes de distintas épocas históricas, hombres y mujeres hacinados en una barquichuela.

«Desde hace algunas semanas», dice Francisco, leyendo el discurso, «parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: "perecemos", también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos».

En aquel momento, la fe y la esperanza eran más fuertes que cualquier virus. El mundo era presa de la oscuridad, así que pensé que hacía falta un momento de oración que nos uniera a todos para alimentar la llama de la esperanza que iluminaría el camino del mundo. La idea de esta oración extraordinaria en la plaza nació de un cura, don Marco Pozza, el capellán de una cárcel del norte de Italia, que me propuso una statio orbis, es decir, un gesto fuerte que pudiera unir a la gente de todo el planeta en un único coro hacia el cielo. Fue algo extraordinario, porque nunca me había encontrado en semejante situación en la plaza de San Pedro, generalmente abarrotada de fieles.

Muchos se han preguntado en qué iba pensando mientras me dirigía hacia el atrio: en nada extraordinario; pensaba en la soledad de la gente. Estaba solo y como yo mucha gente en el mundo vivía mi misma situación, pero en condiciones seguramente más difíciles. Mientras caminaba, notaba un pensamiento que definiría como inclusivo, porque mi corazón y mi mente estaban con cada ser humano. Me sentía totalmente con vosotros.

Es cierto que en la plaza estaba solo, pero tan solo desde un punto de vista físico, porque espiritualmente estaba en contacto con todos, y sentía esta cercanía en la fuerza de la oración (la oración que obra milagros). ¡Por eso pedí que estuvieran también el crucifijo milagroso y la Salus Populi Romani! Me detuve a rezar delante del Cristo en la cruz y le pedí que interviniera en la pandemia. Empleé una expresión lingüística que utilizamos mucho en Argentina: «Meté mano, por favor». Y añadí: «Ya en 1500 resolviste una situación como esta; sabés qué hacer…». También yo me aferré a la oración, en busca de un milagro, e hice lo mismo frente al icono de la Virgen, confiándole el mundo y pidiéndole que fuera la madre, no solo del pueblo romano, sino de todo el planeta. Luego observé desde lo alto del atrio la plaza completamente vacía. Reinaba el silencio, solo se oían las sirenas y la lluvia que caía con fuerza. Pensé que, a pesar de la ausencia de gente, estábamos juntos incluso en la distancia. Luego miré a lo lejos el monumento con la barca de los inmigrantes y pensé en la barca en la que estábamos, todos asustados y sin saber cuántos llegarían al final del viaje.

Era un momento fuerte. La tristeza podría haber tomado fácilmente el control; pero hallé una luz de esperanza cuando al final, antes de la adoración eucarística, besé los pies del crucifijo. En verdad, Cristo es la redención para la humanidad.

El momento más significativo fue cuando sostuve en mis manos el Santísimo Sacramento para la bendición urbi et orbi. Confié mi diócesis de Roma y el mundo al Señor, y le imploré que pusiera fin a aquella tragedia. En la oración recordé sobre todo a los familiares de las víctimas y a los que trabajaban en primera línea; pero también a las familias que sentían el peso de la crisis desatada por las restricciones; a las personas con discapacidades severas; a los que vivían en los suburbios y parecían haber sido olvidados por el mundo; a los que vivían en la calle, expuestos al virus sin posibilidad de protegerse; a los niños y

las niñas, que no podían salir de casa; a la gente que no tenía familiares, o a los que los tenían lejos, que no podían ver a nadie; a los migrantes y a las personas sin papeles en general, a los presos de las cárceles… Pero también a todas aquellas personas que no pudieron despedir a sus seres queridos con la celebración de un funeral.

Este escenario tan insoportable empezó a cambiar cuando llegaron las primeras vacunas. Decidir vacunarse es siempre una decisión ética, aunque sé que mucha gente, unida en movimientos, se opuso a la suministración de este fármaco, y lo lamenté mucho, porque en mi opinión oponerse al antídoto fue un acto de negacionismo casi suicida.

También entre algunos obispos hubo algunos negacionistas de la vacuna. Alguno de ellos estuvo a punto de morir por rechazar el tratamiento. Creo que cundió un pánico general porque alguien había explicado con superficialidad el funcionamiento de los antídotos, hablando solo de virus inyectados en el cuerpo; también había quien decía que en los viales había solo agua; y también quien habló públicamente de microchips que eran implantados, y todo esto contribuyó a crear confusión y miedo. Cuando llegó la primera dosis al Vaticano, me apunté inmediatamente y luego me puse también las siguientes dosis y, gracias a Dios, no me contagié.

Pero en aquella época sufrí porque ya no podía darles la mano a los fieles, no podía acariciar la cara de los niños ni la de los ancianos, ni abrazar a quien pedía un gesto de cercanía. Y también sufrí porque tuve que anular o posponer un montón de proyectos o viajes que estaban programados. Había mucha gente —sobre todo pobres — que llamaba insistentemente para pedirme la vacuna, así que, de acuerdo con el capellán, el cardenal Konrad Krajewski, organizamos la vacunación de los sintecho que no contaban con papeles de residencia con los que presentarse en los centros de vacunación. ¡Hubo una gran oleada de voluntariado, no solo en Roma, sino en el mundo entero!

Pero he de admitir que, mientras que al principio nos sentíamos todos en la misma barca, todos hermanos, al poco prevaleció la tentación del sálvese quien pueda, y esto hizo que se apartara la atención de los casos más graves para concentrarse en uno mismo, en el propio yo, dejando en segundo lugar el nosotros, el espíritu de

comunidad. Pensemos, por ejemplo, en la atención a los pobres que buscaban ayuda para vacunarse o para tratarse el contagio: era como si sus voces hubieran sido silenciadas. Es cierto que sus historias y sus rostros conmovían, pero en aquellos momentos de restricciones —que para algunos se convirtieron en fobia al contacto físico— la presencia de una persona pobre, sintecho o necesitada molestaba o generaba más marginación. Afortunadamente, hubo muchos buenos samaritanos, buenos cristianos que se ocuparon también de los más vulnerables, durante el confinamiento y todo el tiempo que duró la pandemia. Dios intervino para que, a pesar de la crisis, estas personas dejaran la puerta abierta, sin ceder a la rabia ni al miedo.

Y así, poco a poco, nos levantamos, el mundo volvió a recuperar la confianza y también nosotros, en el Vaticano, pudimos retomar todas las actividades, desde las audiencias a las celebraciones presenciales, con la basílica nuevamente abarrotada de gente. Volví a viajar y a reunirme con mis amigos y con los fieles; sin embargo, en los meses y en los años sucesivos sufrí también la experiencia de la enfermedad, con ingresos en el hospital, aunque no por culpa del coronavirus.

También esta fue una experiencia fuerte, porque en los cristianos la enfermedad puede favorecer el crecimiento y el discernimiento de lo que es realmente importante en la vida. Y además permite experimentar plenamente la solidaridad humana y cristiana siguiendo el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. En los ingresos hospitalarios me encontré con un montón de enfermos que luchaban por la vida, sobre todo niños, y esto me llegaba al corazón. Muchas veces me pregunté, citando a Dostoievski: «¿Por qué sufren los niños?». Es una pregunta que no puede tener una respuesta humana. Las mejores respuestas que podemos dar son solo las oraciones y el servicio que les demos.

Hablando de los niños, en el Vaticano seguimos sufriendo muchísimo por la desaparición, ocurrida hace más de cuarenta años, de nuestra ciudadana Emanuela Orlandi, que en aquel entonces tenía quince años. Sigo rezando por ella y por sus familiares, especialmente por la madre. Hay una investigación abierta en el Vaticano para poder arrojar luz sobre esta historia y

que emerja la verdad. Y hablando de Emanuela, quiero que todas las familias que lloran por la desaparición de un ser querido sientan mi cercanía. Estoy junto a ellos.

Volviendo a mis estancias en el hospital, me hicieron reflexionar mucho. Al mismo tiempo, había quien estaba más interesado en la política, en hacer campaña electoral, casi pensando en un nuevo cónclave. ¡Tranquilos, es humano; no hay por qué escandalizarse! Cuando el papa está en el hospital, pasan muchas cosas por la cabeza y hay también quien especula en su propio beneficio y para ganar dinero en los periódicos. Por suerte, a pesar de los momentos difíciles, nunca he pensado en renunciar al papado, aunque hablaré de ello en breve.

Gracias a la ayuda del Señor y a la oración de muchos fieles tiré adelante, aunque no tardé en encontrarme con otras emergencias humanitarias, otra crisis mundial: la guerra que ha sacudido Europa, el gran conflicto que ha ensangrentado Ucrania. Y después, a partir de octubre de 2023, un nuevo conflicto que ha sacudido Oriente Medio. He pedido y sigo pidiendo, día tras día, que se ponga fin a las guerras que hay en el mundo, que prevalezca el diálogo, que se preste atención y cuidado a todos esos niños y a todos esos ancianos que sufren, que se piense en las familias que sufren por el secuestro de sus seres queridos. También yo he perdido algún amigo en los bombardeos de Gaza, ¡y he sentido un inmenso dolor! Personas que conocía desde hacía años y que, de repente, han encontrado la muerte de mano del hombre. Y también he sentido una gran tristeza al oír diariamente el cómputo de las víctimas y las noticias de los ataques a los hospitales. Para hacer sentir mi presencia, me he mantenido siempre en contacto con el párroco de Gaza, que es de origen argentino, y con algunas monjas que desde hace años trabajan con la población. Igualmente me he reunido en el Vaticano, en dos ocasiones distintas, con familiares de algunos rehenes israelíes y con familiares de palestinos retenidos en Gaza bajo las bombas. ¡Y puedo aseguraros que no hay diferencia entre ellos! Sus miradas eran las mismas: gente sencilla, necesitada de amor. No había deseo de venganza en esos ojos, lo único que había era el deseo de encontrar el silencio de la paz y una convivencia serena, sin amenazas y sin armas. Solo de este modo podrá haber un futuro para esta humanidad herida.

XIV

Una historia aún por escribir

La guardia suiza lleva horas ahí de pie, delante del pequeño apartamento, en el pasillo, no lejos del ascensor del segundo piso de la Residencia de Santa Marta. De fondo se oye el zumbido de un ventilador, hay quien habla bajito para no molestar, y quien entra y sale de la habitación del papa tratando de caminar lo más silenciosamente posible. El joven, de más de metro noventa, de unos veinte años, mira quién entra y quién sale, hace el saludo militar, sonríe cuando le hacen una broma. El uniforme, de estilo renacentista, parece sacado de un cuadro de Rafael Sanzio, aunque, según cuenta la leyenda, el que lo diseñó fue Miguel Ángel Buonarroti. Pero esta no es más que una historia fantasiosa. En realidad, fue el comandante Jules Repond, inspirado en los frescos de Rafael, el que lo ideó a principios del siglo XX, cuando en el mundo nadie se imaginaba que ese siglo se vería sacudido por dos guerras mundiales y por tantos otros acontecimientos que han quedado grabados en la memoria colectiva.

—¿Sigues vivo?

El papa Francisco ha salido al pasillo para dirigirse a la habitación donde guarda los libros y las publicaciones en diferentes idiomas que les regala a los invitados que recibe en sus audiencias. Tiene que buscar un volumen que contiene sus discursos sobre Europa, ya que su intención es dárselo a la persona que está a punto de llegar. Será la sexta vez, desde la mañana, que el papa argentino de ochenta y siete años se cruza con el guardia que está apostado delante de su habitación, y son las tres y cuarto de una fría tarde de invierno. Es una broma cariñosa que deja al joven descolocado, a pesar de provocarle una sonrisa.

—Eh…, sí, Santidad, ¡por supuesto que sigo vivo! —responde el suizo haciendo el saludo militar e infringiendo ese histórico silencio que, desde hace siglos, distingue al cuerpo pontificio.

—¿Has comido algo desde esta mañana? —pregunta el papa.

Y el alabardero vuelve a sonreír y da las gracias con una inclinación de cabeza.

Antes de entrar en la habitación de los libros, el papa mete una notita debajo de la talla del san José durmiente, comprueba el buzón de

entrada y deja algunas hojas en el de salida. También coge un puñado de bombones rellenos que le han llevado unos obispos brasileños, dulces típicos del Amazonas, le han dicho. Se los dará a probar a su invitado, que mientras tanto ya ha llegado al recibidor de la residencia. La planta baja es un vaivén silencioso de curas y laicos. Algunos guardias suizos vestidos de paisano, vestidos de negro, junto con los hombres de la Gendarmería Vaticana, vigilan que todo esté en orden. Un suizo, con el auricular en la oreja, acompaña a la persona al salón donde pronto llegará el papa.

—Puede esperar aquí, gracias —dice con voz firme y con un marcado acento alemán.

Entretanto, el padre jesuita, en el segundo piso, está cruzando el umbral de aquel despacho transformado en biblioteca, inmerso en el perfume de las páginas amarillentas y de la tinta de los volúmenes que acaban de llegar de imprenta. Luego se dirige con decisión al estante que alberga numerosas copias del libro que quiere llevar consigo a su cita.

—La persona que estaba esperando ya ha llegado, Santidad —le informa uno de sus ayudantes de cámara.

—Sí, gracias —le responde, mientras guarda el texto en una bolsita que ya contiene otras dos publicaciones, unos rosarios y los bombones brasileños.

Unos segundos más tarde, llega al recibidor por medio del ascensor. El suizo de guardia delante de su apartamento ha pronunciado un código por radio para informar a sus compañeros de servicio de la planta baja de que el pontífice está en marcha, directo hacia esa área del domus. Una vez en destino, Francisco complace a algún invitado de paso que le pide un selfi. Después de llamar rápidamente a la puerta, entra sonriente en la sala donde le espera su invitado. Una enorme imagen de María Desatanudos se alza en la pared.

—¿Cómo estás? Si quieres, quítate la chaqueta, ¡no seas tan formal, eh! —le dice el pontífice saludándolo, y hace que se sienta cómodo al instante.

Luego le indica que se siente en el sillón. Un breve intercambio de bromas, un momento de oración y una charla que toca varios temas,

desde la guerra y el deporte al diálogo interreligioso, pasando por una reflexión sobre cuál puede ser el papel que juegue la Iglesia católica en el futuro a corto plazo y sobre cómo cambiará la sociedad en los próximos años. En ese salón, el poder y la grandeza de esa figura, el líder espiritual del mundo católico, dan paso a la sencillez humana que lo transforma en un cura que escucha a un fiel.

—Santidad, ¿sabe lo que ha escrito una persona? —dice el invitado después de media hora de conversación—, que usted está destruyendo la imagen del papado, porque ha eliminado la distancia con la gente…

Francisco sonríe, se queda callado un segundo, mira hacia arriba y luego cruza la mirada con la de su interlocutor.

Efectivamente, me quedé un segundo en silencio, pensando en el hecho de que, si hubiera hecho caso a todo lo que han dicho o escrito sobre mí, ¡no me habría quedado tiempo para hacer nada y habría necesitado la consulta de un psicólogo una vez por semana! En cualquier caso, había leído esa afirmación en algún lado, «Francisco está destruyendo el papado», y ¿qué puedo decir? Que mi vocación es la sacerdotal. Ante todo, soy cura, soy un pastor, y los pastores tienen que estar con la gente, hablar con ella, dialogar, escuchar, apoyarla y velar por ella.

Hoy día no tiene sentido crear distancia. Jesús no estaba por encima del pueblo, sino que formaba parte del pueblo y caminaba con él. Es verdad que el Vaticano es la última monarquía absoluta de Europa, y que es frecuente que aquí dentro se hagan razonamientos y maniobras de la corte; pero estos esquemas deben abandonarse y superarse. ¡Afortunadamente, la mayoría de los cardenales presentes en las congregaciones generales pidieron una reforma antes del cónclave de 2013! Había un gran deseo de cambiar las cosas, de abandonar determinados comportamientos que, por desgracia, cuesta hacer desaparecer. En realidad, siempre hay quien trata de frenar la reforma, a quien le gustaría permanecer en los tiempos del papa-rey, quien sueña con un gatopardismo que, desde luego, no es bueno para la Iglesia. Hablando del cónclave, algunos medios americanos hicieron circular la noticia de que yo pensaba cambiar las reglas, admitiendo a monjas y laicos en la votación para

la elección del nuevo papa: todo esto son fantasías, invenciones puestas en marcha evidentemente para crear descontento en la Iglesia y desorientación en los fieles.

Pero yo sigo persiguiendo un sueño para el futuro: que la nuestra sea una Iglesia moderada, humilde y servicial, con los atributos de Dios y, por tanto, también sensible, cercana y compasiva. Debemos avanzar con muchas novedades, con muchos proyectos. Pensemos, por ejemplo, en el Jubileo de 2025, que portará consigo una gran bocanada de fe, además de una ocasión para encontrar un clima de esperanza.

Debemos mirar siempre con confianza hacia el horizonte, sobre todo hacia esos países y esos continentes donde afloran las vocaciones y donde hay sed del Señor, lugares donde hay sed de cercanía y de escucha, y donde se busca en la Iglesia un oasis en el que saciarse. En este sentido, hay quien ha hipotetizado con que podría haber una vuelta a la Iglesia de los orígenes, la de las primeras comunidades cristianas, aunque esto es solo una imagen romántica. Debemos mirar al futuro simplificando las cosas, tratando de superar el clericalismo, la actitud de superioridad moral y de distancia frente a los fieles, ¡que se ha vuelto una enfermedad, una plaga! La Iglesia está llena de santos, pero en algunos casos se ha convertido en una Iglesia viciada, precisamente porque el clericalismo es algo viciado.

Si pienso en la Iglesia del futuro, me viene a la mente la teoría de Joseph Ratzinger, que hablaba de una Iglesia que avanzará, pero de otra manera: será una institución más pequeña, más singular. Era 1969 y, a lo largo de un ciclo de conferencias radiofónicas, el teólogo bávaro trazaba su propia visión del futuro, diciendo que la que se esperaba era una Iglesia que arrancaría de una minoría, con pocos fieles, que volviera a poner la fe en el centro de la experiencia; una Iglesia más espiritual, más pobre, que se convirtiera en una casa para los indigentes, para aquellos que no han perdido de vista a Dios. De hecho, Ratzinger, en aquellos años de disputa teológica después de la clausura del Concilio Vaticano II, hablaba de un momento crucial para el ser humano, de un momento histórico, comparado con el cual, el paso de la Edad Media a la Edad Moderna parecería casi insignificante. Y, en ese

contexto, se vislumbraba un intento de transformar a los curas en una especie de funcionarios, de asistentes sociales, con una relevancia exclusivamente política y no espiritual. También por eso debemos combatir la plaga del clericalismo. ¡Es una perversión que puede destruir a la Iglesia porque, en lugar de apoyar a los laicos, los destruye, ejerciendo poder sobre ellos!

No es casualidad que don Primo Mazzolari escribiera un texto en el que advertía de esos curas que, en lugar de apoyar y calentar los corazones de sus hermanos, asfixian los signos de vida. Pero también puede pasar que el virus del clericalismo contagie a los laicos. Esto es terrible, porque son personas que piden ser clericalizadas, permaneciendo al margen de las decisiones por no tener responsabilidad. Es lo opuesto a la sinodalidad, donde el pueblo de Dios participa activamente en el camino de la Iglesia y contribuye al mismo.

En este contexto, me imagino una Iglesia madre que abrace y acoja a todo el mundo, incluso a quien se siente desconcertado o a quien en el pasado ha sido juzgado por nosotros. Pienso, por ejemplo, en las personas homosexuales y transexuales que buscan al Señor y que, a pesar de ello, son rechazadas o expulsadas. Son muchos los que han hablado sobre Fiducia supplicans, la declaración del Dicasterio en relación con la doctrina de la fe sobre las bendiciones a las parejas irregulares. Solamente diré que Dios ama a todos, sobre todo a los pecadores. Y si hay hermanos obispos que deciden no seguir este camino, no significa que sea la antecámara de un cisma, ya que la doctrina de la Iglesia no se discute. También durante el sínodo sobre la sinodalidad se pidió más atención y acogida para los miembros de esta comunidad y para sus padres. Esto no quiere decir que la Iglesia esté a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo. Nosotros no tenemos ninguna capacidad para cambiar los sacramentos que instauró el Señor. El matrimonio es uno de los siete sacramentos y solo contempla la unión entre un hombre y una mujer. Eso no se toca.

También cuando era arzobispo de Buenos Aires sostuve y defendí con fervor el valor del matrimonio y todavía a día de hoy quiero subrayar, como hice ya en la exhortación apostólica Amoris laetitia, que, «acerca de los proyectos de equiparación de las uniones entre personas homosexuales con el matrimonio, "no existe ningún fundamento para

asimilar o establecer analogías, ni siquiera remotas, entre las uniones homosexuales y el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia”»; y es inaceptable «que las iglesias locales sufran presiones en esta materia y que los organismos internacionales condicionen la ayuda financiera a los países pobres a la introducción de leyes que instituyan el “matrimonio” entre personas del mismo sexo».

Otra cosa, sin embargo, son las uniones civiles, y en este caso he dicho en más de una ocasión que es justo que estas personas que viven el don del amor puedan tener una cobertura legal, como todo el mundo. Jesús frecuentaba a los marginados y a las personas que vivían al margen de la sociedad, e iba a menudo a su encuentro, y eso es lo que la Iglesia debería hacer hoy con las personas de la comunidad LGTBI+, que a menudo son discriminadas dentro de la Iglesia: debería hacer que se sintieran en casa, sobre todo aquellas que están bautizadas y que, a todos los efectos, forman parte del pueblo de Dios. Y quien no haya sido bautizado y desee serlo, o quien desee ser padrino o madrina, por favor, que se le escuche, haciéndole recorrer un camino de discernimiento personal. Sin embargo, es importante no generar escándalos ni confusión entre los fieles: los obispos y los párrocos serán lo suficientemente sensatos para saber considerar caso por caso. Debemos acompañar a estas hermanas y hermanos en el camino de la fe, como pidió el sínodo sobre la familia, y condenar con fuerza la discriminación y los actos de violencia que son perpetrados hacia estas personas. De hecho, demasiado a menudo han sido víctimas de acoso y de actos de pura crueldad. Y por ello igualmente no pueden y no deben ser puestas de patitas en la calle, sobre todo por parte de la Iglesia, que, por desgracia, en muchas ocasiones, las ha considerado, de forma injusta, manzanas podridas.

Creo que hoy día es fundamental abandonar la rigidez del pasado, alejarse de una Iglesia que señala y condena, como quise escribir en una carta dirigida al prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe el día de su nombramiento. Estos comportamientos han hecho que los fieles se alejen. Por eso es importante custodiar y promover la fe acercándonos al pueblo, desprendernos de los encajes, puntillas y oropeles, y concentrarnos en cambio en el mensaje cristiano de misericordia y cercanía.

Han pasado unas semanas desde aquel encuentro, y la vida en la Residencia de Santa Marta continúa como todos los días, siguiendo los ritmos frenéticos de un lugar de acogida que da alojamiento también a un invitado especial. Es martes por la mañana, el día de la semana en que, generalmente, el papa no tiene compromisos públicos ni audiencias privadas en el Palacio Apostólico. Se ha puesto a trabajar temprano, y ha encendido la cadena para escuchar de fondo un CD de música: una recopilación de los éxitos de Azucena Maizani, la cantante y compositora de tango argentina a quien, en 1970, en Buenos Aires, el entonces padre Bergoglio, su vecino, dio la extremaunción antes de su muerte. El pontífice está en su escritorio, leyendo algunos documentos que su secretario le entregó la tarde anterior. Toma apuntes, señala algunas correcciones y anota pasajes que serán incorporados. El reloj marca las ocho de la mañana, y para las ocho y media espera la visita de un amigo arzobispo con el que tendrá que trabajar en otros textos de naturaleza teológica. Después llegarán también su confesor y otras personas a las que ha dado cita. Lo anota todo en la agenda personal que tiene en el escritorio. Todavía dispone de media hora para revisar los folios en los que está trabajando y hacer alguna llamada.

En el escritorio tiene también su inseparable breviario, otros fascículos y algo de correspondencia. Está la carta que ha llegado de San Donato Milanese, cerca de Milán, de parte de Anna, que, desde que la dejó su marido, se ocupa ella sola de Nicolas, el hijo autista que sueña con hablar con el papa. Está la carta de un niño de Brooklyn, en los Estados Unidos, afectado por una grave enfermedad, que le pide al papa que rece alguna oracioncita por él, y la de un seminarista alemán, Ludwig, que le escribe para pedirle apoyo espiritual, a pocas semanas de que le ordenen sacerdote.

Francisco lee con atención la carta del joven futuro cura y con la mente vuelve a 1969, cuando, próximo también él a su ordenación, escribió en una hoja su personal profesión de fe que tan a menudo saca del cajón para recuperar ese espíritu y renovar su promesa.

Quiero creer en Dios Padre, que me ama como a un hijo, y en Jesús, el Señor, que me infundió su Espíritu en mi vida para hacerme

sonreír y llevarme así al Reino eterno de vida. Creo en la Iglesia. Creo que en la historia, que fue traspasada por la mirada de amor de Dios y en el día de la primavera, 21 de septiembre, me salió al encuentro para invitarme a seguirle. Creo en mi dolor, infecundo por el egoísmo, en el que me refugio. Creo en la mezquindad de mi alma que buscar tragar sin dar…, sin dar. Creo que los demás son buenos y que debo amarlos sin temor y sin traicionarlos nunca buscando una seguridad para mí. Creo en la vida religiosa. Creo que quiero amar mucho. Creo en la muerte cotidiana, quemante, a la que huyo, pero que me sonríe invitándome a aceptarla. Creo en la paciencia de Dios, acogedora, buena, como una noche de verano. Creo que papá está en el cielo, junto al Señor. Creo que el padre Duarte está también allí, intercediendo por mi sacerdocio. Creo en María, mi Madre, que ama y nunca me dejará solo. Y espero en la sorpresa de cada día en que se manifestarán el amor, la fuerza, la traición y el pecado, que me acompañarán siempre hasta ese encuentro definitivo con ese rostro maravilloso que no sé cómo es, que le escapo continuamente, pero quiero conocer y amar. Amén.

Después de guardar esa página ya amarilleada por el tiempo, levanta el auricular del teléfono y marca el número de Anna, la madre milanesa que le ha escrito. Quiere saludar a Nicolas y darle una sorpresa. Luego llama también a la persona a la que vio unas semanas antes y que le preguntó cómo se imaginaba la Iglesia del futuro. Le ha enviado por correo electrónico una decena de páginas para que las revise. Es el informe de esa última audiencia que, con el permiso del papa, se hará pública, como las demás.

«Santidad, ¿hay esperanza para la humanidad?», pregunta el interlocutor después de una breve conversación, antes de finalizar la llamada telefónica.

Y el papa responde, mientras de fondo la melosa voz de la tanguera argentina rellena las pequeñas pausas de silencio.

Aquella pregunta me hizo pensar en la situación que estamos viviendo en esta época y comprendí que en el mundo habrá paz o

habrá muerte, no hay otra salida. En Europa llevamos en guerra desde hace más de cien años, desde 1914, y las fábricas siguen produciendo armas sin parar, incluso ahora que el mundo está conmocionado por una Tercera Guerra Mundial «por partes».

No he hablado hasta ahora en profundidad del conflicto en Ucrania o en Oriente Medio porque, en el momento en el que escribo, hay muchas iniciativas en curso y las cosas están en proceso, pero cada día mis pensamientos se han dirigido y se dirigen a esos pueblos martirizados por los cuales, con el corazón roto frente a la atrocidad, he implorado al Señor el don de la paz. He escrito y dicho mucho sobre esas guerras y ya no me quedan siquiera lágrimas. He visto imágenes, he oído historias, he conocido a testigos de esa tragedia. He llorado por esas niñas y esos niños arrancados de sus familias por las bombas o que se han quedado huérfanos, los huérfanos de la guerra. Cuánto dolor, cuánto sufrimiento. Y ¿para qué? Todo por intereses imperiales y por un cinismo asesino. ¡Es escandaloso!

Para el conflicto de Ucrania, inmediatamente me puse a disposición y desde el inicio de la guerra he repetido que estaba dispuesto a lo que fuera con tal de que se depusieran las armas. Y para el de Oriente Medio lo mismo: he hablado por teléfono con varios líderes internacionales que con sus actuaciones pueden hacer algo diferente y les he recordado a todos lo importante que es la vida humana, ya sea la de los cristianos, los musulmanes o los judíos. Sin distinción. ¿Qué culpa tiene la población? ¿Por qué debe pagar un precio tan alto, hallando incluso la muerte? La Santa Sede ha puesto en marcha toda una serie de iniciativas diplomáticas y humanitarias que esperamos que surtan los efectos deseados. Pero debemos esforzarnos todos, en el mundo, para que pueda prevalecer siempre el diálogo, para que los responsables comprendan que las bombas no resuelven los problemas, sino que crean otros nuevos. Desde el principio, hemos sentido cercana la guerra de Ucrania porque ha estallado en Europa, pero no debemos olvidar que el mundo entero está azotado por conflictos: Yemen, Siria, República Democrática del Congo, Sudán y Sudán del Sur, Etiopía o Myanmar, por citar algunos ejemplos.

En muchos rincones del planeta se sufre hambre, pero,

paradójicamente, en lugar de pensar en solucionar este problema, se sigue comprando nuevo armamento, se siguen desarrollando nuevas tecnologías para continuar la guerra. Hay países que invierten precisamente en este sector y que basan su economía en el comercio mortífero de las armas. Nosotros, como Vaticano, por supuesto, no lo hacemos, pero, al estar también la Santa Sede involucrada históricamente en inversiones financieras, sabemos que las acciones que más beneficio generan son las que tienen que ver con las fábricas de armas y los fármacos abortivos. ¡Es escandaloso! El futuro de la humanidad que Dios ha creado depende de lo que decidamos. O los hombres vuelven a abrazarse, y vuelven a hablar de paz y a sentarse a la mesa de diálogo, o estaremos perdidos de verdad. Yo tengo esperanza en el ser humano, esperanza en que los hombres y las mujeres puedan aprender de sus errores para mejorar y transmitir buenos sentimientos a las generaciones futuras.

Este trabajo de autocrítica tiene que hacerlo también la Iglesia, de modo que podamos adoptar medidas que no hieran a los más débiles y vulnerables. Me viene a la mente la cuestión de los abusos. ¿Cuántas personas han sufrido, y han llegado incluso a suicidarse, por culpa de algún religioso o cura que ha abusado de ellas cuando eran niños? Hay que pensar en las víctimas, escucharlas y acompañarlas, y recordar que les clavó un puñal por la espalda quien debería haberlas protegido y guiado a lo largo del camino marcado por Dios. Una vez más, quiero pedir perdón por los pecados cometidos y por los graves crímenes que la Iglesia cometió con estos hijos e hijas, y pido al Señor que sea misericordioso, porque todo lo ocurrido a estos pequeños inocentes es realmente satánico y no puede encontrar justificación alguna.

Me vienen a la mente los casos descubiertos en los Estados Unidos, en Sudamérica, en Europa del Este, en Irlanda, o incluso en Malta, en España y en Alemania, así como en Italia. La Iglesia debe luchar con todas sus fuerzas contra esta plaga, y pienso que la Comisión Pontificia para la Tutela de los Menores que hemos instituido en el Vaticano, así como despachos creados en varias diócesis del mundo por las conferencias episcopales, pueden de algún modo contribuir haciendo algo importante para combatir estos crímenes, recogiendo informes, denunciando a los abusadores, ya sean laicos o religiosos, así como a quien los encubra. Hoy, a diferencia de lo que ocurría en

el pasado, cuando faltaba una ley específica, ya no hay privilegios. En caso de abuso, aquel a quien un tribunal considere culpable deberá cumplir condena, sin protección alguna. ¡Basta de horrores en la Iglesia! ¡Digamos basta a estas abominaciones que mancillan el nombre de Jesucristo!

Antes hablaba del futuro de la humanidad y de lo que puede tener que ver con la Iglesia. Y hay quien, en los últimos años, por otra parte, sobre todo después del gesto histórico de Benedicto XVI, se ha preguntado cuál será el futuro del papa. Hasta el día de hoy, gracias a Dios, nunca he tenido motivos para plantearme la renuncia al papado, porque esa es una opción que, desde mi punto de vista, se puede tomar en consideración solo si se presentan graves problemas de salud. Soy sincero: nunca lo he pensado porque, como ya les dije hace unos años a unos hermanos jesuitas africanos, creo que el ministerio petrino es ad vitam y, por tanto, no veo razones para la renuncia. Las cosas cambiarían si de repente yo sufriera un grave impedimento físico; en ese caso, ya firmé al inicio de mi pontificado, como hicieron también otros pontífices, la carta de renuncia que ha sido depositada en la Secretaría de Estado. Si llegara a pasar esto, no me haría llamar «papa emérito», sino simplemente «obispo emérito de Roma», y me trasladaría a Santa María la Mayor para volver a ser confesor y dar la comunión a los enfermos.

Pero esta, repito, es una hipótesis lejana, porque en verdad no tengo motivos tan serios que me hagan pensar en una renuncia. Hay quien, durante estos años, esperaba que antes o después, quizá después de un ingreso en el hospital, yo anunciara algo parecido, pero no hay peligro. Gracias al Señor, gozo de buena salud y, como ya he dicho, siempre que Dios quiera, hay muchos proyectos que quedan aún por realizar.

Mientras tanto, hemos llegado a la despedida, al final de este libro, un viaje a través de la Historia titulado Vida. Nuestra vida: la mía, la tuya que estás leyendo, la de la humanidad. La vida que Dios nos ha dado y que nosotros hemos construido pasito a pasito, tomando decisiones, alcanzando metas y cometiendo errores, a menudo incluso graves, que nos han ocasionado dolor y sufrimiento. Pero en este contexto no hay que olvidar la lección más importante: revisar la historia de nuestra vida es importante para recordarla y poder transmitir algo a quien nos

escucha.

Pero, para aprender a vivir, todos tenemos que aprender a amar. ¡No lo olvidemos! Es la enseñanza más importante que podemos recibir: amar, porque el amor siempre gana. Amando podemos derribar las barreras, podemos superar los conflictos, podemos vencer las diferencias y el odio, podemos derretir y transformar nuestro corazón, comprometiéndonos con el prójimo, como hizo Jesús, que se inmoló en la cruz por nosotros, pecadores, sin pedir nada a cambio. Un amor incondicional que puede cambiar el mundo, que puede cambiar el curso de la historia. ¡Cuántas cosas en estos ochenta años de historia habrían ido de otro modo si lo que moviera al hombre fuera el amor y la oración en lugar de la sed de poder! A propósito de la oración, recordad que el mundo cada vez está más necesitado: ¡recemos más! Y recordad: en vuestras oraciones, por favor, ¡no os olvidéis de mí! ¡A favor, no en contra!

JORGE MARIO BERGOGLIO nace en Buenos Aires, Argentina, el 17 de diciembre de 1936, hijo de emigrantes italianos. En 1969 fue ordenado sacerdote en la Compañía de Jesús. Nombrado obispo auxiliar en 1992, en 1998 se convierte en arzobispo de Buenos Aires y se le elige cardenal en 2001. En marzo de 2013 es elegido papa, el bicentésimo sexagésimo sexto pontífice de la Iglesia católica, con el nombre de Francisco.

FABIO MARCHESE RAGONA es vaticanista del grupo televisivo Mediaset. Sigue al papa para los telediarios Tg5, Tg4, Studio Aperto y Tgcom24, canal de noticias en el que presenta y se ocupa cada domingo de la sección Stanze Vaticane. En enero de 2021 realizó una entrevista en exclusiva al papa Francisco retransmitida por Speciale TG5 y seguida por cinco millones y medio de telespectadores.

Referencias bibliográficas

Introducción

Papa Francisco, Mensaje para la 54 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 24 de enero de 2020; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Pág. 10.

Papa Francisco, Audiencia General, 19 de octubre de 2022; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Páginas 11-12.

Capítulo II

Papa Francisco, Discurso con ocasión de la visita al memorial de Yad Vashem, Jerusalén, 26 de mayo de 2014; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 42.

Capítulo III

Pío XII, Radiomessaggio rivolto ai governanti ed ai popoli nell'imminente pericolo della guerra, 24 de agosto de 1939; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Traducido al castellano por Ana Romeral Moreno. Páginas 51-52.

Capítulo IV

Juan XXIII, Carta encíclica Pacem in Terris, n.º 111, 11 de abril de 1963; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 73.

Capítulo V

Pablo VI, Messaggio ai cosmonauti Neil Armstrong, Edwin Aldrin e Michael Collins in occasione dell'impresa lunare, 21 de julio de 1969; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Traducido al castellano por Ana Romeral Moreno. Página 92.

Capítulo VIII

Lettera di Giovanni Paolo II alla Conferenza Episcopale di Berlino del 13 novembre 1989; © Copyright 1989 - Libreria Editrice Vaticana; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Traducido al castellano por Ana Romeral Moreno. Página 141.

Capítulo X

Juan Pablo II, Audiencia General, Miércoles 12 de septiembre de 2001 – Oración a los fieles; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 176.

Papa Francisco - Jorge Mario Bergoglio, In lui solo la speranza, traducción del italiano de Antonio Tombolini, con la colaboración de Giampaolo Cottini, © 2013 Editorial Jaca Book SpA, Milán; Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano para la edición en italiano, Milán 2013, pág. 35. Traducción al castellano de Ana Romeral Moreno. Página 178.

Papa Francisco, Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común, 4 de febrero de 2019; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Páginas 180-181.

Capítulo XI

Papa Francisco, Carta encíclica Fratelli tutti, n.os 122 y 168, 3 de octubre de 2020; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 189.

Papa Francisco, Encuentro internacional en línea: «La economía de Francisco – Los jóvenes, un pacto, el futuro», 21 de noviembre de 2020; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 190.

Benedicto XVI, Discurso para la Sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007; © Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Páginas 200-201.

Capítulo XII

Benedicto XVI, Palabras de despedida del santo padre Benedicto XVI a los cardenales presentes en Roma, 28 de febrero de 2013, Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Páginas 212.

Capítulo XIII

Papa Francisco – Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia, 27 de marzo de 2020; Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Páginas 239-240.

Capítulo XIV

Papa Francisco, Exhortación apostólica postsinodal Amoris laetitia, n.º 251, 19 de marzo de 2016, Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana. Página 256.